# PAÑOL DE ANECDOTAS

## I



José Valdizán Gamio
CAPITAN DE NAVIO A. P.

# EL AUTOR

**Afinidades entre la tradición y la anécdota**

A manera de referencia sobre la obra que viene efectuando en nuestro medio el autor, Capitán de Navío A.P., José Valdizán Gamio, nos permitimos exponer a la consideración de los lectores una gama fragmentada de diversas opiniones sobre el tema, haciendo hincapie en que el presente libro constituye sólo un paréntesis entre el primer tomo de sus "TRADICIONES NAVALES PERUANAS" (Editorial Sanmartí S. A., octubre de 1966) y los que tiene en preparación. Mientras tanto creemos, muy sinceramente, que existe un nexo indiscutible —¿y por qué no llamarlo insoslayable?— entre la especie literaria creada por Palma: la tradición, y la anécdota que aquí, con su personalísimo estilo aborda con sencillez, como si se tratara de parte de la materia prima que emplea para narrar un pequeño porcentaje de los episodios históricos con que acostumbra a entretenernos, dejando así una base heurística para la posteridad, cuando los años conviertan en histórico lo que hoy se considera casi contemporáneo.

LOS EDITORES.

# LA OBRA

**PALABRAS INICIALES: LUIS BEDOYA REYES**

**"La tradición se sustenta en un HECHO cierto o en una ANECDOTA peregrina, hallados generalmente en los antiguos documentos con los que Palma estuvo en contacto en la Biblioteca Nacional, de la que fue fundador y director por muchos años".**

**Estuardo Núñez: "LITERATURA PERUANA EN EL SIGLO XX", Studium, Lima, 1963.**

"Por eso esta mañana, en Paita, refería con cuánta emoción en mi cámara del buque insignia **Almirante Grau**, en el libro "TRADICIONES NAVALES PERUANAS" leímos en voz alta con mi Ministro de Marina, el Contralmirante Ponce, aquella hermosa carta de Grau a la viuda de Prat; aquella carta en la cual el héroe se desprende del trofeo, con una intuición de que su gloria no habría de necesitarlo...".— **Fernando Belaúnde Terry**, Presidente Constitucional de la República, durante el discurso que pronunciara en Piura el 8 de octubre de 1966.

Observemos de paso que, poniendo a Palma de arquetipo del género, Valdizán resulta, como tradicionista más historiador. Don Ricardo se aprovecha de la historia para derrochar fantasía. Su discípulo marino, excepción hecha de la tradición sobre las naves de Salomón, hace de la historia el principal objeto de su trabajo...

"TRADICIONES NAVALES PERUANAS" ofrece el más interesante conjunto de historias relacionadas en la vida marinera del Perú. Ojalá que el Capitán de Navío, José Valdizán Gamio, persista y nos brinde los nuevos descubrimientos que está empeñado en hacer, en el ancho mar de las tradiciones navales, tan rico en curiosidades entretenidas y en luminosos hechos de gloria. Se lo agradecerá el Perú".— **Ciro Alegría**, Pág. editorial del diario **Expreso**, 8 de enero, 1966.

5293

José Valdizán Gamio
CAPITAN DE NAVIO A. P.

# Pañol de Anécdotas

BIBLIOTECA CENTRAL
DIRINTEMAR
Clasif.: Pe 869.6/V18
Nro. Inv.: 5293
Fecha: 06 dic 16

LIMA - 1968

A mi querido amigo y compañero
de tantos años, el Capitán de Navío,
Alberto Judacochea M., con un cordial
y sincero abrazo.

Lima 12 Septiembre, 1968.



Propiedad intelectual registrada.

Prohibida la reproducción total o parcial.

Sólo son auténticos los libros que llevan la firma del autor.

*A mi querida esposa, Mary Jiménez de Valdizán, en quien convergen tres generaciones navales:*

*Por ser hija, compañera y madre de marinos . .*



Concejo Provincial de Lima
ALCALDIA

# Palabras iniciales

*Sólo la antigua y firme amistad que me une al Capitán de Navío José Valdizán G. puede justificar su cordial requerimiento para que sea yo —tan alejado de toda actividad literaria, por mi dedicación profesional y los quehaceres de la función edilicia que desempeño— quien suscriba estas palabras iniciales de "Pañol de Anécdotas", obra que bien merecía haber sido prologada por uno de nuestros más connotados críticos de arte que, con certera visión y maestría, hubiera destacado a la consideración del lector los múltiples y brillantes aspectos de esta obra que le dan tan justificada jerarquía literaria.*

*"Pañol de Anécdotas", que aparece precedido de tan valiosos juicios críticos entre los que merecen especial mención los emitidos por el Señor Presidente de la República Arquitecto Fernando Belaúnde Terry, por el eminente novelista Ciro Alegría, por Hermán Buse, distinguido periodista y por Nicomedes Santa Cruz, inspirado decimista y apasionado cultivador de nuestro folklore, constituye un importante aporte a la literatura nacional, en un género muy poco explotado, y una valiosa contribución a la historia de nuestra Marina que se com-*

*plementa con esta cuidadosa selección de sabrosas anécdotas.*

*Con la publicación de este libro sigue José Valdizán G. la brillante tradición de los marinos literatos que tuvo una de sus más altas expresiones en Pierre Loti, en la literatura universal, y en el Perú, en Germán Stiglich Alvarez, que plasmó una obra vasta y magnífica de carácter histórico, geográfico y científico.*

*En "Pañol de Anécdotas", Valdizán ha recogido, cuidadosamente, con amorosa deleitación, un número apreciable de risueñas anécdotas que gracias a su dedicación y esfuerzo al editarlas a tiempo se han salvado de perecer en el olvido. Muchas de éllas tienen efectivo valor histórico, tanto por la época, por la oportunidad en que se realizaron los hechos que refieren, como por la circunstancia de haber participado en éllas brillantes figuras de nuestra vida republicana. Es un relato amable que se trasmite al lector en estilo fluído, elegante y con evidente estro literario. "Pañol de Anécdotas" es un libro que a medida que se avanza en su lectura va despertando mayor interés; se diría que tiene el regusto de los licores añejos que se aprecian mejor cuanto más se les paladea.*

*Y es que pocas cosas cautivan tanto como la anécdota, dotada de su propia filosofía y que, en su brevedad, define muchas veces los rasgos característicos de un personaje o el espíritu predominante de una época y que ameniza siempre con un espíritu humorista y epigramático, la aridez de los estudios históricos o científicos.*

*Por eso es que el género anecdótico adquirió jerarquía desde la antigüedad. Lo cultivaron Cicerón y*

*Plutarco en Roma; Varilla en Francia; Sedeño, Morales Polo y Mesonero Romanos en España; y ha perdurado a través de los años hasta nuestros días, ocupando sitio preferencial en diarios y revistas, dando sustento a la historieta y a la tradición, que no tienen la rigidez ni la austeridad de la verdadera historia, pero que muestran ese otro aspecto sugestivo y alegre de la vida de los hombres y de los pueblos que da tan singular encanto al pasado.*

*Al iniciar la lectura de esta obra, al abrir el portón del "Pañol de Anécdotas", el lector ha de sentir la rara sensación del perfume de las cosas guardadas, tan preñado de recuerdos, y ha de escuchar un rumor de voces que insurgiendo del pasado inician estos relatos marineros en tono menor, con acento de confidencia y de conseja.*

*Lima, abril de 1968.*

*LUIS BEDOYA REYES.*

---

# INTRODUCCION

Al Lector:

Se ha escrito que la anécdota generalmente expresa, en forma sintética, la relación de un hecho histórico, las costumbres o carácter de algún personaje o los usos, prejuicios, supersticiones u ocurrencias de nuestros antepasados, sin que ello signifique desdeñar a los contemporáneos ni olvidarles en el reparto.

Por otro lado resulta muy difícil hallar anécdotas desconocidas o simplemente inéditas. En su inmensa mayoría casi siempre han sido narradas, aunque, en veces, yendo de boca en boca llegan a distorsionarse con añadidos diversos y hasta cambiando de protagonistas.

En esta modestísima obra el autor ha procurado ceñirse, lo más posible, a la verdad histórica o al verismo presente, con el único propósito de evitar que se pierdan en el olvido sucedidos reales acontecidos dentro del medio naval peruano. Debido a esta circunstancia especialísima es que le ha puesto como título "Pañol de Anécdotas", queriendo significar con ello que el libro es un pequeño "almacén" de relatos jugosos, esencialmente marineros. Si a bordo de un buque cualquiera existen pañoles de víveres, pinturas, repuestos, lonas y tantos otros, ¿por qué los hombres de mar no han de contar con uno, intelectual y propio, que les permita ordenar —dentro de la estantería de un libro— comicidades o agudezas en que es tan pródiga la vida de los marinos?

Lo expresado no excluye al lector común o ajeno a cualquier experiencia marítima, desde que todos y cada uno de los episodios narrados son esencialmente humanos y no se circunscriben solamente al ambiente naval. Algunos de ellos hasta han derivado para convertirse en chascarros populares, pese a que su origen y cuna fue la mar.

Sí, lector: la mar y nó el mar, como casi siempre designan a las aguas del océano quienes poco tienen que ver con ellas en sus trajines diarios. El pescador, el navegante aficionado por deporte y el marino de carrera, siempre se refieren a élla y nunca a él. La consideran una suerte de amiga o enemiga femenina; una clase de dama especialísima, dulce y arrulladora cuando se siente amada y favorita; hembra celosa y vengativa si se cree despechada: temible en sus reacciones e imponente en sus modales, pero... mujer al fin.

Que la anécdota desempeña un rol preponderante en la vida del hombre es cosa indiscutible. En tratándose de marinos cobra más importancia aún. Interminables resultan las veladas en las que la conversación se prolonga por horas y horas, mientras los relatos se eslabonan y el buen humor naval los va enlazando uno a uno, formando tramos, paños enteros y ¡hasta grilletes, si cabe!

En ocasiones, no lo dudes lector, surgen hechos tan cacareados que son más repicados que campana de buque avisando incendio y más sonados que pañuelo de marinero acatarrado. Sin embargo, constituyen parte de una indispensable evasión espiritual, cuando las largas navegaciones rutinizan al hombre o caldean los ánimos poniendo nerviosos a los calmados e irascibles a los tranquilos. Son el remedio natural contra lo que se ha venido en llamar la "enfermedad del hierro", conocida en nuestro medio con el objetivo nombre de "marismo":

Sentirse muy fastidiado,
cual riñón con sinapismo;
hinchado por este lado
y por el otro..., ¡lo mismo!

Angel Marsá, en el prólogo de su libro "La Risa del Mundo", efectúa un paralelo entre la anécdota y el chiste (1). Escribe, refiriéndose al último: "Siendo el chiste un producto espontáneo, resulta de difícil perpetuación y de casi imposible conservación. El chiste, además, se trasmite por vía oral y así se presta muy fácilmente a ser adulterado, mixtificado y aun transformado, sin que aumente casi nunca su valor humorístico intrínseco a través de tales metamórfosis".

La anécdota cómica, en cambio, pese a que resulta expuesta a peligros muy parecidos, le lleva ventaja al chiste en su contenido histórico y cultural. Incorporada a la conversación, no solamente pone de manifiesto la indiscutible ilustración del que habla sino que contribuye a nutrir la cultura de quienes le escuchan, siempre dentro de un ambiente risueño y de buen humor, circunstancias que favorecen la memorización y el recuerdo. Fuera de ello —aunque a riesgo de no ser original— ayudan a resolver situaciones parecidas que puedan presentarse en el futuro, si nó con las mismas salidas o respuestas que los protagonistas de las enjundiosas anécdotas utilizaron, cuando menos con agudezas similares, que hasta podrían llegar a superar a las primitivas y constituir, de por sí, episodios completamente diferentes, amenos y singularísimos.

Y en el caso de que saliéndonos de la amenidad en la conversación se nos ocurriese pasar al campo de la cátedra, de la conferencia o del libro, holgaría el encomio de las anécdotas de buen tono y apropiadas para el tema que entre manos se tiene, puesto que sin necesidad de recurrir a las francamente cómicas, podrían tomarse aquellas más adecuadas y que sirvan de adorno a las disertaciones científicas, literarias o históricas, con el fin de evitar la fatiga del oyente o lector debido a la aridez de los asuntos tratados.

---

(1).—Editado en Barcelona, año de 1947.

El chiste, como tan certeramente lo definiera Kant, constituye una singular cualidad de lo cómico: "el no podernos engañar mas que un instante". La anecdota, en cambio, ligada a personajes famosos, seres pintorescos o poco conocidos —pero de quienes dan fe sus contemporáneos— es más fácil que perdure en la memoria de los hombres, lo que supone una ventaja para el narrador o el escritor de temas que se saben reales, los que, de consiguiente, le aseguran el respeto que merece quien es veraz y demuestra una erudición de buen tono e indiscutible espíritu selectivo, ya en sus relatos ya en sus trabajos.

En el presente libro se ha tratado de hacer una pequeña antología anecdótica, a manera de ensayo. Los temas son variados y los protagonistas múltiples. Como quiera que cada autor tiene su estilo, cuando fue posible conseguir un texto impreso se dejó el meollo —haciendo la salvedad, por supuesto— y se contó el hecho, sin desvirtuarlo, tal como quien estas líneas escribe deseaba hacerlo: con este "modus operandi" se ha perseguido solamente el fin de dar homogeneidad a la obra. Ello se ha logrado a través de las diversas narraciones episódicas que se consignan..., ¡que me perdonen los tijeretazos o las pequeñas enmiendas, pero la necesidad de uniformizar sistemas para matar pulgas resultaba perentoria!

Con certificados nominales o sin citar a los protagonistas —cuando la prudencia lo exigió—, todo el conjunto anecdótico que aquí se publica puede asegurarse que es verídico y que aconteció en diferentes épocas. Quizás si una pizca pueda caber dentro de los terrenos de la duda, empero, se ha procurado reducirla a su mínima expresión. Si la encuentras, discúlpala, lector.

Y es que, guardando las tremendas distancias, el autor nunca estuvo de acuerdo con las conocidas palabras de Voltaire, quien, sin empachos, replicó en cierta ocasión al abate Velly: "¿Qué importa que una anécdota sea cierta o no? Cuando se escribe para distraer a los lectores, ¿es preciso llevar el escrúpulo hasta el extremo de no escribir más que la verdad?".

La anécdota, para conservar su valor de fuente histórica documental, precisa ser veraz. Se ha escrito que en la Historia como en la vida, lo pequeño puede dar idea de lo grande; y que lo meramente anecdótico ayuda a conocer lo principal. De ahí el valor fundamental de la anécdota, heurísticamente hablando.

En lo referente a épocas de cada sucedido, el autor hubiese deseado contar con mayor documentación sobre tiempos pretéritos. Desgraciadamente, si la hay, nunca ha llegado a sus manos en forma de anécdotas sino más bien de crónicas cortas, en su mayoría demasiado formales y nada susceptibles de ser involucradas en el presente libro. Por ello ha creído necesario agruparlas más o menos ordenadamente, con el fin de no acusar desconcierto.

Si para los marinos todos los vocablos empleados son conocidos, tal vez para el lector común y desvinculado con la mar valga la pena añadir un Glosario de Términos al final de esta obra. Se procurará hacerlo para disipar sus dudas, que, de otro lado, no serán muchas sino poquísimas y quizás insignificantes, desde que se ha puesto especial cuidado en la sencillez de la expresión y en la claridad de cada argumento anecdótico.

Este primer intento para recopilar las innúmeras anécdotas marineras cuyo venero será inagotable mientras existan hombres y barcos, debe ser tomado en serio por el lector pese a su contenido gracejo. Apreciado en su justa dimensión y con todos sus defectos, como solamente es: un pequeño esfuerzo para dejar impresos algunos relatos humorísticos que, circulando de boca en boca a través de los años, corren el riesgo de alterarse y perderse en el tiempo hasta desaparecer de la memoria de quienes tienen la obligación moral de velar porque subsistan.

He aquí pues, un primer escalón. A la posteridad —y tal vez al propio autor, si Dios le da vida, salud y tiempo para hacerlo— tocará la tarea de seguir construyendo peldaños nuevos o inéditos, en esta escala sin fin del buen humor naval. Mientras tanto. . ., ¡empecemos!.

Estimando que mayor franqueza, brevedad y sencillez para exponer al lector el propósito de este libro, resultarían tediosas en su explicación y superabundantes en palabrería que a nada conduce, quien ha elaborado estos renglones pone contera y remate a la presente introducción y se somete, muy humildemente por cierto, al benévolo juicio de sus arriesgados lectores. A ellos les corresponderá la sentencia definitiva sobre este atrevido caso de quien, sin tener dedos educados para las teclas. . ., ¡se ha lanzado a tocar el órgano!

Muy cordialmente,

**José Valdizán Gamio**



# LITERAS Y MAREOS

Aquello de "cambiar pesetas", expresión españolísima y marinera, andaba muy en boga allá por el siglo pasado y comienzos del presente a bordo de todo buque que efectuaba navegación de altura, para referirse al novato que incapaz de soportar los vaivenes del barco, asomábase a la borda y devolvía al mar cuanto alimento había ingerido en la mesa, debido al mareo. Algunos se detenían tan sólo cuando lo único que les quedaba por vomitar eran los intestinos, vísceras que, por razón natural, permanecían adheridas a sus interiores aunque ganas no les faltaran para desprenderse de ellos.

En los tiempos actuales —y cuando menos en el Perú—, ya no se estila designar el acto nauseoso como se expresaba antaño. Ahora se dice: "botar el gato".

Relatan las viejas tradiciones marineras peruanas que allá por el año 1850, cuando el segundo de los vapores de la Pacific Steam Navigation Company, el **Lima,** zarpó de Liverpool hacia América, llegando a nuestro continente inauguró un servicio bimensual entre el Callao y Valparaíso. En uno de estos viajes, cierto grupillo de gitanos que integraban una compañía de "bailaores" —poseyendo, de consiguiente, algunos medios económicos que les permitían darse esos lujos y soslayar las prolongadas peregrinaciones por tierra—, embarcáronse con rumbo al primer puerto peruano. Sabido de todos es que dicha gente le tiene un terror pánico al mar, pero era tanta la novelería de trocar la vela por el novísimo sistema del vapor, que haciendo de tripas corazón invirtieron sus ahorros en los pasajes, con la esperanza de que su

arte les devolviera con creces el dinero gastado, cuando debutaran en la capital de la república.

El elemento femenino contaba con bellísimos exponentes tribales, la mayoría de las cuales pertenecía a una misma familia. Los comentarios populares habíanlas apodado las "Macarronas". Estas guapas gitanillas tenían constantemente vigiladas sus formas, palmitos y manera de comportarse, por una obesa matrona —de aquellas con pañuelo en la cabeza, para indicar que son casadas—, chaperona que na las descuidaba un solo instante cuando de coqueterías se trataba, haciendo la vista gorda en los casos de que el presunto tenorio, poseyendo una billetera engrosada y jugosa, constituyese víctima fácil para sus hijas y pupilas.

Pero la mar juega pasadas que no están en los registros de la gitanería. Asignados que fueron los camarotes, a la madre y a dos de sus más bellas hijas tocóles uno de segunda clase, de aquellos que cuentan con tres literas en un solo cuerpo: una sobre otra.

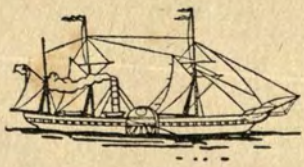
A los diez minutos del embarco el deseo de "cambiar pesetas" comenzó a sentirse en sus estómagos. Alguien les había aconsejado reposar. Así lo hicieron. Por descontado que la vieja gitana —dada su edad y escasa disposición acrobática— resolvió ocupar la litera más baja. En orden de agilidad, las niñas trepáronse a las subsiguientes. Observándolas en grupo, parecían bultos polícromos dentro de un mueble o libros coloreados yaciendo en un estante.

Iniciada la navegación, los movimientos un tanto molestos del barco —el buque tenía 1,150 toneladas de registro—, hizo que la madre se sintiera morir con la nueva experiencia. Presa del miedo y la superstición, mezclados con el catolicismo (porque era española de origen) empezó a lanzar gritos de terror y a cla-

mar para que Juanita, la menor de sus hijas, contrarrestara el soponcio que veía venir a pasos agigantados:

—"¡Ay Marecita de las Angustias! ¿Qué va a ser de mí? ¡Er Señó del Gran Poder me varga! —Juana de mi vía: ¿qué haces que no socorres a tu pobre mare, que está dando las últimas boqueás?". A lo que Juanita —que ocupaba la litera número tres, la más elevada de todas—, contestóle, mareada también y hecha un mar de lágrimas:

—"Pero, mare de mi corasón, ¿cómo quiere osté que la ayude, si estoy en el último cajón de la cómoda?".



# UNA CUARTETA IRREVERENTE

El 16 de agosto de 1850 nació en Lima, a orillas del "río hablador", Enrique Palacios de Mendiburu. Sus padres fueron D. Manuel J. Palacios y Dña. María de Mendiburu.

Habiéndose educado en el colegio de Nuestra Señora de Guadalupe —y tenido como profesor al poeta Velarde— el joven estudiante era aficionado a las letras más que a las ciencias exactas, poseyendo especiales y reconocidas condiciones para la versificación repentina. A menudo sus compañeros de clase le incitaban para que hicese uso de sus dotes, estímulos a los que respondía, por lo general, causando hilaridad entre sus condiscípulos por el rápido y agudo pensamiento de que hacía gala así como por la oportunidad de sus versos.

Del colegio pasó a la Escuela Naval, habiendo figurado en el Escalafón de la Armada como guardiamarina, cuando regía esa institución el Capitán de Navío D. Lizardo Montero Flores.

Sabido de todos es que Palacios insumiso y bochinchero, combatió en Angamos siendo Teniente Segundo de la Armada y, con el cuerpo acribillado por diez y siete balazos y esquirlas de granada, con la mandíbula destrozada y sujeta con alfileres —por no tener tiempo para suturársela —siguió peleando hasta el fin como un bravo, habiendo tenido que pedir una silla para continuar la lucha porque ya no podía tenerse en pie.

Y no se ignora tampoco que antes de declararse la guerra con Chile en 1879, nuestro oficial —encontrándose en situación

de Disponibilidad y dedicado al comercio— solicitó su reincorporación al servicio sin goce de sueldo. Antes bien, comprometióse a contribuir mensualmente con cien pesos (de su propio peculio) para ayudar a los gastos de guerra que pudiese tener su buque.

Pero vamos a la anécdota que sobre él quiero relatarte, lector:

Recuerda la historia que a su arribo a la fragata **Independencia,** comandaba la División a que dicha nave pertenecía, "un patilludo y duro jefe" (se refiere al heroico Grau, sin duda alguna, el historiador Vegas García en quien me apoyo), que al ver llegar a los nuevos oficiales portando sus equipajes, ordenó que se recibiera todo menos los baúles, y lejos de hacerles regresar a tierra para que se preocupasen sobre la seguridad de sus bártulos, les sacó a navegar de inmediato.

Palacios, dueño de uno de los mejores baúles ardió en cólera. No pudiendo, por disciplina, desfogar la ira que le embargaba, se dirigió con el resto de sus compañeros a la camareta llevando sus ropas cuidadosamente envueltas, sobre los hombros o colgadas de percheros ad hoc.

Una vez en el citado recinto, encaramándose sobre una mesa les requirió silencio, para luego, con tonillo burlón, improvisar una cuarteta. No puedo asegurar si la escribió o la declamó, aunque me inclino por lo segundo. Los que siguen fueron —textualmente, por cierto— sus versos:

El paiteño patilludo
que mis baúles botó
¿no será —pregunto yo—
un reverendo .....?

# LA POESIA DE PACOCHA

Cuando el señor Robert K. Jeffery tenía alrededor de diez años poco más o menos, por circunstancias que aún no he podido establecer con exactitud pero sobre las cuales se podría especular sin temor a equivocarse en mucho, se encontraba a bordo del monitor "rebelde" **Huáscar,** al producirse el combate naval de Pacocha entre este buque y los blindados de Su Majestad Británica **Sha** y **Amethyst,** frente a las costas de Moquegua.

Dejo constancia que allá por el año de 1857, dicho caballero británico vivía en la ciudad de Santiago, Chile, afincado en la casa Nº 15 de la calle Santa Filomena.

El **Huáscar,** sublevado el 6 de mayo de 1877 por los hermanos Carrasco y otros oficiales de marina de algunos buques de la Escuadra, hízose a la mar en favor de la causa de D. Nicolás de Piérola, arrumbando hacia el Sur para embarcar a su caudillo quien se encontraba en el país vecino y traerle a la patria. Estaba comandado por el Capitán de Navío, D. Germán Astete.

Mediante el decreto supremo expedido por el Gobierno del Presidente D. Mariano Ignacio Prado el día 8 de mayo, el mismo que fuera refrendado por su Ministro de Guerra y Marina, General D. Pedro Bustamante, si no se le calificó "buque pirata" fue considerado "rebelde", autorizada su aprehensión y recompensa económica para quienes lo capturasen, declarándose "no ser de responsabilidad de la República los actos que los sublevados consumen, cualquiera que sea su naturaleza".

El **Huáscar** ejecutó varios: abordó al vapor **Santa Rosa** en Mollendo, exigiendo la entrega de la correspondencia oficial; hizo lo mismo con el **John Elder;** tomó prisioneros a dos comisionados del Gobierno, el coronel D. Marcelino Varela y el comandante Es-

pinoza; acarreó setenta toneladas de carbón de la barca inglesa **Inunsina** sin pagarlas; detuvo al vapor **Colombia** de la misma nacionalidad; bombardeó Pisagua durante dos horas... y, en fin, se hizo acreedor a represalias tanto nacionales como británicas. Con la mostaza subida al caletre, el Gobierno Peruano envió una Escuadra de Operaciones al mando del Capitán de Navío, D. Juan Guillermo More, con su insignia izada en la **Independencia.** El Almirante, Comandante en Jefe de las Fuerzas Navales de Su Majestad Británica en el Pacífico, señor Algernon M. de Horsey, zarpó del Callao en su demanda con el **Sha** y el **Amethyst,** no sin antes enviar una amenaza por escrito —el 16 de mayo de 1877— dirigida "al comandante del buque de guerra peruano revolucionario **Huáscar**", la que fue gallardamente contestada por Astete; terminaba expresándole éste último:

> "Por lo demás, el que suscribe, apoyado en su derecho y anteponiendo a todo otro interés la soberanía y dignidad de la República, rechaza con tranquila, pero firme resolución, no sólo en su nombre y en el de los que le obedecen, sino en el del Perú entero, la amenaza contenida en el oficio que contesta, declarando al señor almirante, que si, lo que no es de creer, llegase el deplorable caso de una agresión por parte suya, sin tomar para nada en cuenta las fuerzas con que se consuma, sabrá cumplir con su deber".
>
> **L. G. Astete**
> Comandante General de la Escuadra Nacional
>
> **Fermín Hernández**
> Secretario

Y la agresión llegó el 29 de mayo de 1877, aproximadamente a la una de la tarde. El día anterior, el **Huáscar** había entablado combate con la Escuadra de Operaciones al mando de More, acción que no definió la situación por haber aprovechado la llegada de la noche el monitor, evadiendo así a sus contrincantes. Esto sucedió frente a Punta Pichalo.

Pero frente a Punta Coles las cosas eran distintas: dos poderosos y modernos blindados con baterías de cañones disparadas eléctricamente, contra un pequeño monitor dispuesto a defender, antes que las ideas políticas de quienes lo tripulaban, la dignidad y soberanía de la patria.

Se me hace que durante las múltiples correrías previas del **Huáscar** —hechas antes de arribar a Antofagasta y embarcar a D. Nicolás de Piérola— tal vez por razones de parentesco con alguno de los ingenieros británicos que tenía el buque, quizás por compromiso de amistad con alguien o ¡sabe Dios por qué motivo!, el niño Robert Jeffery embarcó también en el monitor para ir de un puerto a otro solamente. Lo cierto y comprobado es que se hallaba a bordo en el combate naval de Pacocha y se sintió impresionadísimo por las actitudes de Piérola, Astete y sus circunstanciales compañeros de aventuras.

Toda esta información fue oída, de propios labios del protagonista, por nuestro Agregado Naval a la Embajada del Perú en Chile —Actual Contralmirante A.P. (R), D. Edmundo Guzmán Barrón—, allá por el año de 1957.

Siendo Jeffery un niño aún, pero con atisbos de poeta, resolvió componer unas rimas sobre el hecho de armas que presenciaba y declamarlas luego a bordo del **Huáscar.** Sin dominar por completo el español y conociendo el idioma inglés, habiendo vivido en Chile —como será fácil deducir luego—, poseía la tendencia sureña de trasladar los acentos prosódicos de determinados fonemas (tal el caso del nombre **Huáscar,** por ejemplo, cuando lo convierte en **Huascár** para que consone con el vocablo inglés **far).** Sin pensarlo dos veces confeccionó su poema sobre el paraje mismo de los hechos, resultándole una composición histórica a la par que bilingüe, que no quiero dejar en el tintero porque explica claramente lo sucedido a bordo de nuestro monitor "rebelde" durante el combate naval de Pacocha.

Notemos que, sin distinción de credos políticos, llegado

el momento de la acción hasta los prisioneros gobiernistas no pensaron en otra cosa que en luchar por la dignidad de su bandera. Para no alargar más esta narración, al grano voy:

## LONG LIVE DE VALIENT PIEROLA

Long live de valiente Piérola, heroici militar
who fought the **Sha** and **Amethyst** a bordo del **Huascár,**
en frente de Pacocha on the 29th. of May
batió a los ingleses en encarnizado fray.
Proud Admiral de Horsey le intimó a la rendición,
ordenándole que arriara la bandera de la nación.
Ante tan grosero insulto Piérola looked blue
y gritó una sola palabra, well known in all Perú.
The captain Espinoza, patriótico coronel,
oyó la santa palabra, the word he knew right well;
in his bosom it awakened strong emotions y gritó:
—"¡Mi puesto en el combate también quiero yo;
en estos momentos señores hagamos abstracción
de la cuestión política y defendamos el pabellón!"
Oyendo tan dignas palabras, Piérola felt glad
and... "Coronel —said he— ¡está usted en libertad!"
We all embraced, with weeping eyes, a bordo del **Huascár**
—santa y noble escena, muy rara en alta mar—.
The **Amethyst** high ironclad el fuego rompió,
del **Sha** blindado, enormes y grandes bombas llovió.
De balazos acribillado, con su torre out of gear,
the bold **Huascár** held men resolved to conquer o morir;
in vain the british shot and shell, burst over the **Huascár,**
su blindaje formidable no pudieron penetrar.
One poor unlucky trumpeter su vida perdió
y en defensa de la honra de la patria murió...
As night came on, away the gringos tore,
dejando a don Nicolás la gloria y el honor.
Volvimos a Iquique y Piérola se rindió
a la Escuadra Peruana, as too a nobler foe:
hermano contra hermano ya no pelearon más,
but the brutal english bondholder lo echamos atrás...
¡Long live the valient Piérola, heroici militar,
who fougt the **Sha** and **Amethyst,** a bordo del **Huascár!**

---

# CARCEL SIN MUROS

Cuando en junio de 1881, el Capitán de Navío D. Manuel Villavicencio fue nombrado Prefecto de Ica por el Gobierno de D. Francisco García Calderón, el distinguido marino había sabido despertar ya la admiración de propios y extraños, con la hazaña realizada el 17 de marzo de 1880, al romper por dos veces el bloqueo de Arica impuesto y mantenido por la escuadra chilena.

Posteriormente, muchos diarios y periódicos de nuestro continente y Europa, llevaron la noticia de su proeza a varios rincones del planeta. Su nombre era sonado. Pese a la escasa importancia que en la opinión foránea pudo tener nuestra contienda vecinal con Chile, el público no dejó de mostrarse ávido —como siempre ha sucedido— de aplaudir al héroe naval por pequeño que fuese el escenario de su desempeño.

Al arribar a Chincha para hacerse cargo de aquel puesto político, encontróse con que las fuerzas del general Iglesias —apoyadas por Chile— dominaban el Departamento de Ica. Nuestro protagonista, partidario como era del "Gobierno de la Magdalena" y refractario a la acción llevada a cabo por Iglesias con el objeto de imponer orden y conseguir, mediante un prudente entendimiento, la desocupación chilena y el consiguiente resurgimiento nacional, inició, a chita callando, una conspiración que contó con el auxilio de dos importantes ciudadanos extranjeros, D. César Cantelli y D. Juan Aicardi, adinerados comerciantes italianos que gozaban de bastante prestigio en la localidad.

El día de la asonada, Villavicencio acompañado de un puñado de valientes dio el grito subversivo en Chincha y atacó la

Sub-Prefectura —anota el historiador, D. Luis Alayza y Paz Soldán—, pero ésta resistió. Todavía algo más inesperado: el pueblo, eterno revolucionario con el que se creía contar, se levantó contra los asaltantes, sosteniendo al general Iglesias. En unos cuantos minutos éstos, abandonados de todo el mundo y perseguidos huyeron por los campos, y no pudiendo escapar mal montados como estaban, atrincheráronse en la casita de adobes de un modesto labriego.

Los de Iglesias pusieron fuego a la casa pero los rebeldes lograron fugar, y, a salto de mata, entre riesgos innúmeros, llegaron a las goteras de Pisco. Los soldados chilenos que ocupaban esa plaza, dieron con ellos en chirona.

Al día siguente, el jefe chileno que actuaba como Gobernador de Ica, reunió a los prisioneros para interrogarles. Previamente —y usando abundantes expresiones cuarteleras y soeces— les dirigió una filípica desusadamente grosera, tocándoles el patriotismo y la necedad de haberse levantado en armas, justamente cuando el Perú se hallaba bajo la bota enemiga y efectuando negociaciones de paz. Finalmente, el chileno preguntó:

—¿Quién los manda a ustedes?
—Yo —dijo un hombrecillo diminuto, de modesto aspecto— avanzando un paso, con naturalidad.
—¿Cómo se llama usted?
—Manuel Villavicencio.
—¿Profesión?
—¡Marino!
—¿Grado?
—Capitán de Navío.

El Gobernador aquél, cambiando ostensiblemente de tono y modales, volvió a inquirir:

—¿Es usted el comandante de la **Unión,** el que rompió el bloqueo de Arica?

—El mismo.

Bajando del estrado, el chileno se dirigió hacia el patriota. Estrechando sus manos, presentóle sus excusas por la forma inadecuada en que le había hablado. Terminó lamentándose de no poder hacer nada por el marino y sus compañeros, debido a que su deber se lo impedía.

—Pero, continuó, doy a ustedes por prisión la ciudad de Pisco. ¡Y mucho cuidado con acercarse a la playa, porque como no dispongo de botes patrulleros no podría evitar la evasión, sobre todo... si es de noche! — La sugerencia era obvia.

Horas más tarde estaban viajando hacia el Norte en un bote pesquero. Arribaron a la Chira, sanos y salvos, para, desde aquella caleta, dirigirse a pie a la capital.



# EL BIBLIOTECARIO MENDIGO

Ricardo Palma Soriano, el insigne escritor y tradicionista peruano, vistió el uniforme de nuestra Armada durante varios años, cuando, como Contador de la Marina de Guerra Nacional, anduvo embarcado en varias de sus unidades y navegó en ellas en su calidad de oficial, habiendo inclusive naufragado yendo a bordo del **Rímac,** en 1855 frente a las costas de Ica, y salvándose providencialmente de una muerte segura "con más semblanza de espectro que de humano ser", mientras trataba de llegar a Chaviña, Chocavento o Acarí atravesando el desierto, presa de la sed, el hambre, el cansancio y la fatiga. Sesenta y seis de sus compañeros murieron en el trayecto, añadiéndose a cerca de una docena de ellos que habían perecido ahogados frente a los arrecifes de Punta San Juan.

Cinco lustros más tarde, al finalizar la llamada Guerra del Pacífico que sostuviéramos con Chile (1879 - 1883), la Biblioteca Nacional de Lima —centro y joya inapreciable de la cultura del Nuevo Mundo— quedó prácticamente destruída, desde que fue saqueada e incendiada por las tropas invasoras, llegando a utilizarse páginas de libros incunables para envolver alimentos o mercaderías baratas por los soldados y la masa ignara del pueblo mismo.

El General D. Miguel Iglesias, quien había logrado poner fin a la contienda no sin que el Perú sufriese fuertes pérdidas materiales y territoriales, se hizo cargo del poder.

Durante una conversación con nuestro admirado tradicionista, le recordó que el primer acto del General D. José de San Martín, después de haber declarado la independencia de la patria, fue el de crear la Biblioteca Nacional. Iglesias quería imitarle al iniciar el país una nueva etapa de su vida republicana. Con este objeto dio a Palma poderes discrecionales para que aquella vol-

viese a ser un hecho, evitando el prometerle ayuda económica desde que la guerra había dejado exhausto el erario nacional y el dinero brillaba. . ., ¡pero por su ausencia, solamente!

Como Palma, pese a su reconocida erudición y magnífica voluntad para hacerlo no viese claro el loable empeño del general, carente de recursos como estaba, en cierta ocasión en que hablaba sobre el asunto con el también historiador y ministro del nuevo régimen, D. Juan Bautista de Lavalle, éste le dijo:

—Creo que en beneficio de la patria, podría poner usted en juego su prestigio literario en el extranjero, sus relaciones personales con los más eminentes escritores de América y España. . .

—¿Me propone usted —atajóle Palma— que me convierta en bibliotecario mendicante?

—Justamente, contestóle Lavalle, quiero decirle que. . ., bueno: ¡Pida usted limosna en bien de la patria!

Este diálogo fue el punto de partida para la creación de la nueva Biblioteca Nacional del Perú. Y como para muestra sólo hace falta un botón, citaré un par de párrafos de la carta que el 20 de noviembre de 1883 dirigió al célebre polígrafo español, D. Marcelino Menéndez Pelayo. Escribió Palma al ilustre santanderino:

"La antigua y rica biblioteca del Perú fue transportada a Chile. En el último cuarto del siglo XIX han sido los libros, el pan de la inteligencia, considerados como botín de guerra. Hemos retrocedido a los tiempos bárbaros del califa Omar.

Un bibliotecario mendigo se dirige, pues, al ilustre literato para pedirle la limosna de sus obras, y que avance su caridad hasta solicitar de sus esclarecidos compañeros, en las Academias de la Historia y de la Lengua, contribuyan a la civilizadora fundación encomendada, más que a mis modestas aptitudes, a mi entusiasmo y a mi perseverancia".

---

# LA DIANA DE MONTERO

¡Levántate soldado
que las cuatro son,
y viene Montero
con su batallón. . .!

Hasta nuestros tiempos ha llegado la letra picante y la musiquilla de una diana militar, que tuvo su origen en la personalidad de un ilustre marino del pasado siglo. No resisto la tentación de ensayar unos renglones sobre su origen en este "Pañol de Anécdotas", porque creo que es indispensable contribuir a que perduren determinados recuerdos en la memoria de la posteridad.

Nacido en Ayabaca el 27 de mayo de 1832, el piurano Lizardo Montero Flores —quien, con el correr de los años llegara a ser Contralmirante de la Armada Nacional y Jefe Supremo de la República— fue hijo de D. José Casimiro Montero del Aguila y de Dña. Gregoria Flores Izaga.

No pretendo detenerme en pormenores biográficos, porque ello nada tiene que ver con la finalidad de un anecdotario. Incidiré, eso sí, en uno que otro detalle de su vida debido a que, para justificar el título, resulta indispensable examinar determinadas facetas de su personalidad. Al grano pues:

Después de haber seguido sus primeros estudios en Piura y luego de egresar del Colegio Naval Militar de Lima, embarcóse como Aspirante de Marina en la fragata **Mercedes.** Sabido es que dicho buque naufragó en mayo de 1853 frente a Casma, tras un desastre de proporciones en el que su valiente y heroico comandante, D. Juan Noel Lastra, hundióse sacrificadamente con su barco fiel a la tradición del mar.

Destacado Montero al **Rímac** en 1855, volvióle a suceder lo mismo frente a Punta San Juan (llamada también Punta Parada), ahogándose una docena de tripulantes y muriendo sesenta y seis por la sed, el hambre y la fatiga, mientras atravesaban el desierto de Acarí y antes de llegar a Chaviña o Chocavento.

Hombre que había afrontado tantas penalidades y riesgos con éxito, quedó convencido —según yo lo imagino— que la muerte aun no le había señalado para integrar las legiones de cadáveres cuya capitana es, ni que Caronte habíale reservado bancada en su fatídica barca.

De natural valiente, fogoso y arriesgadísimo en todas sus acciones, Montero —quien además siempre mostró un carácter audaz, superior en sus ambiciones y deseoso de destacar— continuó su accidentada y brillante carrera, llegando a hacerse admirado y temido a la par. Veamos y examinemos los hitos más resaltantes:

Ostentando los galones de Teniente Segundo embarcóse en la **Apurímac.** Al estallar la revolución del General D. Manuel Ignacio de Vivanco, hizo causa común con dicho jefe militar en contra del Presidente Provisorio, D. Ramón Castilla Marquesado. La fragata indicada y el monitor **Loa** fueron declarados "piratas" por el Gobierno.

Fracasado el movimiento, fue Montero a Chile primero y luego, a Europa. Regresó al país cuando Castilla terminó su mandato. Volvió al servicio, fue comandante del vapor **Lerzundi,** Prefecto de Tacna, Jefe Marítimo de Arica, y luego Comandante General de Marina ya con el grado de Capitán de Navío. Corría el año de 1864.

Producido el grave conflicto con España —a raíz de la ocupación de las islas Chincha— durante el gobierno del General Juan Antonio Pezet, levantóse en armas el entonces coronel D. Ma-

riano Ignacio Prado en Arequipa, secundándole Montero. Insurreccionó al **Lerzundi** cuyo comando tomó, aprovechóse del motín habido a bordo de la fragata **Amazonas** (en el que muriera el bravo Panizo), ganóse a la **América** y contando a la vez con la **Unión** —tomada por los agentes de Prado—, tuvo a sus órdenes prácticamente a toda la Escuadra del Sur para desconocer al gobierno de Pezet.

Triunfante la revolución fue nombrado Ministro Plenipotenciario en Colombia. Regresó en 1866 como Comandante General de la Escuadra —con su insignia en el **Tumbes**—, haciendo frente al enemigo y contribuyendo al triunfo del 2 de mayo en el Callao.

Cuando, comisionado por el Gobierno se dirigió al Sur para recibir al **Huáscar** y a la **Independencia,** produjose el "Incidente Tucker", a raíz de la designación de un contralmirante norteamericano que había sido nombrado Comandante General de la Marina del Perú —con el propósito de dirigir una expedición naval contra España— pero cuyo mando fue desconocido, en abierta rebeldía, por muchos de nuestros marinos e incluso por Grau. Montero, por supuesto, también estuvo entre ellos.

Posteriormente al juicio que se les abrió, cuya defensa fue hecha por el Dr. Luciano Benjamín Cisneros, Montero combatió a Balta en forma encarnizada.

Partidario acérrimo de D. Manuel Pardo, luchó —durante la sangrienta rebelión de 1872— contra el pueblo para salvar la vida del coronel Tomás Gutiérrez, aunque sin conseguirlo.

Terminado el período constitucional de Pardo, Montero se presentó como candidato Presidencial. Fue vencido en las elec-

---

(1).—Decreto Supremo del 26 de noviembre, 1856, refrendado por José María Lizarzaburu.

ciones por el General Prado. Posteriormente, y a propuesta del Ejecutivo, fue ascendido por el Congreso al grado de Contralmirante.

Durante la guerra de 1879 actuó como Jefe de las Fuerzas del Sur, siendo vencido en Tacna. Habiendo regresado a Lima, participó en las batallas de San Juan y Miraflores, el 13 y 15 de enero de 1881, respectivamente.

Cabe anotar aquí que al instaurarse la dictadura de Piérola en 1880 y expedirse la resolución suprema para reorganizar los Ejércitos del Sur, Montero se opuso valientemente a tan desatinada disposición por medio de la que "se pretendía alterar al personal del ejército de vanguardia, en momentos en que se encontraba ya frente al enemigo". Su vaticinio se cumplió.

Después de la ocupación chilena y del retiro de Piérola a la sierra, los notables de Lima eligieron Presidente a D. Francisco García Calderón y Primer Vice-Presidente a Montero. Ante la expatriación del Gobernante de la Magdalena —ordenada por Linch—, Montero se dirigió primero a Huaraz y estableció conversaciones con el Plenipotenciario norteamericano Mr. Trescott. Fracasado en su intento de obtener paz sin cesión territorial alguna, viajó a Arequipa y asumió la Jefatura Militar y Política del Sur. Cuando el enemigo se apoderó de esa plaza, ante la inutilidad de sus esfuerzos tuvo que viajar a Buenos Aires, permaneciendo en Argentina hasta 1886 año en el que, gobernando el General Cáceres, regresó de su voluntario ostracismo y comenzó nuevamente a actuar en política como senador por Piura.

Un valiente rasgo que dice mucho más todavía de la personalidad de ese infatigable batallador que fue D. Lizardo Montero Flores, lo constituye el haberse ofrecido para reemplazar en la prisión al Presidente Provisorio, D. Francisco García Calderón, para que regresando al Perú sin la coacción del vencedor, pusiese en orden la cosa pública. "El sacrificio personal es obligatorio,

cuando se trata de salvar los más vitales intereses de la República", fueron sus frases patrióticas y sinceras.

Presidente de la "Sociedad de Fundadores de la Independencia, Vencedores el 2 de Mayo de 1866 y Defensores Calificados de la Patria" (1877 - 1878), Montero alcanzó a ser también Regidor del Concejo Provincial de Lima, falleciendo el 5 de febrero de 1905.

Tan recia personalidad, tanta valentía, innúmeras acciones de armas, revoluciones, popularidad e intervenciones enérgicas en todos los instantes de su vida, hicieron de Montero una figura temida y temible por muchos de sus contemporáneos, ya en el campo político ya en el de la guerra —que como las que empeñamos con España primero y con Chile, después—, tuvieron siempre ante sí el temor al hombre que, ya defendiendo ideales y convicciones ya la gallarda soberanía de una patria que le era tan querida, siempre constituía una amenaza imprevisible, capaz de llegar con sus tropas o fuerzas navales cuando menos se le esperaba.

De allí la "diana" militar y pícara —a la que me referí al comenzar—, que aun llega con su música alegre y movida a despertar a soldados y marinos, cuando el toque intempestivo de la corneta enlaza notas musicales cuya letra ya casi está olvidándose:

— ¡Levántate soldado
que las cuatro son,
y viene Montero
con su batallón!
— Venga o no venga
o deje de venir,
¡váyase a la m...
y déjeme dormir!
tari, tari, taraaa...

---

JOSE VALDIZAN GAMIO

# EL MARQUES DE LA CONQUISTA

Buscando referencias para compilar el presente anecdotario, mi buen amigo, el Capitán de Navío (R), D. Leonidas Rivadeneira Beleván, ha tenido la bondad de relatarme el siguiente hecho verídico. Muchas gracias por su colaboración y pasemos a la anécdota:

El 19 de julio de 1905 arribó a la isla Santa Elena la corbeta **Nautilus,** buque escuela español en el que se hallaban embarcados siete guardiamarinas peruanos en crucero de instrucción: Carlos Fajardo, Aurelio de la Guerra, Isaías Bermúdez, Alejandro G. Vinces, Gustavo O. Frías, Manuel I. Vegas y Tomás M. Pizarro. Actualmente —en el año de 1967— el último es el único que sobrevive de dicha promoción. Por curiosa coincidencia, resulta también el protagonista principal de este relato.

Si desembarcar en la isla mencionada era de por sí interesante, aquello de conocer Longwood y la prisión que ocupara el emperador de los franceses, Napoleón Bonaparte, constituyó el mayor deseo de todos los marinos visitantes. Habiéndoles brindado las autoridades isleñas toda clase de facilidades para hacerlo, pronto se organizó la expedición hacia la indicada planicie —situada a gran altura y unida al puerto por una buena carretera—, contándose para ello con coches diversos y bien aperados caballos.

En Longwood pudieron admirar todo lo relacionado con la estancia del gran corso durante su obligado cautiverio: prendas de uso personal del emperador, el catre en el cual dormía, su escritorio, un mechón de cabellos y el lugar donde fue inhumado inicialmente, antes de trasladar sus restos a París para ser sepultados en Los Inválidos.

Es necesario dejar constancia de que, entre la plana mayor española de la **Nautilus,** existían oficiales y guardiasmarinas con

títulos nobiliarios, los que, de otro lado, jamás usaban en actos del servicio sino en acontecimientos especiales.

Terminada la visita, todos pasaron a un gran salón en el que se les invitó a firmar el consabido libro de huéspedes ilustres. Lo notable fue que muchos de los marinos españoles —sabiendo que aquellas rúbricas quedarían para la posteridad—, sacaron a relucir diversos grados de nobleza y títulos de ancestro casi olvidados. Condes fulanos y duques zutanos hicieron figurar su genealogía antes de apuntar sus nombres.

Al llegarle el turno al guardiamarina Pizarro mostróse confundido. La relación sui géneris hecha por quienes le habían precedido, casi casi le hizo sentirse disminuído. No deseando quedarse atrás, firmó de la siguiente manera:

**Tomás M. Pizarro**
**Marqués de la Conquista**

Indudablemente que su apellido debía ser de abolengo y proceder de Truxillo de Extremadura —pensaron los españoles—, relacionándolo de inmediato con el de D. Francisco, el ilustre y valiente conquistador del siglo XVI.

Desde entonces decidieron cambiar la forma del tratamiento familiar que con él empleaban, y aquello de "¡oye tú!", se trocó en "excelentísimo", en un abrir y cerrar de ojos.

Pero como la broma fue tomando cierto cariz de seriedad, pronto llegó a oídos del comandante de la nave. El guardiamarina Pizarro, con franqueza y elocuentemente, se vio obligado a explicarle el origen de la humorada y el por qué de haberse asignado un Título de Castilla con sana intención.

Al capitán le cayó en gracia el sucedido y la cosa quedó en nada. Sin embargo, lector, si alguna vez viajas hasta la isla de Santa Elena, pide que te muestren el Libro de Visitantes correspondiente al año de 1905.

Allí encontrarás la firma de nuestro peruanísimo "Marqués de la Conquista".

JOSE VALDIZAN GAMIO

# UNA SALIDA ANDALUZA

En el acorazado español **Lepanto,** hallábanse embarcados allá por el año de 1906 ó 1907 dos alféreces de la Armada Peruana, D. Tomás M. Pizarro y D. Gustavo O. Frías, efectuando un viaje de instrucción.

Durante los carnavales —y para gozarlos plenamente, como es de imaginar—, el buque aquél permaneció en el puerto de Cartagena y su estadía superó en un par de días a la permanencia que se había programado. Oficiales y tripulantes, deseosos de divertirse y conocedores del dicho: "a la ocasión la pintan calva", gastaron más de lo debido en bailes y juergas, quedándose con los bolsillos prácticamente vacíos y, según cierto peruanísimo modo de expresar la escasez de dinero: "¡a tres dobles y un repique!".

Un trío de amigos íntimos —los dos peruanos ya citados y el Alférez de Fragata de la Real Marina Española, D. Antonio Noval, oficial destacadísimo que a honra tenía el ser andaluz de origen—, en la tarde del Miércoles de Ceniza salieron a dar un paseillo por la Calle Real. Cafeterías y lugares en los cuales se servían bocados apetitosos resultaron sitios vedados para ellos por la ausencia de monedas. Quizás la ilusión de paladear unos sorbos de humeante café, estimuló al alférez Pizarro. Tal vez por esta razón tornó bruscamente hacia Frías para preguntarle:

—Oye, Gustavo: ¿tienes un cigarrillo?
—Ni la mitad de uno siquiera, le contestó el interrogado.
—¿Y tú, Antonio?, díjole a Noval.
—Ni por pienso, Tomás. Pero... ¡mira que acabo de hallar un duro en el fondo del bolsillo! Vamos a comprar un paquete.

Y así diciendo, se encaminaron al puesto de una estanquera de cigarrillos, atendido por una guapa moza. Noval, dirigiéndose a la señorita, le pidió su marca favorita. Tan luego le fue alargado el paquete, abriólo y convidó a sus compañeros. Puso el duro en la mano de la vendedora.

Antes de darle el cambio, la niña tomó sus precauciones. Dejando caer la moneda —que por aquel entonces era de plata— sobre el mármol del mostrador, el duro no acusó un sonido argentino como era de esperarse sino, al contrario, retumbó secamente al golpear la pulida piedra.

—Caballero: ¡este duro es falso!

—¿Está usted segura, señorita?, preguntóle estupefacto.

—Pues sí, señor. Y volvió a hacerlo sonar sobre el mármol.

A nadie cupo la menor duda después de aquella demostración fehaciente. Fue entonces cuando el alférez Noval —como buen andaluz que era—, tuvo una salida inesperada y tornó a decirle a su interlocutora:

—¡Pero señorita...!, ¿no será falso el mármol?

Una carcajada general festejó la ocurrencia. La vendedora —ahogándose de risa— no pudo menos que contestarle:

—No se preocupe, señor. La salida tan graciosa y espiritual que ha tenido usted..., ¡vale más que el paquete de cigarrillos!

Dándole las gracias continuaron el paseo por la Calle Real, mientras aspiraban sendas bocanadas de los cigarrillos obtenidos merced a la "andaluzada" de Noval.

---

# FUGA DURANTE LA GUARDIA

Un antiguo Capitán de Navío de nuestra Armada (Q.E.P.D), me relató esta anécdota auténtica: don Manuel F. Jiménez Saldías.

Transcurría la segunda década del presente siglo XX, cuando nuestro protagonista era teniente y efectuaba servicio en uno de nuestros viejos cruceros: me parece recordar que era el B.A.P. **Coronel Bolognesi.**

Contábame que el segundo comandante del buque por ese entonces, por muy ocupado o poco trabajador, dejaba la calificación del cuaderno de arrestos al Maestro de Armas. Aquel subalterno, hombre disciplinado pero con escaso dominio del idioma de Cervantes, intitulaba las faltas que los tripulantes cometían según su leal saber y entender. La cosa era relativamente sencilla, desde que todos conocemos cómo designar las faltas que son comunes a bordo: "No levantarse al toque de diana", "negligencia en el cumplimiento de sus obligaciones", "retraso en su llegada al buque", etc., etc.

Pero, en tratándose de tópicos que demandaban algo más de discriminación y criterio..., pues él hacía las cosas lo mejor que podía. Nada más.

Nuestro teniente, oficial erudito y celoso en el cumplimiento de sus deberes, había tomado la costumbre de —cuando se encontraba de servicio— pedir al Maestro de Armas el dichoso cuaderno, para revisarlo antes de que le fuese presentado al segundo de su buque.

Un buen día, y al pasar su rutinario examen de los titulares, encontróse con una falta que parecía ser gravísima. Sin embargo, el castigo asignado resultaba nimio. Rezaba así:

Cabo Fulano de Tal.—"Fugarse, estando de guardia".— Un día sin salida.

De inmediato hizo llamar, nuevamente al Maestro de Armas, para interrogarle sobre el desaguisado que había cometido:

—¿No se da cuenta usted de que esta falta es gravísima? ¿No ha pensado que el cabo Fulano de Tal debe ser enjuiciado de inmediato?

—Realmente nó, mi teniente.

—Pero. . ., mejor será que me explique cómo y cuándo..., en fin, ¿de qué manera cometió ese tripulante tal delito?

—Bueno, señor. . ., la verdad es que quizás existe un malentendido. Verá usted: la otra noche, parece que el cocinero no contó con el tiempo suficiente para que los frijoles se ablandaran oportunamente. Estimo que usó un poco de "sal de soda" para conseguirlo. Luego. . .

—¿Pero está usted loco?, ¿qué tiene que ver toda esta relación que me hace con lo que le estoy preguntando?

—Vea, mi teniente, como le seguía diciendo, la comida aquella resultó un tanto pesada. . .

—¿Indigesta, quiere decir?

—Eso es, señor. El cabo Fulano de Tal, quien es muy glotón, se hizo servir "doble".

—¿Y. . .?

—Lo que pasó, señor, fue que mientras hacía mi ronda, caminando junto a él que estaba de guardia en el portalón, pude verificar, personalmente, que "tuvo una fuga sonora y pestífera", cosa que, como usted comprenderá, constituye una falta. . .

El teniente no pudo reprimir una sonrisa ni dejar de soltar una carcajada.

Total, un "cuesco" según el diccionario de la lengua, no resultaba motivo suficiente para someter a nadie a la justicia. El Maestro de Armas había procedido con equidad, comprensión e imparcialmente.

Gramatiquerías, pensó, mientras se dirigía hacia la cámara de oficiales ahogándose de risa.

---

# ORO... ¡AL AGUA!

Aquello de respetar estilos y relatar anécdotas cuando uno las recopila —y según se narraron en su oportunidad—, no es cosa fácil y posee sus bemoles. Entre los papeles que ahora tengo sobre la mesa, hay una escrita bajo pseudónimo. Suave y delicadamente, su autor se identifica con un anagrama raro: "Comandante Lubesán". No sé por qué.

Sin embargo estoy seguro —y en ello no me equivoco— que no siendo mi propósito el de copiar sino el de recopilar sucedidos humorísticos que acontecieron en nuestra Marina de Guerra, el autor no se resentirá si le delato. Fue y seguirá siendo un marino de corazón, a quien recordarán las generaciones venideras como a un hombre que supo del mar y lo sintió de cerca, tan inmediato a sí mismo, que llegó a dudar si por sus venas corría sangre o agua salada. Me refiero al Capitán de Navío, D. Leonidas Rivadeneira.

Sentado el prólogo, al tema me remito para contar las cosas a mi manera, ¿me disculpas, lector?

Hace casi cincuenta años, "en esos tiempos felices que ya no volverán", nuestra moneda circulante era la Libra Peruana de Oro, la Media Libra, el Quinto; también existían el Sol de Plata (de nueve décimos fino), al igual que las fracciones de hasta cinco centavos de valor.

Por ese entonces, el antiguo B.A.P. **Coronel Bolognesi**, flotaba en las aguas del Callao con gallardías de juventud. Tenía como segundo a un comandante cuyo primer nombre era Nicolás (conténtate, lector, con saber el de pila solamente), puesto que

dando más detalles me introduciría en intríngulis que no son de mi gusto.

Y a Rivadeneira me acojo: "Dn. Nicolás era un hombre que detestaba el robo —razón por la cual, predicaba la honradez— como la mejor cualidad moral que debía poseer todo individuo".

"Buena era su doctrina, pero la fatalidad puso en su camino a nadie menos que a su "ordenanza", —un cholito sechurano que respondía al dulce nombre de Candelario Dioses—, vulgar "caco" y "levanta muertos" de ancestro, que, por supuesto, ni honraba a su angelical apellido ni hacía de su parte para resultar hierático o cuando menos respetable, por su prosapia y tradición familiares".

El caso era que D. Nicolás, fuera de ser un hombre económico por antonomasia, resultaba un "amarrete" elevado al infinito. Al acostarse, diariamente, efectuaba el balance de sus gastos habituales y los registraba en una libretita ad-hoc. Precios de los pasajes en tranvía, valor del único diario que compraba y ¡hasta los jabones que su esposa le encargaba!, iban a parar en las columnas de sus cuentas minuciosas..., ¿cómo podía equivocarse si algo le faltaba?, ¡imposible!

Pero como "el malo" mete la pata en el instante en que uno menos se imagina, Candelario Dioses, mientras colgaba la ropa de su jefe, supuso que una libra de oro de más o de menos no iba a afectar el presupuesto del superior..., ¡y se la echó al bolsillo!

Para mí que ignoraba aquello de la famosa libretita y que era un ser ausente de toda apreciación psicológica. Claro, ¡no tenía mayor instrucción!

Terminadas las labores diarias a bordo, el segundo comandante —que no era otro que D. Nicolás—, fue a su camarote para cambiarse de indumentaria y marcharse a tierra. Una vez listo, abrió el cajón de su cómoda que estaba no digamos cerrado sino bajo doble vuelta de llave, con el exclusivo objeto de contar su dinero: ¿cuál no sería su sorpresa, al ver que le faltaba una Libra Peruana de Oro?

Contó y recontó el dinero que había dejado. Consultó escrupulosamente su libretita de apuntes y llegó a una conclusión irrebatible: ¡Candelario Dioses le había birlado la libra que le faltaba!

—"¡Oficial de Guardia, Oficial de Guardia!, exclamó, ¿sabe usted lo que ha pasado?"

—Nó, mi comandante.

—Pues para que lo sepa usted, jovencito —así solía llamar a todos los oficiales—, mi "ordenanza" me ha robado una libra de oro del cajón de mi mesa de noche. —¡Ahora mismo me trae usted a ese ladrón!

La orden no pudo ser cumplida. Dioses estaba franco y divirtiéndose en tierra con el dinero de marras: "Marinero en tierra y con pasta, ¡hasta el último cobre gasta!".

Hubo que esperar hasta el día siguiente. Dn. Nicolás ordenó el relevo de su "ordenanza", así como también su nuevo alojamiento: un frígido calabozo.

Estaban al fin del mes. Vino el pago, y con él, la orden de que se le descontara a Dioses una Libra Peruana de Oro. Luego el interrogatorio:

—Desde hoy no te apellidas Dioses, ¡Diablos serás!

—¿Por qué, mi comandante?

—Porque me has robado una Libra de Oro, ¿te parece poco?

—Pero, señor...

—¡No hay pero que valga! —Aquí tengo la que te han descontado..., ¿crees tú que me importa?

—No sé, mi comandante.

—Pues para que veas que sólo pienso en la honradez, ¡allá va!

El sechurano intentó atraparla al vuelo pero..., ¡fue a parar al agua!

—Y para que veas que el dinero no me importa pero el robo sí, ¡aquí tienes otra muestra!— Sacando del bolsillo una libra más, la lanzó al mar.

—Insisto en decirte que lo único que vale en el mundo es la honradez... Al terminar de expresarlo, furibundo y desorbitado, introdujo la mano en el bolsillo nuevamente: ¡dos monedas idénticas se sumergieron entre las ondas marinas!

Luego, aplicándole un par de puntapiés en donde la cintura pierde su nombre, D. Nicolás envióle al calabozo mientras se retiraba murmurando:

—¡Que tal indio de Sechura!, ¿venir a robarme así...?, ¡que se "chupe" la lección que acabo de darle!

Añadieron por ahí —aunque completa seguridad no tengo— que todas las libras sumergidas fuéronle descontadas..., ¡a Candelario Dioses!

---

JOSE VALDIZAN GAMIO

# "HIPNOTISMO A BORDO"

Hace bastantes años nuestra escuadra contaba con el transporte **Chalaco,** al que le llamaban **Chalaquito** por lo diminuto que era.

La dotación de marinería se componía, casi en su totalidad, de naturales de Sechura que tienen fama de ser muy buenos marineros.

Cuando el buque se hacía a la mar, ¡había que ver cómo se movía ese "cachito"! Fuertes bandazos y cabeceaba de lo lindo. Las malas lenguas decían que, además de estas gracias, tenía otra que consistía en atornillarse al agua a punto tal que cuando había un poco de mar por el través, hacía todos estos movimientos como si fueran uno solo. No había títere con cabeza que se pudiera mantener en pie y "que no cambiara pesetas", a no ser que perteneciera a su dotación y estuviese acostumbrado al baile.

Con todo, el **Chalaquito** era un buque muy simpático y acogedor. Especialmente para los glotones, porque tenía un cocinero de esos que hacen prodigios y las comilonas que se preparaban en este "acorazado de bolsillo" tenían fama de suculentas, por lo bien aderezadas a la criolla y mejor remojadas espirituosamente.

Por esos tiempos habían actuado en Lima los famosos hipnotizadores, Onofroff primero, y después un boliviano apellidado Sáenz. Este último había hecho a bordo de los buques de la escuadra muchas demostraciones de su poder hipnótico, para entretenimiento de la marinería y solaz de la plana mayor.

Un buen día dicho señor inquietó con su charla la curiosidad de algunos oficiales, diciéndoles más o menos esto:

—"Cualquiera de ustedes puede ser un hipnotizador, pues todo depende de practicar los ejercicios adecuados para educar la voluntad y la persuasión. Siguiendo las instrucciones de los textos de enseñanza que se han publicado, se consigue fácilmente el objeto deseado. Yo, por ejemplo, les recomiendo el tratado escrito por el doctor De Sage".

Un oficial que era muy amigo de Sáenz, de la noche a la mañana comenzó a vender entre sus compañeros el famoso "Texto para aprender Hipnotismo", del doctor De Sage.

La novelería, tan propia de nuestro medio, favoreció el negocio y muchos aficionados que adquirieron el mentado libro, comenzaron a estudiar hipnotismo, magnetismo y sugestión.

En el **Chalaquito** había un alférez a quien le dio muy fuerte por el estudio de esta nueva ciencia, y en menos de lo que canta un gallo, se sintió un émulo de Onofroff y de Sáenz.

Para el efecto buscó un "medium" entre la tripulación, con el cual se ejercitaba muy a menudo. Llegó a convencerse de que su dominio hipnótico era perfecto. El tal "medium" era un cholito sechurano llamado Asunción Fiestas, el que, por aprovechado y socarrón, se prestaba a todas esas pruebas para conseguir, en cambio, mejor alimentación y más días francos.

En cierta oportunidad, el alférez del cuento invitó a varios compañeros a almorzar a bordo de su buque; dentro del programa también figuraba una demostración hipnótica practicada por él.

Por supuesto que nadie faltó al ágape. Almorzar en el **Chalaquito** ya era un lindo programa y la cola que se traía..., vamos ¡la cosa valía la pena!

Después de la opípara comilona, bien remojada y mejor conversada, llegó el momento de las grandes revelaciones.

Se hizo llamar al "medium", Asunción Fiestas, el cual se presentó solícito sin que nadie, ni el mismo "profesor", se percatara de las agallas que poseía.

Comenzó el acto. Se recomendó un profundo silencio y así fue: todos miraban con gran atención a los protagonistas de este gran espectáculo...

La prueba se realizó en cubierta y el cholito Fiestas daba cara a la proa. De espaldas a ésta y mirando fijamente al "medium", se colocó el alférez.

El viento y la mar venían de frente. Esta circunstancia permitía que los dos sujetos hicieran sus inclinaciones corporales siguiendo el rítmico cabeceo del buque: ¡más espectacularidad no cabía!

—¡Míreme Ud. a los ojos! —ordenóle el alférez— así, ¡muy bien! ¡más fijamente!, así, así...

Luego, con las manos comenzó a efectuar diversos pases, esto es, llevándolas muy cerca del cuerpo y sin tocar al "medium", desde la cabeza hasta las rodillas.

Esta maniobra la repitió como diez veces. Luego el alférez prosiguió:

—¡Dormido!... ¡más dormido!, ¡más dormido aún!; ¡profundamente dormido!

Estas sugestiones las repitió unas cuatro veces.

Tanto el hipnotizador como todos los presentes, miraban la cara del cholito Fiestas y veían, efectivamente, que éste tenía los ojos ya casi cerrados...

Fue entonces que el alférez le hizo la pregunta final, en tono grave y ceremonioso:

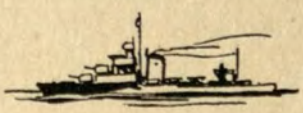
—¿Es cierto que estás dormido?

A lo que el cholito contestóle, con ese dejo particular de los piuranos de pura cepa:

—¡Guá! Nó, mi alférez; no estoy dormido. Yo cierro los ojos porque así son "mis vistas": ¡caídas!

Con lo que se deshizo la gran demostración hipnótica, entre risas y burlas de todos los espectadores.

Por descontado que el "medium" recibió dos cogotazos que le hicieron recorrer, a toda velocidad, la pequeña eslora del **Chalaquito** en un tris por tras.



# CON O SIN ESPUMA

Con la mala costumbre que tenemos quienes en el Perú no somos oriundos de sus serranías, de pronunciar las letras que se asemejan fonéticamente casi de la misma manera, los nacidos en Chachapoyas evitan que se les llame chachapoyinos y prefieren ser conocidos por el apelativo de "chichacos". Tal vez les suene a ofensa el primero de los vocables citados, aunque la desinencia "poyino" jamás debiera ni pensar en confundirse con "pollino", animal rebuznador, con cuatro patas y orejas largas, que para nosotros simboliza ser escaso de entendederas y nacido para sufrir rebencazos o aguantar palos.

Pues bien, a la anécdota voy después de este breve exordio. Allá por los años en que estaba llegando a su término la Primera Guerra Mundial— esto es decir entre 1917 o 1918—, cierto jefe de nuestra Armada nacido en Chachapoyas y cuyos parientes eran innúmeros, recibió una visita en masa de buena cantidad de ellos. Los aludidos habían acordado hacer un viaje turístico a la capital de la república y alrededores, con el objeto de conocer Lima y palpar de cerca sus adelantos. Sabiendo que su relacionado podría orientarles debidamente, acudieron a él demandando su ayuda para el efecto y seguros de que la acogida sería, a todas luces, óptima.

Y en efecto, así fue. Nuestro protagonista no hizo oídos sordos al llamado de la tierra natal, mostrándose afabilísimo con ellos pese al trabajo que le dieron. Eran casi treinta.

Sin embargo, su plan turístico no dejó nada que desear: luego de recorrer casi toda la ciudad en diversas etapas, hacer re-

cuerdos del terruño, almorzar juntos y echarse algunos tragos entre pecho y espalda, surgió la imprescindible inquietud de quienes nunca han visto el mar de cerca. Quisieron conocer el Callao.

El anfitrión no pudo negarse. Programó un viajecito en lancha por la bahía, y después, un bien sostenido almuerzo en el crucero que por entonces comandaba. En dos embarcaciones especialmente ordenadas para el caso, todos los turistas "chichacos" voltejearon alrededor de los buques surtos en la rada exterior, para finalizar el paseo visitando el barco de guerra y tomando asiento sobre diversas sillas mandadas a subir a la toldilla. Una bien servida mesa les esperaba..., pero estaban en pleno mes de enero, hacía calor y necesitaban refrescar sus estómagos.

El comandante, luego de que se pasaron los bocadillos de ritual, con voz arrogante si se quiere, dirigióse al mayordomo y le dijo:

—¡Traiga usted cerveza helada!

—Comprendido, señor.

Mas sus apuros fueron grandes porque sólo encontró dos botellas. Se presentó a cubierta portando un azafate con ocho vasos pequeños. Sus contenidos desaparecieron en un santiamén.

—Mayordomo: ¡más cerveza!

—Mi comandante, lo siento, pero se han olvidado de comprar la necesaria...

Contrariado el anfitrión, disculpóse como pudo y envió una lancha por dos o tres docenas. La treintena de invitados tuvo que someterse a una larga espera. Por fin llegaron y se consumieron.

La reunión terminó agradablemente a pesar del inesperado contratiempo. Vino después su "entrevista" con el mayordomo, un arresto por su descuido y una "receta" sabia:

—Cuando a bordo haya muchos invitados y poca cerveza, la sirves con la botella en alto para que levante espuma y alcance. . ., ¿cómo no se te ocurrió hacerlo?

—Había muy poca, mi comandante. La verdad es que de ninguna manera hubiese bastado. . .

—Pues que la lección te sirva para otra vez, murmuró el jefe enojado mientras se retiraba mascullando algunas interjecciones nada zalameras. ¡A cumplir el arresto!, añadió.

Casi al mes contado —e impresionados positivamente por la narración de lo que habían visto y gozado en Lima quienes primero viajaron—, otra treintena de parientes "chichacos" hizo su aparición en la capital. Por descontado, fueron a visitar al relacionado marino.

Amable como siempre y con la experiencia ya adquirida, atendióles éste mejor aún. El plan anteriormente realizado se repitió en su totalidad con algunas adiciones complementarias. Llegados a bordo del crucero, las precauciones habíanse tomado y la cervera abundaba. El verano costeño proseguía al igual que la sed de los invitados.

Cuando llegó el momento oportuno, el comandante llamó a su mayordomo y le pidió, esta vez muy seguro de no tener contratiempo alguno:

—¡Traiga usted cerveza helada!

Entonces fue cuando surgió lo inesperado: el asistente, recordando su ingrata experiencia anterior, interrogóle con todas las precauciones del caso, pero olvidándose de bajar la voz:

—¿Con espuma o sin espuma, mi comandante?

A lo que el jefe aludido, esbozando una forzada sonrisa, le respondió:

—¡Sin espuma!, por supuesto.

De seguro que —para sus adentros— no se olvidó de añadir: ¡idiota!

---

# APRENDIZAJE DE IDIOMAS

Dentro del campo de las anécdotas sucede lo mismo que en el chismorreo de comadres. Empiezan a comentarse de acuerdo con la versión original. A medida pasan los años, van cambiando de orientación en el tiempo, en el espacio y ¡hasta en los personajes!, para terminar, abstrusa e indefinidamente, en simples comentarios que como guiñapos, agudos algunos y humorísticos los más, tienen que ser recogidos y ubicados con exactitud por quien los acopia, para que su versión alcance a la posteridad con títulos veraces.

Todo esto y mucho más me ha ocurrido al tratar de resumir la presente historia. De que aconteció, no hay duda. De quién fue el protagonista..., ¡pues ya me pusieron en un dilema! Algunos me dijeron que éste; los demás, que el otro. En el fondo, resuelvo el problema relatándolo como lo conocí de primera mano, esto es decir, contado por un antiguo y ortodoxo Capitán de Navío de nuestra Armada, quien no tuvo razón alguna para engañarme.

Erase que se era, otro cuasi coetáneo del suprascrito, que había decidido —motu proprio— aprender a hablar inglés sin maestro. Juan, se llamaba.

Para ello adquirió un diccionario ad-hoc y sin tratar de orientarse respecto de la ortografía, prosodia y sintaxis del lenguaje pretendido, comenzó a memorizar palabras y frases guiado más bien por su personal lógica que por los cánones idiomáticos. El resultado no se hizo esperar. Principiemos a pasar revista, literalmente se entiende, a sus logros iniciales:

Between.— **Entre,** en medio de, en medio.
No.— Adverbio, **no;** adjetivo: ninguno.
More.— Adjetivo y adverbio: **más.**
And.— Conjunción copulativa, significa: **y**
Drink.— **Beba,** bebida, beber.— Tome, tomar.
A.— Artículo indefinido: un, **una.**
Chair.— **Silla,** cátedra, presidencia.

Contaban que un día de esos, entre los de la primera y segunda decena del presente siglo, el Capitán de Navío, D. Juan —Salaverbascoa, vamos a ponerle de mote—, encontrándose en su oficina sita en el Ministerio de Marina, oyó unos golpes amistosos pero firmes que amagaban la puerta de su despacho.

Al entreabrirse ésta, como es lo convenido tácitamente entre personas educadas, pudo apreciar, súbitamente, que del otro lado de la hoja atisbaba una cara amiga, si nó de absoluta intimidad, cuando menos capaz de sentirse impresionada en el caso de que el invitante —haciendo gala de su gentileza— le permitiera entrar con una frase amable.

Dn. Juan Salaverbascoa debió pensar que a la ocasión la pintaban calva. Ni corto ni perezoso, y deseando quizás hacer una demostración de sus pininos en el idioma de Shakespeare, atrevióse —en uno de esos "no sé por qué" que en veces los humanos tienen—, a hacerle la venia mediante un movimiento de cabeza, para reforzarla luego con voz altisonante y ligeramente sofisticada, mediante una frase híbrida, salida de su propio magín, que a su entender y dadas las explicaciones traducidas por él del diccionario usado, llenaba hasta la saciedad todas las expectativas del aprendizaje que aquel bisoño explorador auto-didacta, creía buenas e inobjetables con referencia al lenguaje inglés:

—"**¡Between no more and drink a chair!**"

Las palabras aquellas —en inglés y traducidas literalmente— significan, como tú sabes, lector, lo siguiente:

**—"Entre no más y tome una silla"**

Pero, su semántica, teniendo en cuenta la construcción del idioma resultaba una barbaridad incalificable. No puede traducirse, porque no expresa nada. Sin embargo, haciendo un intento torpe, hasta más no caber, resultaría algo así como:

**—"En medio de nada más..., y ¡bébase una silla!"**

Piensa lo que quieras, lector, pero como me la contaron te la cuento para tu solaz. Huelgan los comentarios pues yo me voy a acostar y no pienso entrar en polémicas. ¡Hasta mañana!



# TOMAS . . . TE

Pretendo relatar esta anécdota tal como llegué a conocerla, pero a mi manera. Con que vamos al grano, que cada cual tiene derecho a matar las pulgas como mejor le plazca.

Allá por el año de 1922 existía en el simpático puerto norteño de Paita una extraña Sociedad: "Caimánica" le llamaban. Sus miembros —todos ellos gente alegre y de reconocida capacidad alcohólica en tratándose de beber whisky—, habían establecido una suerte de rangos castrenses en su logia, según el poder de asimilación que cada cual demostraba tener para la copa.

Por descontado que el "Gran Mariscal", citando tan sólo un ejemplo, podía llevarle quizás una o dos botellas de ventaja al "Sub-Teniente", y tal vez si media al "General" o tres cuartos al "Coronel", bebidas en un lapso de 24 horas continuadas. Claro está que el vino había sido desterrado por incompetente y soso, puesto que para ellos no existía licor más noble que el que se destila del centeno.

Prefecto del Departamento de Piura era por aquel entonces el Coronel Zapatel quien, al llegar las fiestas patrias, quiso darles el máximo boato posible y celebrarlas como Dios manda. Para el efecto —y dada la circunstancia de que nuestro antiguo crucero **Almirante Grau** se encontraba surto en la rada paiteña—, invitó al comandante del buque y a sus oficiales a las actuaciones programadas. Número obligado, por supuesto, era el desfile airoso y marcial de una compañía de desembarco perteneciente al buque, con banda de músicos y "liebre" a la cabeza. (1)

---

(1).—Apelativo familiar, que en argot naval, se da al oficial que marcha al frente de la banda, ordenando sus movimientos y dirigiendo el paso del desfile.

En aquellos años existía aún el ferrocarril entre Paita y Piura, de grata recordación para este Departamento desde que, en sus factorías, D. Juan Carlos Federico Blume Othon, construyó con su propio peculio el primer submarino peruano, en 1879, inventado por él cuando ejercía la gerencia de la citada compañía de vías férreas.

Pues bien, el viaje lo hicieron nuestros marinos en los vagones que se pusieron a su disposición para el efecto.

El Comandante, D. Tomás Pizarro, tomó asiento junto al señor Juez de Paita, Dr. Velazco. En el trayecto entablaron conversación y se hicieron amigos. Durante los agasajos preparados en Piura, bebieron un par de copas juntos y quedaron en volver a reunirse en Paita.

A poco de este encuentro, el comandante Pizarro recibió una atenta tarjeta del doctor Velazco invitándole a desembarcar y almorzar en su compañía en el Club Liberal. Habiendo aceptado gustoso, al llegar le fueron presentando varios contertulios: los señores Antram, del Castillo y Artadi, entre otros.

Don Tomás —me arrogo la libertad de llamarle así, por resultar necesario hacerlo para mejor relatar esta anécdota— ignoraba por completo que había caído en el núcleo mismo de la Sociedad "Caimánica".

Dos o más horas pasaron distintos "aperitivos", a base de whisky con soda, con agua, con hielo solamente, o puro y sin adiciones. Botellas y marcas diversas fueron catadas por aquellos conocedores. Mientras tanto el almuerzo no llegaba... y los vapores subían. Don Tomás estaba pálido.

Finalmente, y por disposición —no sé si del Mariscal o General "Caimánicos"—, todo el grupo se dirigió a un restaurante situado en la playa para saborear el clásico cebiche, el picante

escabeche y algún "seco de chabelo" que habían mandado preparar con antelación, no sin antes haber declarado, por unanimidad, que el comandante del **Almirante Grau** había ingresado a la "Caimánica", pero... ¡como simple soldado raso!

Terminado el ágape y habiendo regresado a su buque, pasó varios días restituyéndose de la irritación estomacal causada por el ají ingerido y la mala combinación que el whisky produce con la comida norteña. De paso iba fraguando un ardid para derrotar a la alta oficialidad "Caimánica", retornándole el agasajo.

Pastor Colón era su mayordomo. Con él se puso de acuerdo y concertó un código. Luego le hizo llenar varias botellas con té, procurando que el color de la infusión se asemejara completamente al del whisky.

—Cuando te diga "whisky", me sirves whisky.

—Comprendido, mi comandante.

—Si te pido: "trae whisky", sírveme un vaso de té y pones el pulgar de tu mano derecha junto a él, para no equivocarme, ¿entiendes?

—Perfectamente, señor.

Y llegaron los invitados. Para no dejar mal parados sus rangos de "Generales" o "Coroneles" y ante la rumbosidad de que hizo gala el anfitrión, los "Caimanes" se bebieron en un santiamén alrededor de seis botellas de buen escocés, tras de lo cual —y ya bastante "trimados"— pasaron a la bien servida mesa.

Pero la cosa no quedó allí. Don Tomás dirigiéndose a los comensales, hizo su introducción con emotividad suficiente como para tocarles las fibras más sensibles:

—¡Señores!: a ilustres personajes de tan renombrada calidad como los que integran la "Sociedad Caimánica",

yo no podría —en modo alguno— invitarles un almuerzo con vino sino con whisky. Con que..., ¡a llenar los vasos!

—¡Que viva Tomás!

—¡Bravo Tomasito! Creo que te has ganado el ascenso a Capitán.

Así circularon platos y sendas porciones de whisky. A los postres, el único que estaba sereno, dueño de sí mismo y completamente en sus cabales, era don Tomás.

Pero... habiendo invitado al almuerzo a dos de sus oficiales, pronto reparó en que los estragos también estaban afectando a la Marina. Una seña, imperceptible casi, hizo que Pastor Colón, el mayordomo, les sirviera dos colmados vasos de té.

Al saborearlos —aquéllos que no tenían idea de la treta empleado—, sin quererlo delataron a don Tomás.

A partir de aquel ingrato momento los "Caimanes", apabullados y disminuídos por el desquite que tan ingeniosamente había fraguado don Tomás, le cambiaron automáticamente de nombre...

Y desde ese instante le bautizaron con uno nuevo: "TOMAS...TE".

De aquí el título de esta anécdota incomprensible de primera intención, pero que dejó cola e hizo época en el Departamento de Piura, allá por el año de 1922.



JOSE VALDIZAN GAMIO

# ¡BUEN VIAJE!

El protagonista descollante de la presente anécdota naval dio su primer vagido en el año de 1905, entre ires y venires de parientes, zahumador de caña y fuerte olor a alhucema; para alegría de sus progenitores resultó un niño robusto, vivaracho y bien parecido, cualidades que indudablemente satisfacen a todos los padres del mundo.

Con el transcurrir del tiempo se hizo mozalbete e ingresó a la Escuela Naval a los dieciocho recién cumplidos. S. S. continuó sus estudios y logró graduarse como alférez de fragata, al finalizar la primera década del siglo en que estamos comiendo pan.

De temperamento bonachón y un tanto distraído, nuestro oficial se hizo acreedor a ser calificado por sus compañeros, dentro del argot naval se entiende, como persona un tanto "volada" y ausente de la realidad. Era del tipo de hombres que buscan insistentemente sus anteojos, sin darse cuenta que los llevan cabalgando sobre la nariz.

Pasados algunos años, por razones de índole personal tuvo que dejar el servicio. Siendo un oficial de la Armada, buscó fuera de ella una colocación que estuviese a tono con sus conocimientos navales: ocupó plaza en una compañía naviera del Callao.

Hallábase en la cubierta de su buque en los primeros meses de ese año, algo nostálgico todavía y añorando, como siempre acontece, los días pasados en la Marina de Guerra, los altibajos de la carrera que había truncado y las divertidas ocurrencias de sus épocas de cadete. De pronto, y mientras concedía audiencia a sus pensamientos, verificó que por extraña coincidencia

algunos barcos de la Escuadra comenzaban a hacerse a la mar. Deben estar iniciando el Crucero de Verano, pensó.

Apresuradamente, dejándose llevar por un impulso sentimental muy explicable, corrió hacia el castillo y por poco se rompe la frente con un estanche con el que tropezó al culminar el último peldaño de la escala. Saltando entre mordazas, estopores y cadenas, buscó un lugar conspicuo desde el cual pudiese observar las maniobras con detenimiento. Graduando con extremo cuidado unos viejos prismáticos que había hallado en el puente, ajustó la abertura interpupilar y dedicóse a escrutar, tramo a tramo, bordas y cubiertas de los buques de guerra que estaban zarpando.

Más de un rostro conocido pasó ante su vista. Algunos compañeros suyos le hacían señas con ambas manos y conversaban entre ellos. Esto le emocionó profundamente: ¡le recordaban con cariño todavía!

Bajando los binoculares mientras sentía un culebrear de sangre agolpada en las mejillas, llevóse ceremonialmente la mano a la visera y saludóles militarmente. No contento con hacerles esta demostración de aprecio y notando que los ademanes menudeaban, entusiasmado se sacó la gorra y comenzó a agitarla acompasadamente; al poco rato trocó la prenda de cabeza por el pañuelo, para seguir dibujando en el aire el monograma de un adiós repetido...

Luego aguzó el oído, y aprovechando una racha de viento que soplaba en dirección suya, trató de captar alguna contestación a su emotiva despedida:

—¡Buen viaje S. S.!, oyó que le gritaban.

Raro le pareció el mensaje. Al fin y al cabo eran ellos los que zarpaban, ¿por qué le dirían tal cosa?

Allí fue cuando, dejando de lado su abstracción, volvió a la realidad por unos instantes. Asomándose a la amura del buque, su vista fue repasando el casco hasta llegar al escobén..., ¡oh sorpresa inenarrable!

El movimiento relativo le había hecho una mala jugada: ¡la cadena de su propio barco hallábase rota! ¡El buque, ya sin la sujección del ancla, se deslizaba plácidamente aguas afuera del Callao llevándole a él a bordo!

Y así, sin sospecharlo, era realmente nuestro protagonista quien parecía zarpar y no los otros...

¡Con razón le habían deseado un buen viaje!



# ESTRELLAS Y CONSTELACIONES

Sabedor el contralmirante (R) D. Alberto Arnillas Arana, de que me hallaba preparando un anecdotario naval, cierto día de enero de 1968 y cuando retornaba a mi oficina del Ministerio después de haber tenido una breve conversación en la correspondiente del Sub-Director de Economía de la Marina, acercóseme, tan atento como siempre, para decirme unas palabras.

Luego de saludarle con la estimación que le tengo y el respeto que me merece, entramos al tema. Fue esto lo que narró:

"Allá por el año de 1925, siendo yo Teniente Primero, a bordo del antiguo crucero **Almirante Grau** estaba dándoles una breve explicación a los cadetes de ese entonces acerca de estrellas y constelaciones. Creo recordar que entre el grupo aquél se hallaban, Sergio León de Vivero, Dante Capella Reyes, Enrique León de la Fuente, quizás si Carlos Monge Gordillo, Eduardo Carrillo Burgos, Pedro Gálvez Velarde, Mesía Pizarro, Mosto y algunos otros. En fin, usted sabe que la memoria es ingrata, en veces, y no podría precisarlos con exactitud ni asegurar a ciencia cierta todos los nombres que cito.

Lo cierto es que estaba hablándoles acerca del hemisferio celeste austral; de las Tres Marías, la Cruz del Sur, Sirio, Achernar, Aldebarrán, Canopus, la constelación del Auriga (Cochero), de las dos gemelas: Castor y Polux; Proción, Capella y otras estrellas como Alpha y Betha del Centauro, del Can Mayor, del Can Menor, y, en fin, tratando de explicarles su posición relativa para fines de

identificación empírica y rápida, aplicables a la navegación de altura y a los cálculos de las rectas correspondientes mediante el uso del sextante.

Como la charla se prolongara un tanto, dos o tres de ellos pidiéronme permiso con diferentes fines: unos para ir al "jardín" (baño), y otro, dándome determinada razón que escapó a la atención que tenía puesta en el tema de mi clase.

Cuando juzgué que la instrucción había llegado a su fin, quise cerciorarme de que mis explicaciones no habían caído en el vacío. Entonces fue cuando, dirigiéndome a uno de los alumnos, le pregunté:

—A ver cadete: ¿Puede usted decirme dónde está Capella?

Ante lo cual el interrogado —quien se me hace que había estado en la Luna durante mi charla—, pensando que no me refería a estrella alguna sino a su compañero homónimo, respondióme:

—"Mi comandante, el cadete Capella. . . , ¡está de guardia en el puente en este momento!".



# VOCALIZACION ANGLOSAJONA

Transcurría el año de 1926. El Comandante General de nuestra Escuadra era por ese entonces un Oficial de la Armada Norteamericana. Su castellano "chapuceado" no andaba del todo bien; confundía a menudo las palabras que tenían semejanza fonética. El, inmutable, seguía hablando hasta hacerse comprender.

Cierta vez decidió inspeccionar el casco del B.A.P. **Almirante Grau.** Se alistó un bote de remos, se embarcaron los bogas y el Jefe del Departamento de Construcción; finalmente, el propio Comandante General se sentó en la chupeta y tomó el gobierno. La embarcación comenzó a contornear el buque, muy lentamente.

De improviso, una oxidación del casco le hizo detener la mirada...

—"¡Talara!", exclamó el norteamericano bruscamente. Los bogas continuaron impertérritos...

—"¡Talara!", volvió a repetir algo enojado.— Nada sucedió...

—"¡¡Talara!!. ¡¡Talaraa!!, ¡Caramba!".

Al oir esta última interjección, el Jefe de Construcción se puso de pie. No es posible asegurar si su intervención fue retrasada intencionalmente o se demoró de buena fe, por no haber comprendido a tiempo lo que el Comandante General quería decir...

Lo cierto es que su voz se elevó estentórea, como si fuera la de un intérprete que bruscamente capta la idea confusamente expresada.

—"¡GALERA!", exclamó casi triunfante.

Los ocho remos se pusieron horizontales, para interrumpir la arrancada...

Y el Comandante General se quedó mascullando: "Galara.., Talara..., Galera..., Talera (¡Quite similar!, debió pensar para sus adentros). La inspección continuó sin otra novedad. El teniente aprovechó los lapsos de la conversación para instruir al Jefe sobre la pronunciación de voces marineras en castellano. Así se enteró de que no daba lo mismo decir "avante" que "levante", o "talara" que "galera".

Cuando llegó su próxima oportunidad, el norteamericano puso suma atención y exclamó, acentuando su pronunciación:

—"¡¡GA - LE - RA!!".

Una sonrisa de triunfo le inundó el rostro, al comprobar que los bogas obedecían su orden sin titubeos.



# EN LA GUERRA ES DISTINTO

La presente anécdota me fue narrada por el Señor Contralmirante D. Federico Salmón de la Jara, quien autenticó al autor su veracidad, por lo que atrevo a relatarla recién en este año de 1968.

Allá por el 1934, nuestro viejo crucero **Lima** se hallaba en el río Amazonas dispuesto a hacer su primer ejercicio de artillería en parajes fluviales. Para ello se escogió un estirón (1) adecuado y se planificó detalladamente el tiro que se efectuaría, tanto con su batería principal de 101 como con la secundaria de 75 milímetros de calibre.

Como tales ejercicios constituían una novedad en Iquitos, se enviaron oficios de invitación a determinadas autoridades políticas y militares, asistiendo entre ellas, por supuesto, el Prefecto del Departamento, el Comandante General de la Región Militar respectiva, miembros de su Estado Mayor y algunos Jefes y Oficiales del Ejército y de la Fuerza Aérea nacionales.

Embarcados que fueron, el buque zarpó de su amarradero dirigiéndose al supradicho estirón. Una vez en él y tratando de cumplir exactamente el horario programado, se dispuso lo conveniente para iniciar el fuego sin tardanzas. El segundo comandante, Capitán de Corbeta D. Carlos Argumedo, llevado por su entusiasta celo y consciente de la responsabilidad que le incumbía, prácticamente se multiplicó para dar órdenes a diestra y sinies-

(1).—Estirón: Tramo largo y derecho de un río.

tra, ayudado por el tono imperativo y enérgico de su voz —de por sí autoritaria como pueden dar fe quienes le conocen— mientras que los invitados, en compañía del comandante del buque, Capitán de Fragata D. Carlos Pfeiffer, contemplaban con interés sus idas y venidas entre pieza y pieza de artillería, así como escuchaban las continuas inflexiones de sus cuerdas vocales, tratando de que tanto el "spotter" (2) como la Central de Tiro (3), marchasen coordinados en la apreciación y corrección de los piques (4) que se avecinaban.

La tremenda actividad que desarrollaba el segundo comandante, unida a sus estentóreas órdenes y a la incidencia continua de su voz en los tímpanos de quienes le escuchaban, hizo que el "mandamás" del buque se sintiese algo disminuído delante de sus invitados, por lo que, llevado de su personalidad y para dejar clara su posición de comandante de la nave, dirigióse a sus invitados de inmediato para decirles lo siguiente:

—"Señores:

En un conflicto real no sucedería esto. Estamos en un ejercicio. Ahora le dejo ordenar nomás. En una guerra... ¡el único que mandará soy yo!".

---

(2).—Spotter: Anglicismo, para el observador que aprecia la caída de los piques y comunica sus impresiones.

(3).—Central de Tiro: Término que indica el organismo técnico que, trabajando en equipo, corrige los errores del tiro efectuado.

(4).—Piques: Impactos, al caer los proyectiles en el agua y hacer notorias las columnas de ella que levanta.

# ¡PARA...LELO!

La presente anécdota, como otras que se han venido relatando en nuestro medio naval a través del tiempo, tiene trazas de haberle sido "colgada" al protagonista. Sin embargo, y pese a las dudas sobre su autenticidad, no puedo resistir la tentación de narrarla porque fue tan conocida como el pan de cada día allá cuando terminaba la década que se iniciara en 1930.

Cierto Alférez de Fragata de nuestra Armada —quien sin haber pasado aún por la respectiva Escuela de Calificación— había sido destacado a la por entonces División de Submarinos, comenzó con entusiasmo a desempeñarse como oficial de dotación en uno de esos buques del tipo "R", dibujando croquis de sus diversas instalaciones, preguntando a los entendidos y disipando dudas día tras día, hasta llegar a considerarse casi un experto en la materia.

Por ese entonces, la terminología usada a bordo de los submarinos —y teniendo solamente en cuenta la manera cómo se combinan las conexiones entre motores de propulsión eléctricos y sus respectivas baterías de acumuladores—, se simplificaba al mínimo usando dos voces: "Serie" y "Paralelo". Para quienes de los lectores que no sepan mucho sobre el asunto, bastará interpretar que al ordenarse "¡Serie!" el buque consumía mucha más energía y daba más velocidad; cuando la voz era la de "¡Paralelo!", el consumo se reducía y la velocidad bajaba al mínimo.

Decían los bromistas, que nunca faltan, que nuestro protagonista habíase olvidado de indagar el significado exacto de am-

bas órdenes y, de consiguiente, le resultaban algo confusas... Contaban que, en cierta ocasión, el comandante decidió hacer practicar al alférez para que desatracase el buque y lo abriera del muelle: "usted dará las órdenes", le dijo.

Haciéndose cargo de la importancia de la misión encomendada, hizo largar espías y cruzadas. Ya con el buque libre de trabas y al notar que alguna arrancada llevaba, ahuecando la voz ordenó al electricista a cargo del tablero de control de los motores:

—¡Para... Lelo!

El aludido interpretó la orden de inmediato e hizo las conexiones que se le pedían. Nuestro oficial —quien había oído muchas veces al comandante iniciar así sus maniobras—, conceptuó adecuadísimo su proceder. Así lo era, en efecto. La maniobra de desatraque siempre debe ser cuidadosamente ejecutada, usando la mínima velocidad conveniente para sacar al buque del muelle e iniciar la marcha hacia atrás o adelante, con el fin de evitar cualquier posible colisión con otros barcos que generalmente estorban la franquicia de su navegación.

Respiró hondo. Por curiosa circunstancia, la pequeña arrancada que había observado disminuyó hasta anularse por completo. Habrá que meter timón a estribor —dijo para sus adentros— con el fin de apartar la proa del muelle y ordenar avante...

—¡Veinte grados de timón a estribor!

—Veinte grados derecha, respondióle el timonel a cargo de la caña.

Y ahora..., ¿qué hago? —se preguntó, algo nervioso y sin tenerlas todas consigo—. Tendré que ordenar "avante", pen-

só, porque, de no hacerlo, el buque sin ser propulsado no obedecerá al timón...

Entonces fue cuando, trayendo cavernas a su garganta, impartió su orden sui géneris: agachando la cabeza y dirigiendo su voz en torrente hacia la escotilla principal del buque —para que el electricista no cometiera errores al interpretarla—, exclamó muy dueño de sí:

—"Avante...Lelo!"

Mucho tiempo anduvieron sus compañeros haciéndole chacota puesto que, según su maliciosa invención, el alférez aquél bisoño y mal enterado..., ¡creía que el electricista se llamaba **Lelo!**, ni más ni menos.



# FIASCO EN LA PLAZA MAYO

Conociendo que andaba yo en trajines para colectar anécdotas, hace unos días del presente año de 1968 y durante una amena charla sostenida en la casa del Contralmirante D. Pedro Vargas Prada Z., uno de sus contertulios, el Vice-Almirante D. Mario Castro de Mendoza, me narró con puntos y comas un gracioso sucedido que le aconteciera allá por el 1939, cuando prestaba servicios en el B.A.P. **Rímac** y el buque aquél se hallaba en Buenos Aires, Argentina.

Cierto día, en horas en que el estómago pide a gritos un buen almuerzo, hallábase nuestro protagonista en compañía del médico del buque —cuyo grado y nombre omito motu proprio— paseando por las cercanías de la Plaza Mayo. Debo anotar que el oficial del Cuerpo de Sanidad tenía fama de poseer el hambre de Heliogábalo, a la par de ser muy cuidadoso en lo que a gastar centavos se refiere: ahorrativo, para ser un tanto más explícito.

Elegido que fue por ambos un adecuado restaurante, ingresaron en él y ocuparon una mesa. La sorpresa del entonces teniente Castro de Mendoza fue grande, al observar que mientras él degustaba un sabroso plato de pastas a la italiana, ensalada, panecillos, café y postre, su compañero se limitó a beber, en pequeños y espaciados sorbos, una tacita del ya mencionado café..., ¡Qué milagro que esté inapetente! —pensó para sus adentros— sin hacer, por prudencia, comentario alguno al respecto. Terminado el almuerzo y la sobremesa obligada, pidieron sus cuentas por separado.

Al traerlas el mozo, la sorpresa aludida intercambió de personajes: ¡ambas eran idénticas, de unos catorce a quince pesos por testa!

—¡Mozo!, exclamó el médico, yo sólo he pedido un café...

—Aquí cobramos únicamente el "consumo mínimo", señor, fue la respuesta.

—Pues entonces..., ¡tráigame un menú completo, por favor!

Y el almuerzo tuvo que prolongarse hasta que el doctor llegara a usar los escarbadientes..., ¡menudo fiasco!, lector, ¿no te parece?



# TARDE POETICA

En la década de 1930, y cuando su segundo lustro estaba por terminar, los cadetes de cierta promoción tuvieron, en la Escuela Naval del Perú, un mes continuo sin clases durante las tardes de cada jueves. ¿La razón?: un profesor enfermo, una hora programada para estudiar en el intervalo y determinado instructor que no asistía a dar lecciones, debido a que la pereza podía más que la obligación en su caso. Se limitaba a enviarnos (me delaté sin quererlo) una relación de las páginas que teníamos que aprender usando el sistema "inteligente", esto es decir: "lee, piensa y asimila por tí mismo".

Ante respiro de tal naturaleza, quienes integrábamos la promoción buscamos un esparcimiento. Declaramos, por unanimidad, que dichas tardes serían lo que vinimos en denominar "poéticas", para sacudir la abrumadora rutina, solazarnos un poco y dar rienda suelta a nuestras inquietudes literarias.

Por ese entonces estaba prohibido fumar en horas que no fuesen de recreo, pese a lo cual se contravenía tal disposición —como siempre ocurre con lo vedado— de dos maneras: una de ellas, la más arriesgada, encendiendo cigarrillos detrás de los casilleros en que guardábamos libros dentro del aula, procurando, eso sí, abrir la ventana y disipar el humo con la gorra; la segunda, pidiendo permiso al cadete encargado del orden para ir al baño —"jardín" en el argot naval, pese a que en dicho lugar no crecen precisamente rosas—, tras de lo cual y protegidos por la puerta cerrada de cada reservado, los cigarrillos se esfumaban en volutas en un santiamén. Yendo de mano en mano, tornaban a regresar

por la parte baja de los tableros divisorios que separaban los seis retretes que por ese tiempo existían.

Entre los miembros de la clase había tres extranjeros. Uno de ellos se caracterizaba por tener, entre otros rasgos personales, una letra inconfundible y estilizada, hecha panzuda ex-profeso en todas las consonantes que a ello se prestaban con sus figuras. Sus "jotas" y "efes", por ejemplo, se distinguían y delataban al escribiente a una cuadra de distancia, tal como si fuesen concubinas preñadas por los erectos guiones con que adornaba, de cuando en vez, la expresión cabal de sus pensamientos al garabatear el papel.

Bernardo, que ese era su primer nombre, exteriorizaba siempre un nerviosismo desusado. Podía comparársele con un caballo de pura sangre —desde que también era atleta y excelente velocista—, añadiendo a su personalidad un lenguaje bien vocalizado y musical, junto con atisbos de empedernido romántico y tendencias literarias de mal gusto que él, sin embargo, tenía como excelentes.

Y voy a mi historia. Cierto día en que el autor de esta modestísima compilación anecdótica regresaba saturado de humo, después de una sesión de fumadores de "Inca" habida en el baño, al entrar al aula fue recibido con una sonora carcajada.

Sobre la pizarra, que de pared a pared se extendía en el salón de clases, la letra inconfundible y panzona de Bernardo aparecía en versos de mala factura, asimétricos y rimados a empujones, girando y volviendo a incidir sobre un solo tema con malevolencia y voluntad manifiesta de herir. Estaban dirigidos a mí anónimamente. El autor había resuelto no firmarlos por lo que pudiera suceder.

Una quintilla, la mejor de ellas, rezaba así poco más o menos:

¡Cabezón!, en el verso éste
va mi esfuerzo más jocundo;
pregúntale a tu papá
¿por qué tu cráneo, que es como el mundo,
tiene el diámetro del meridiano terrestre?

¡Se había metido conmigo y con mi familia! Demás está decir que, de inmediato, la clase entera sabiendo que yo tenía que reaccionar me azuzó para que lo hiciese. Aquel día —y hasta hoy lo creo— estuve de vena para el retruque. Adelantándome hacia la pizarra para borrar uno de los dibujos "ilustrativos" con que me había obsequiado, cogí la tiza y empecé a escribir de corrido, sintiéndome groseramente inspirado.

Por respeto al lector he disimulado las palabras gruesas que me sirvieron para vapulear a mi antagonista. Su imaginación podrá colocarlas en lugar de algunas que van en negrita. Al grano pues, desde que fue en defensa de la familia:

Al **agudo** que escribió
estos versos de mal gusto
y que no puso, por susto,
el nombre que Dios le dio;
que bautizarlo tendré
—aunque no es fraile mi oficio—
pero, mediante artificio,
sus títulos le daré:
letras panzudas, cual bota
de vino hinchada, delatan
que el nombre tuyo es **idiota,**
y te pierden porque empatan.
La tiza en punta llegó
finalmente a tu apellido. . .,
y escribió lo ya sabido
¡la **punta** que te perdió!

---

# VISITANTE DISCRETO

Hallábase uno de nuestros buques, el viejo crucero **Lima,** amarrado al muelle de un puerto de Panamá, cuando, en forma por demás inesperada, se acercó a su costado una lancha enarbolando el pabellón norteamericano y llevando a un alto oficial a bordo: al Jefe del XV Distrito Naval, Almirante por añadidura.

Se trataba de una visita protocolaria de etiqueta naval que el comandante del buque peruano no esperaba. Hasta me contaron que por ser un reconocido dormilón, tuvo que ponerse el uniforme sobre el pijamas, pues acababa de despertarse.

Con tiempo más que medido para alistar el recibimiento, el capitán entró al recinto de oficiales y entabló el siguiente diálogo con el mayordomo:

—¿Has sacado ya dos vasos?

—Sí, mi comandante.

—¡Muy bien por tu iniciativa! Saca también la botella de whisky, hielo y agua mineral.

—Comprendido señor, pero... ¡tenemos "apenas un dedo de whisky"!

—¿Y tu iniciativa? No tengo tiempo que perder..., haz algo, pero sírvenos!

—Bien, mi comandante, haré lo posible porque alcance...

El almirante fue recibido en el portalón e introducido a la cámara. Presentó su saludo, departió sobre asuntos triviales con el comandante, tomó su vaso de whisky y lo saboreó con extrañeza y curiosa afabilidad. Poco después se despidió, embarcándose en la lancha que lo había traído. Se le rindieron los honores de reglamento.

Al entrar el comandante nuevamente a la cámara, se dirigió al mayordomo:

—¡Bien hecho! ¿Cómo hiciste para que te alcanzara el whisky?

Y el mayordomo, medio confundido y denotando estar preocupado, le respondió:

—Mi comandante: ¿por qué no me hizo caso cuando le señalé un vaso, al servir. Tomó usted "el que no era".

—¿Qué dices?

—Si mi comandante. . ., iniciativa tengo: puse whisky con agua mineral en un vaso para el invitado, y en el otro, como no alcanzaba. . ., ¡serví agua mineral con té, bien "cargadito"!



# APRECIACION GENERAL

Conozco muy de cerca tanto al protagonista principal de esta anécdota —pues fue cadete de la Escuela Naval al mismo tiempo que yo, aunque algunos años de ventaja me llevaba— como a quien la trasladó al papel motu proprio. Por razones obvias, callo el nombre del primero mas no puedo silenciar el del autor: Capitán de Navío (R), D. Leonidas Rivadeneira, excelente marino y buen amigo, a quien pido permiso desde estas líneas para hacer mío su relato e introducirle ligerísimas modificaciones, con el fin de adaptarlo al estilo propio del que me valgo para contar las cosas a mi manera.

El "Examen de Apreciación General", mal llamado en veces de "Presencia", constituye una prueba que rinde todo postulante a cadete naval. Su resultado determina, casi invariablemente, el ingreso del candidato a aquel centro de estudios, puesto que el coeficiente que se le asigna es el más alto de todos en lo que a porcentaje se refiere. Y esta medida resulta lógica, justa y necesaria, ya que en todas partes se cuecen habas. Por ello es indispensable seleccionar a nuestros futuros oficiales de Marina usando medidas legales, ya que, en contadas ocasiones felizmente, se ha dado casos de que manifiestos afeminados —cuyos resultados académicos no andaban del todo mal—, pasaban a rendir el Examen de Apreciación General con andares de "prima donna", cejas estilizadas y voces de tiple caprichosa, pretendiendo conquistar el derecho a un uniforme que posee tradición, prosapia y que ha sido siempre llevado con coraje, valentía y pundonor, por los innúmeros héroes que escribieron nuestra historia naval con su audacia y su sangre, en defensa de la patria y para orgullo de quienes seguimos tan noble carrera.

Digresiones al margen y desgranemos la mazorca en pro de la brevedad.

Detrás de una mesa alargada, al centro de la cual está sentado siempre el Director, diversos jefes y oficiales de distintos rangos le acompañan listos a "calar" al postulante desde el momento en que ingresa a la sala, fijándose en su aspecto personal, modales, educación, vivacidad para responder y en la cultura general que posee. La cosa es impresionante sin duda. Algunos se muestran cohibidos y otros hacen gala de un desparpajo original o adoptado ex-profeso. Las preguntas resultan múltiples y variadísimos los temas que se tocan. Para no apabullarles demasiado, de cuando en vez se les interroga en son de broma. Hasta se les invita a fumar para ver como responden.

Generalmente el Director designa a un jefe u oficial que sea el que haga las preguntas, pudiendo intervenir, previa venia del suprascrito, cualquier otro de los miembros del jurado para hacer acotaciones marginales.

Contaba Rivadeneira que en cierta ocasión, un muchacho loretano —quien había viajado desde Iquitos hasta Lima por la vía del Pichis; la más larga y penosa—, ingresó al examen cuando le tocó su turno. Con la venia del Director, procedió a interrogarle:

—¿De dónde es usted, joven?

—Yo señor, soy loretano.

—¿De qué parte?

—De Iquitos, señor.

Todas estas respuestas las dio con el inconfundible acento vernacular que distingue a los procedentes de la región selvática. Prosiguió el diálogo:

—¿Quiere usted ser marino?

—Para eso he venido.

Y aquí fue cuando el Capitán de Navío Rivadeneira se permitió intercalar una broma. Le dijo:

—Usted, a mi modo de ver, reúne todas las características para ser un buen policía. ¿Por qué no se decide mejor por esa profesión?

—¿Yo policía? Nó, señor. ¡ni de vainas! (1)

Todos los miembros del jurado comenzaron a reirse a caquinos. Continuó el interrogador:

—Pero..., hágame el favor, ¿por qué quiere usted ser marino?

—¿Yo?, pues porque desde chiquito me ha gustado, ¡y lo seré!

—¡Cómo demonios se le ocurrió a usted semejante locura?

—¿Locura? —Nó, señor. Para que usted sepa, desde que tenía seis años comencé a navegar en canoas por todos los ríos de mi tierra.

—Bueno, entonces puede usted ser marino de agua dulce...

—¡Y de agua salada también!

—Y, ¿cómo sabe usted que el agua del mar es salada?

—Vea, señor. Ayer nomás que llegué vine hasta el Callao y me fuí al Muelle de Guerra. Allí probé el agua..., ¡bien salada que es!

(1).—Peruanismo, bastante vulgar, que equivale a ¡de ninguna manera!

—Y qué le parecieron el muelle y el mar?, ¿qué vio de especial?

—Vi que los buques estaban muy lejos. Después observé que un bote llegó al muelle. Para mis adentros me dije: ¡que "bruta chimbada" ha pegado éste! (2)

—¿Así es que usted cree que el bote vino desde la otra orilla?

—¿Y de dónde iba a venir?

—¡De un buque, pues, hombre!

—Eso al patrón no se lo pregunté.

—Bien. Ahora que conoce también el mar, ¿cree que se parece al Amazonas?

El postulante —haciendo un ademán despectivo con la mano derecha— respondió de inmediato:

—¡Psst! —El mar es "su idem" del Amazonas. En ancho le ganará, pero en largo. . . ¡están para verse!

Con esta última intervención terminó el examen. El candidato fue aprobado. Acota el comandante Rivadeneira que su calificativo personal fue el más alto: le puso 20.



(2).—"Bruta": loretanismo, por formidable.— "Chimbada": expresión loretana que significa, cruzar el río de una a otra margen.

# UN TRAGO FRUSTRADO

Allá entre los años de 1936 a 1938, un grupo de amigos decidieron juntar sus reales para comprar cierta lancha de recreo que había pertenecido al señor Bidegaray. La susodicha embarcación llevaba por nombre **La Brisa,** siendo todavía de gallardas líneas, quilla fuerte y cuadernas excelentes, por lo que, revisado el motor y una vez que le fue adaptada la hélice que requería y calafateado debidamente el casco, comenzó nuevamente a hacerle honor a su nombre de pila, navegando muy decentemente cuando viento no había, porque, que yo sepa, las velas no tienen nada que ver con la potencia mecánica ni con cigüeñales o ejes de propulsión.

Como esta anécdota resulta inédita y estoy autorizado para narrarla, va a constituir una sorpresa para determinado marino: ¡Adelante con los faroles! y callo su nombre:

No alcanzo a asegurar que citaré los de todos los socios: entre ellos se encontraban el marino supradicho —recientemente casado—, y los señores Angel Paz, Carlos y José Vinatea Cantuarias, así como sus consocios Julie y de Izcue. Como el sueño de todo navegante chalaco, o cuando menos explorador de nuestro primer puerto, es el de ir hacia la isla de San Lorenzo, planearon de inmediato un viajecito a la antigua "Shina" de la época mochica, realizándolo con todas las de ley y sin contratiempos, pero regresando al Callao a eso de las seis de la tarde pasadas y teniendo que atracar, entre niebla y frío, en la antigua chata de Sabino, al Norte de lo que actualmente constituye el Arsenal Naval, para seguir viaje en bote a remos hasta el Muelle de Guerra a continuación.

Parece que la mala suerte o lo que llamamos criollamente "estar de turno", se cebó aquella tarde justamente en el más experimentado de todos: en el marino. Algún timador sinvergüenza les ofreció cigarrillos baratos. El, que no fumaba por cierto, adquirió dos paquetes para obsequiárselos a su esposa. Llegados a su casa y abiertos que fueron, ¡resultó que todas las "cajetillas", en vez de contener tabaco, estaban repletas de aserrín!

La chacota fue unánime. Resignándose a soportarla, pero quizás con la idea de la revancha, prometióles invitar de inmediato un magnífico pisco puro de Ica que acababa de recibir como obsequio. Todos aceptaron.

Puestas las copas en el azafate correspondiente, nuestro anfitrión comenzó a llenarlas dando la espalda a su séquito, sin notar que por un espejo que tenía al frente, todos los invitados estaban pendientes de su atención. Alguno de ellos, más observador que el resto sin duda, fijóse en que, el dueño de casa escanciaba el espirituoso licor en todos los receptáculos a la mano menos en uno: en este último puso agua. Indudablemente que aquella copa la reservaba para él. Su idea —supuso arbitrariamente—, era la de tomarse la revancha luego de unos cuantos tragos, para desquitarse con plena lucidez la "tomadura de pelo" de que había sido víctima con la broma del aserrín.

Aprovechando un intervalo en la conversación, el amigo observador —quien no era otro que D. José Vinatea Cantuarias—, volteó diametralmente la bandeja y dejó, sin que el dueño de casa lo notara, un tremendo copón de pisco en lugar del agua servida ex-profeso.

Al recibir sus vasos cada uno hizo elogios sobre el "bouquet", el "cordón" de la botella al ser agitada y, en general, acerca de la categoría del "Puro de Ica" que acababa de serles invitado. Como las dosis habían sido intencionalmente grandes

—tan sólo para comenzar y luego explotar el efecto que producirían—, dos personas quedaron diferentemente impresionadas:

El entonces Teniente Primero de nuestra Armada, quien empezó a considerar que la Biblia debía haber también consignado la transformación del agua en... pisco.

Su amigo, D. José Vinatea Cantuarias, al realizar la cantidad de agua que podía ser paladeada dentro de una simple copa, sacrificándose mientras los demás se deleitaban con el "puro". y haciéndola pasar por licor.

Por descontado que la revancha quedó en ciernes y la segunda rueda no se repitió, pese a los gestos adecuadísimos de Vinatea, quien simuló, a la perfección, estar libando el más delicioso de los piscos.

Pero para nuestro teniente quedaba en pie la interrogante: ¿no habría tenido nada que ver Jesucristo con el asunto?. A lo mejor, con el transcurrir del tiempo, el milagro de las Bodas de Canaán se estaban repitiendo en La Punta... su preocupación llegó al máximo, y la cantidad de pisco que pensaba invitar con ventaja de su parte, al mínimo.

Y hasta el instante en que estas líneas se escriben, la incógnita nunca fue despejada ni el directamente interesado se enteró del misterio existente.

Así fue como, entre gallos y media noche, el paseo aquél terminó sin que el "Puro de Ica" causara estrago alguno entre los asistentes, gracias al ardid de cambiar el pisco por agua, restándole un desquite a quien tenía la sartén por el mango y se preparaba para tomar la revancha por las burlas que le hicieron debido a los paquetes de aserrín.

---

# UNA PRESENTACION BOVINA

Cuando en el año de 1937, parte de nuestra escuadra viajó a Chile durante el crucero de verano, comandaba el grupo de submarinos el por entonces Capitán de Fragata, D. José R. Alzamora.

Quienes le conocieron siempre le recordarán con simpatía. Algo obeso, prematuramente calvo, con rostro de abundante papada y denotando permanente buen humor, sus gruesos labios siempre estaban dispuestos a pronunciar un chiste enjundioso, narrar excelentes chascarros o a permitirse bromas de indudable gracejo. Hombre hábil y amenísimo, gozaba fama de ser un profesional de reconocida valía.

Creo que esta anécdota sucedió en el puerto chileno de Talcahuano, durante una invitación a almorzar que hiciera Alzamora al correspondiente jefe de los submarinos chilenos, Capitán de Fragata D. Gustavo Toro.

Luego del ágape y de haberse tomado algunos sorbos de vino, así como probado con anterioridad el pisco y la guinda huaralina (a la que nuestro protagonista principal le tenía especial deferencia), vinieron el café, los cigarrillos, el "bajativo" chileno y las bromas. Carcajada va y carcajada viene, tras la andanada de chistes que contara Alzamora —quien era reconocido como magistral narrador—, el grupo subió a cubierta para tomar aire fresco. En el interín, y sonriendo mefistofélicamente, dióle un encargo al oficial de guardia para que determinado tripulante subiese también.

Mientras tanto la conversación y los chascarros estaban en su punto. Derrepente alcanzó a divisar, con el rabillo del ojo,

que el oficial de mar mandado llamar, Raúl Vaca Portocarrero, alejado del grupo de superiores jerárquicos, se hacía presente en cubierta y esperaba respetuosamente instrucciones:

—Maestro, ¿quiere acercarse, por favor?

—Como nó, mi comandante: ¿ordene usted señor?

Y aquí fue cuando Alzamora, quien se hallaba efectuando un aparte con el comandante chileno Toro, permitióse hacerle una de sus características y celebradas bromas. Poniendo cara de seriedad dirigióse hacia su invitado —de quien era amigo antiguo, por haber éste último sido Agregado Naval a su Embajada, en Lima— para, con la gravedad que el caso requería, decirle sotto voce:

—Comandante **Toro,** permítame presentarle al maestro **Vaca**... —Perdónenme un instante: ¡les dejo solos!

Y, uniendo la acción a la palabra, se retiró unos pasos poniendo rostro de circunstancias, pero con una maquiavélica sonrisa que pugnaba por dibujársele y que no pudo reprimir.

Y así, socarronamente, se dio el lujo de enfrentar a un **toro** con una **vaca,** teóricamente, se entiende..., ¡para ver qué sucedía a bordo de un submarino!

Al fin y al cabo era una novedad: en tierra..., ¡no se puede especular mucho!, ¿no es cierto?



# ESPIRITUS A BORDO

Lo noche era hermosa. La Luna asomaba su burlona faz plateando con sus rayos las aguas del Puerto de Ilo, mientras que miriadas de estrellas alfombrando el firmamento, inspiraban con su derroche lumínico una como envidia en nuestro barco que se balanceaba perezoso, ostentando a los cuatro puntos cardinales sus luces de posición únicamente, porque en sus interiores no había otra claridad artificial, desde que, escasos de petróleo, los grupos electrógenos se lanzaban con mucha mesura.

Aquel día de verano de 1937 no hubo francos. Siguiendo nuestra costumbre durante las tardes que nos llegaban a bordo, hallábamonos en proa, sentados sobre las bitas unos, tendidos sobre el castillo los más, formando un grupo compacto que entre risas, cigarrillos y canciones olvidaba las preocupaciones diarias, forjaba proyectos y edificaba castillos en el aire, matando además, de esta manera, al tiempo que precedía a esa entrega que de nuestros cuerpos hacemos voluntariamente a Morfeo. Empero, tal noche debíamos hacer otra concesión al sueño.

En el puente picaron las 20.00 horas. Al perderse en el aire el sonido de la última campanada, se disolvió también el grupo en un reguero sobre las cubiertas. ¡La hora, había llegado!

A tientas por los estrechos pasadizos del "Barrio Chino", ennegrecidos más aún por la obscuridad, se deslizaban sombras que coincidían todas ellas en detenerse, a intérvalos iguales, ante la puerta de un mismo camarote. La golpeaban de una manera convenida y eran absorbidas en su interior.

Entre aquellas sombras estaba yo. Me llegó el turno al fin. Cinco toques seguidos, y después de una pausa, otros dos. La puerta se abrió lenta y misteriosamente para dejarme paso y al cerrarse tras de mí, las tinieblas se agigantaron. Algo trágico parecía revolotear en el ambiente. De rato en rato, a distancias desiguales, en el fondo destacaban su agonizante y siniestra fosforescencia tres puntos que acalaveraban los rostros de sus sostenedores. Eran las lumbres de tres cigarrillos que impregnaban el ambiente con su olor a tabaco.

Poco a poco mi vista fue percibiendo vagamente las siluetas de mis compañeros que, recostados en las literas, esperaban impacientes el comienzo de la ceremonia que nos había reunido allí. Se trataba ¡nada menos!, que de una sesión de espiritismo.

Nos dispusimos todos en cadena cerrada, resueltos a darle sitio y cara a nuestros amigos del más allá. Pero antes de invocarles hubo elección y recayó en mí el nombramiento de medium. ¡Catástrofe! La magnitud del apuro rebasaba los límites de mi calma y mi normalidad. Hice un esfuerzo para poder rogarle mentalmente a todos los santos del cielo que me protegieran. Y en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, traje cavernas a mi garganta y salieron palabras como alas negras para preguntar:

—¿Están presentes los espíritus...?

El silencio nos sonó en los oídos como vacío y como dilatación...

Y proseguí...

—En caso de que así sea, que lo demuestren con tres golpes en la pantalla de la bomba—. Bastó otro instante de silencio para que los tres golpes se oyeran nítidos. El ambiente del momento nos hizo creer que en realidad tenían un origen macabro y

pasaron por nosotros, en desfile simultáneo, todas esas sensaciones y todos esos pensamientos capaces de atemorizarnos y ponernos gélidos. Los cabellos, perpendicularizados sobre nuestras cabezas; parecían escapársenos en prolongaciones radiales. Todo aquello era extraño, misterioso. Los nervios en tensión, hacían más sensible el martilleo que en nuestras sienes provocaba el recuerdo de las trágicas muertes que hacía poco tiempo habían tenido algunos tripulantes. Y ya nuestra imaginación comenzaba a crear imágenes de difuntos mutilados y no sé cuantas cosas más, cuando se nos ocurrió una idea que vino a disimular un tanto esas fúnebres presencias.

¿Por qué no invocar a las almas de los hombres célebres? Inmediatamente desbordáronse las propuestas; unos opinaban que debíamos llamar al espíritu de Chopín; otros al de Napoleón, al de Nelson, etc.

Como cada uno reclamaba hacerle la invitación a su admirado, se resolvió llamar, para tranquilidad de todos, a Rubén Darío con el fin de que, descendiendo a este valle de lágrimas, entablase una amena charla con nosotros sobre motivos poéticos de preferencia.

Nuevamente la voz del médium se tuvo que dejar oir, y con toda solemnidad, se hizo la pregunta de ritual:

—Rubén Darío: ¿estás presente?

Silencio profundo. . ., y emoción de empíricos en el camarote.

—Si es así, te invitamos a dar tres golpes en la puerta.

No había terminado el médium de pronunciar la última sílaba, cuando se oyeron en la puerta los tres golpes, claros, secos, escalofriantes, multiplicadores de nuestra ansiedad. No cabía la menor duda de que era Rubén Darío. La concurrencia del Cisne a

nuestro llamado nos petrificaba, y en su honor, nuestros corazones empezaron a latir apresuradamente presos de intensa emoción. En el silencio que sucedió al anuncio, se podían oir los golpecitos de sus emboladas de sangre...

Nuestra preocupación tuvo un instante más de crecimiento, cuando otros tres golpes sonaron en un segundo aviso. Pero, esta vez, la cercanía del vate se hacía más desconcertante porque la puerta comenzó a chirriar sobre sus goznes en un abrirse lento. Una sombra blanca, que veíamos en nuestra obsesión como avanzar flotando en brisas, dejó escapar de su conjunto el contraste de unas cuantas palabras que, hilvanadas en pocas frases, no acusaron la presencia del poeta porque dijeron:

—¿Con que aquí se reunía la cónclave?... ¡Cuánto misterio...!

Y se abrieron entonces las lumbreras y la pálida luz de la Luna, filtrándose por ellas, se reflejó en un hombro del visitante inesperado haciéndonos ver tres dorados galones sobre fondo obscuro: ¡el Jefe de Cadetes embarcados, Capitán de Corbeta D. Alejandro M. Bastante!

Y **bastante** tuvimos luego, porque el maestro de armas se encargó de cumplir la orden de proveernos de sendos fusiles.

Y nuestros pies, de llevarnos al puente alto a respirar a bocanadas el viento frío que cruzaba trémulo por los cordajes y que durante dos horas nos arrugó la piel.

¡Y nosotros que creímos en Rubén Darío!



# AQUI NO HAY LADRONES

Aproximadamente en el año de 1937, a bordo del B.A.P. **Rímac** —transporte en ese entonces de nuestra Armada—, parte de los cadetes de la Escuela Naval del Perú efectuaba su viaje de crucero de verano con rumbo a Chile. El resto lo hacía en otros buques de la escuadra, dentro de la misma formación.

Uno de los oficiales a cargo de los alumnos embarcados, tomaba muy a pecho sus labores y se preocupaba intensamente del bienestar de sus pupilos. Había impartido las órdenes más convenientes para que toda novedad que se presentase le fuera comunicada, con el fin de corregir cualquier situación anómala en el caso de que ésta ocurriera, dando plena libertad para que le hiciesen conocer aunque fuese la más insignificante de las minucios.

Y ocurrió que cierto día, por mataperrada, burla o quizás por necesidad culpable, no se sabe quién le birló una gorra nueva y sin marca a uno de sus compañeros. El damnificado, molesto por la pasada que le habían jugado, acudió de inmediato donde el oficial para hacer la respectiva denuncia:

—¡Permiso!, mi teniente.

—Pase usted cadete, ¿qué desea?

—Darle parte, señor, de que me acaban de robar mi gorra.

—¿Usted cree que hay ladrones a bordo, entonces?

—Cuando menos mi gorra no aparece, mi teniente.

El oficial, muy dado a impartir consejos cuando la ocasión se presentaba, embebido en sus reflexiones, no reparaba mucho en lo que decía con tal de ejemplarizar y hacer más cuidadosos a sus pupilos. Comenzó de esta manera:

—¡Oiga usted jovencito X...!, le dijo. Ha de saber que cuando uno está embarcado, a bordo no existen ladrones sino idiotas. Hay que tomar siempre sus precauciones...

—Pero... señor.

—No hay pero que valga. Y para que vea que lo que le digo es verdad, le contaré que a mí me sucedió el otro día algo por el estilo...

—¿Qué le pasó, mi teniente?, se atrevió a preguntarle su interlocutor.

—¿Qué?, ¿quiere usted saber qué?. Pues..., yo también me olvidé de guardar mi caja de pomada para calzado y ¡me la robaron!

El cadete prometió ser más cuidadoso en lo sucesivo, y pidiendo permiso para retirarse lo hizo con una sonrisa indisimulable, al volver la espalda y dirigirse a su camarote, por supuesto.

El oficial, no habiendo pensado mucho en lo que acababa de decirle sino más bien en el consejo y sus futuros efectos, quedóse muy tranquilo. Añadió, para rubricar:

—Recuerde que a bordo, ¡no hay ladrones sino...!

Recién, cuando estaba diciendo esto, fue que se detuvo a recapacitar. Ya era demasiado tarde.

---

# UNA FOTOGRAFIA CURIOSA

Allá por el año de 1937, poco más o menos, mientras se realizaba un Crucero de Verano al Sur, cierto grupo de cadetes navales desembarcó en el puerto de Ilo en el que, a la sazón, los pobladores podían contarse con los dedos de una mano, las casas con la mitad, y el progreso industrial con uno sólo, desde que no existía sino la fábrica de jabones "Pacocha" como único exponente manufacturero en las costas del Departamento de Moquegua.

Los supradichos no proyectaban recorrer la ciudad, porque no la había. Su idea era más bien la de efectuar una excursión campestre por los alrededores, pescar camarones si podían, solazarse con el paisaje y... conseguir algunos kilogramos de aceitunas. Sabido es que los olivares sureños siempre han gozado de fama en nuestra patria, tanto como los sabrosos alfajores de "Penco" y la exquisita mistela de damascos. Productos moqueguanos de pura cepa.

El hombre propone, Dios dispone, y el diablo descompone las cosas. Ni camarones, ni aceitunas obtuvo el grupo aquél. En cambio los rayos solares, abrasando las caras de sus integrantes, habían logrado que cada uno de ellos tuviera cierto color parecido al de los crustáceos: erisipela, ¡y de las buenas!

Algo cansados pero repletos de buen talante y mejor humor, volvían ya hacia la faja de playa y se aprestaban a abordar la embarcación que les regresaría al buque, cuando de improviso se encontraron con un brazo del río —llamado así, pomposamente, pese a que no pasaba de ser una especie de charca alargada

que no se decidía a mostrarse correntosa— el que, insoslayablemente, tenían que vadear.

No recuerdo si la máquina fotográfica que alguien del grupo tenía, era del "Conde", del "Jorobado", de "Platanazo" o del "Cholo". Lo cierto es que el propietario sugirió que posaran para la posteridad así como estaban, con los pantalones de faena sobre la cabeza y los zapatos en las manos, con la intención de que no se mojaran las referidas prendas. Excuso indicar que la expedición aquella se encontraba en calzoncillos.

Y luego vino la labor de enfocar la cámara, encuadrar debidamente a los "artistas" y dirigir la acción. El "Jorobado", alegoso, movido y bromista, se erigió como organizador "ad honorem":

—Oye tú, fulano, ¡más a la derecha!

—Aquí estoy bien.

—Sutano y perencejo: ¡arrímense junto a "Tito", por favor!

Este último cadete, muchacho cabal, gran amigo y capaz de concentrarse tanto en cualquier pensamiento que pasara por su mente, a riesgo de olvidarse de todo lo que interfiriese con la fijación de sus ideas, aunque fuera un terremoto, gozaba de fama de ser un tanto distraído; "volador" en el argot naval. Se le confundía, sin duda, por contraposición de imágenes. Guardando las distancias era como Einstein: absorbido por sus cálculos matemáticos, ¡le daba lo mismo ayunar que perderse y no encontrar la ruta hacia su casa! Así era "Tito".

Dos empujones, de quienes trataron de seguir las indicaciones del "Director de Escena", le volvieron a la realidad. Irguiéndose lo más posible para destacarse en forma conspícua, con el agua hasta las rodillas y el calzado en la mano izquierda, aspiró dos o tres bocanadas de aire según su costumbre, ahondó los ho-

lluelos de su rostro al esbozar una sonrisa, y, dilatando el pecho para hacer notable su estructura corpórea, concentróse tanto en lo que venía haciendo que el resto del mundo desapareciese para él.

—"Tito", ¡por favor!, posa bien ¿quieres?

—Pero si lo estoy haciendo. . ., ¡déjate de fastidiar!

—¿Cómo, déjate de fastidiar? —acotó maliciosamente el "Jorobado", convencido de que su compañero estaba ya en "trance"—, ¿qué haces con los zapatos en la mano?, ¡así no va a salir bien la fotografía!

—Y. . ., ¿qué quieres que haga entonces?

—Lo único que debes hacer. . ., ¡dejarlos en el suelo!

Y "Tito", absorbido por el diálogo que acababa de sostener, con la mente puesta en la cámara y ausente de cualquier otra idea que no fuese la que en ese instante le embargaba, entreabrió la mano izquierda y dejó que los zapatos cayeran para que no saliesen en la fotografía. . .

Por descontado que se sumergieron en un dos por tres. El siempre aseguró que la anécdota fue inventada. . .

Pero el otro día que me topé con el "Jorobado" en una reunión social, me aseguró lo contrario: ¿chi lo sá?



# EXTRAVAGANCIA CICLISTA

Muchos de los actuales Capitanes de Navío de nuestra Armada, uno que otro Contralmirante y quizás si un pequeño número de Capitanes de Fragata o de Corbeta —retirados en su mayoría— podrán dar fe de esta anécdota acaecida hace una treintena de años en la Escuela Naval del Perú (desde que la relato en 1967, seis lustros después de haber ocurrido), cuando las cosas ya pasaron y sólo queda el recuerdo humorístico del hecho en sí.

Lástima grande es que tenga que poner en la palestra, para llenar mi cometido, a una persona del sexo femenino —por el respeto que debo a su distinguida familia y a causa de la innata condición de mujer de la protagonista—, esto es decir, típica representante de aquellos seres que se visten por la cabeza; vulgo: que usan faldas y no pantalones.

Pero resulta que siendo un personaje indispensable, no puedo excluirla de ninguna manera. Pido perdones, pues, ¡y adelante con los faroles!

La señorita Antonieta B... fue muy popular en el distrito de La Punta y aledaños allá por el mil novecientos treinta y tantos. Nacida en buena cuna, tenía la peculiaridad de hacer lo que le viniera en gana y ¡sabe Dios por qué motivos relacionados con el caletre!, comportarse excéntricamente cada vez que se le ocurría. Sus pensamientos resultaban ilógicos y extravagantes. Le "fallaba el mate", para usar una expresión peruanísima y concluyente.

Van dos botones como muestra: por razones económicas principalmente, los cadetes de esos tiempos recurríamos al tranvía

para viajar desde Lima hasta La Punta en donde se encontraba la Escuela Naval. Antonieta procuraba sentarse al lado del más serio de todos ellos. A mitad del viaje se ponía bruscamente de pie para decirle al conductor —a voz en cuello— que el vecino habíale abierto el bolso con malas intenciones. Los pasajeros volteaban y ella seguía escandalizando y riéndose hasta que el cadete, cariacontecido y filósofo, resolvía halar del cordón de la campanilla para detener al tranvía. Teniendo que esperar otro vehículo en muchas ocasiones, llegaba tardío a la formación en que se pasaba lista a los presentes. En veces, resultaba arrestado.

Durante la II Guerra Mundial, la admiración por los triunfos alemanes desató una "germanofilia" en Lima. Cierta vez vi a Antonieta en pleno centro de la capital, ataviada militarmente y muy orgullosa de su originalísimo atuendo: vestía traje de dos piezas, con una cruz gamada ("Swástica") a manera de brazalete sobre la manga izquierda, llevando —en lugar del sombrero— una boina con los colores nazis.

Pero mejor voy al grano y abandono las digresiones. Determinado sábado de sol —para los cadetes no resulta exacto aquello de "no hay domingo sin sol ni muchacha sin arrebol"— antes de almorzar se encontraban correctamente formados en el Patio de Honor de la antigua Escuela Naval, esperando con el optimismo sabatino que sus nombres fuesen leídos entre los de aquellos, que, debido a sus estudios y buen comportamiento durante la semana recién transcurrida, se habían hecho acreedores a salir a sus casas y disfrutar de una merecida licencia. El Director, Sub-Director y algunos jefes y oficiales presenciaban este acto protocolar y acostumbrado.

De improviso, una ciclista irrumpió en el patio —pedaleando a máxima velocidad— seguida de lejos por el Cabo de Guardia cuya vigilancia acababa de burlar. Se trataba de nuestra excéntrica amiga Antonieta.

Rozando al entonces Director de la Escuela Naval, Contralmirante D. Roque A. Saldías Maninat y a su plana mayor, ejecutó dos vueltas periféricas alrededor de la Compañía de Cadetes, causando hilaridad en todos los presentes y desconcertando a más de uno de los oficiales.

Al terminar su segundo pasaje, y ante la muda y estupefacta interrogación del Director, atrevióse a contestarle de la manera siguiente:

—¿.....?

—¡No te "calientes" Jefe!, ¡estoy dando la vuelta olímpica! (1)

Antonieta había ejecutado una de sus singulares "travesuras", a despecho de los vigilantes centinelas que guardaban la entrada de la Escuela Naval. Para mí que les conversó primero sobre algún tema dislocado o recurrió a alguna treta de las suyas, procurando distraer su atención. Cuando lo logró..., ¡pues adentro, con bicicleta y a la carrera!

Demás estaría decir que —ante la indisimulable sonrisa de todos—, el Contralmirante Director dio un par de órdenes perentorias y Antonieta tuvo que acatarlas. En honor a la verdad, se mostró dócil y sumisa cuando el Cabo de Guardia y sus adláteres la invitaron a abandonar el "proscenio" y salir por donde había entrado.

Se retiró con una amplia sonrisa de satisfacción en el rostro. Había hecho algo inusitado. Ello constituía su mejor premio.

---

(1).—"Calentarse": peruanismo, que equivale a molestarse.

# INGLES DEPORTIVO

Hace poco más de treinta años, allá por la tercera década del presente siglo, en la Escuela Naval del Perú los cadetes idearon una respetable cantidad de gritos y exclamaciones deportivas, con el fin de usarlos en las competencias atléticas, principalmente.

La "Barra" de los marinos siempre se ha caracterizado por su originalidad. Mientras otros clubes e instituciones se limitan a lanzar los consabidos hurras, la juventud naval tiene expresiones características e inconfundibles. Desde el peculiarísimo **"¿Quién será?, ¿quién?"** hasta el **"Efe, ere, a"**, pasando por el **"Arracatrá"** o el **"¡Ay qué risa que me da!"** todas las exclamaciones utilizadas tienen individualidad y tradición. Por descontado que se han oído con simpatía en los gramados, cientos de miles de veces. Unas más que otras, tienen abolengo que se remonta muchos años atrás.

Esta digresión necesaria, resulta imprescindible para eslabonar la presente anécdota. Nos habíamos quedado en que allá por los años treintaitantos. . ., ¡mejor corro el telón aquí, momentáneamente se entiende, para no saborear los postres antes de gustar la entrada!

Cuentan que el entonces cadete Carlos, encontrábase en clase de inglés, cuando al profesor se le ocurrió preguntarle:

—A ver. . ., cómo debe decirse: "¿quién vive aquí?"

—Who. . ., who. . ., y comenzó a titubear.

Uno de sus compañeros, sentado muy cerca de él, aparentanto querer ayudarle pero con cierta indisimulable malicia, "soplóle" por lo bajo uno de los gritos deportivos más en boga por aquel entonces:

—"¡Jujujujamalajá!"

—Who..., who..., ¡jujujujamalajá!, repitió maquinalmente nuestro héroe, dejándose llevar por la urgencia del momento y sin pensarlo siquiera dos veces.

Y ahora sí valdrá la pena citar el famoso grito deportivo al que me referí en los comienzos:

**"Jujujujamalajá.— ¡ja, ja!**
**Jujujujemelelé.— ¡je, je!**
**Jujujujimilijí.— ¡ji, ji!**
**¡Así!**



# UN SUSTO MAYUSCULO

El teniente que recién ingresaba al camarote tuvo un susto tremendo. Al descorrer la cortina de entrada, un bulto (su compañero de camarote, en bata de baño y apenas salido de la ducha), había tenido la humorada de asustarle...

—¡Caramba, hombre! ¡Qué bien me la hiciste!

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué te pareció?

—Me sorprendiste, sencillamente. Con todo, me has dado una magnífica idea..., ¿qué te parece si le hacemos la misma broma a nuestro amigo fulano? Colócate aquí, dentro del ropero, y como él es de confianza..., ¡quítate la bata nomás! cuando entre, que yo encontraré la manera de que abra la puerta.

—¿Estamos, Rodolfo?

—De acuerdo, Salvador; creo que saldrá bien la cosa.

Pasaron los minutos y el "fantasma" —pacientemente escondido y completamente desnudo—, esperaba la ocasión de asustar al proyectado visitante...

De pronto oyó un rumor de voces dentro del camarote; conversación vaga sobre reparaciones que deberían hacérsele, lumbreras que había que cambiar, linoleum del piso en mal estado, etc. Las voces fueron "in-crescendo", los pasos se acercaron al ropero y nuestro "fantasma" (ya sin bata y como vino al mundo), se preparó para la demostración terrorífica.

Pasaron unos segundos que le parecieron siglos... ¡la puerta se abrió bruscamente!

—¡¡¡AAAUUUGGGG!!!

Abriendo desorbitadamente los ojos, levantándose sobre la punta de los pies y alzando sus brazos con manos de garra y dedos encrespados, el grito aquél le sonó a cavernas, a tal punto que él mismo se sintió temblar de pies a cabeza...

Pero el susto llegó a su colmo cuando reparó que frente a la puerta abierta del ropero, si bien estaba su compañero Salvador —sonriente y gozando la mala jugada que taimadamente le había hecho—, se hallaba don Ernesto, ¡el temido segundo comandante del crucero!, semi-desconcertado pero dispuesto a imponerle inmediatamente un arresto, no tan sólo por el faltamiento a sus galones sino también por el papelón que, sin sospecharlo, había hecho nuestro buen teniente.

Como responsable de la veracidad de este sucedido anecdótico pongo a uno de sus protagonistas: Salvador. De sus propios labios escuché esta narración.

Punto en boca y me despido hasta la próxima.



# CUESTION DE TERMINOS

Allá por el mil novecientos treintaitantos, a cierto oficial de marina cuyo castellano no era muy pulido que digamos le atribuían una anécdota —que quizás nunca la protagonizó, pero que encuadraba perfectamente con su modo de ser y hablar. Por razones obvias, no consigno ni su nombre ni el año exacto de la ocurrencia.

Nuestro amigo, oriundo de la serranía peruana, tenía el dejo peculiar que distingue a los procedentes del Ande. En esa época se desempeñaba como oficial de la Escuela Naval, cumpliendo sus funciones con entusiasmo, eficiencia y gran espíritu de colaboración.

Sin embargo, tenía el prurito casi maniático de corregir a quienes, según su personal criterio, pretendían hacer tabla rasa con el idioma de Cervantes.

Relataban que determinado día, cierto tripulante —serrano también, para más detalles—, deseando ingresar a la Prevención en donde nuestro oficial terminaba de efectuar las anotaciones correspondientes del Diario de Guardia, se cuadró militarmente, cumplió con efectuar el saludo reglamentario y le pidió su venia para entrar:

—¿Me das un pirmisito, me tiniente?

—¿Qué manira is isa de hablar? — No si dice "¿Mi das on permisito mi tiniente?" sino: "¡Pirmiso me tiniente!"

El marinero, haciendo grandes esfuerzos para corregir su dicción, volvió a la carga con cierto éxito:

—¡Pirmeso, me tiniente!

Ante lo cual nuestro protagonista, orgulloso de haberle corregido y logrado que le solicitara su venia con más adecuación, respondióle:

—¡Dentra, nomás!

Y ahora, lector amigo, ¡échate a averiguar!



# HOJITA DE TE

Así como existen silbidos armoniosos cuya música deleita, los hay también burlones y mordaces, tremendamente expresivos en las inflexiones de su tono, capaces de una elocuencia quizás superior a la de las palabras y de una significación inconfundible a dos cuadras de distancia. Tal sucede, por ejemplo, cuando una guapa moza camina con salero y contoneándose frente a un grupo de pseudo-tenorios que platican en la esquina. Cuando los ojos no marchan aparejados con la educación y el requiebro se omite, muchas veces un silbido con modulados altibajos la ruboriza hasta hacerle perder el estudiado compás de su andar, sabiendo que constituye una especie de poema apologético y erótico, pero sobre todo picaresco, en el cual ella viene a ser la musa inspiradora y su palmito, piernas y caderas los estímulos.

—¡**Uii**. . .,**uíiíí, uu!**

Allá por el año de 1938 andaba muy en boga entre los "palomillas" de Lima y alrededores, otro tipo de silbido no precisamente dedicado a las damas apetitosas sino a los maricas; a esa suerte de seres afeminados que, pese a vestir ropas de hombre y pasar como tales cuando se encuentran inmóviles sin pronunciar palabra alguna, delatan sus flaquezas al caminar o comenzar a hablar con amaneramientos, exagerando la rapidez y acortamiento de cada paso que dan e imprimiendo a sus voces tonos atiplados que las propias mujeres no podrían imitar sin descomponerse. A dicho silbido habíasele bautizado con un nombre: **"¡Hojita de té!"**

—¡**Uu**. . ., **ii,uu,uiiii!**

Por aquella época el B.A.P. Rímac realizaba el crucero de verano hacia el Norte de nuestro litoral, llevando a su bordo a dos promociones de cadetes. La acogida que tuvimos en los puertos en que tocamos fue, como siempre, simpatiquísima, alegre y llena de atenciones. Es indudable que el pueblo peruano estima profundamente a su Marina de Guerra, por su ancestro, tradición y prosapia, aparte de su modo de ser actual.

Repartidos en camarotes —teniendo más o menos en cuenta la caracterización militar obtenida durante el año de estudios que acababa de terminar—, el que a mí me tocó en suerte era el perteneciente a los más "antiguos" y llamados, en consecuencia, a dar el ejemplo a los demás en lo que a comportamiento se refería: Abel Woll Dávila, Humberto Pellegrini Delgado, quien estas líneas escribe y Nicolás Murillo Esquivel, gran amigo costarricense el último, con el que —pese a haber transcurrido casi treinta años del hecho que relato— nos carteamos aún, de cuando en vez.

Todos, en la medida de nuestros recursos, habíamos procurado comprar algunas cosillas para llevarlas como recuerdo a casa al retorno. Botellas de "Algarrobina", "natillas", "manás", "alfajores de Trujillo" y otras curiosidades gastronómicas o bebestibles, se juntaron con "puritos" de tabaco tumbecino y hasta ¡con pericos!

No obstante la prohibición de llevar animalejos a bordo, olvidándonos de que teníamos que dar el ejemplo, yo y mis compañeros de camarote la transgredimos. Un par de tiernos periquitos fueron alojados subrepticiamente en nuestra habitación, constituyendo un deleite el enseñarles a silbar y a balbucear algunas palabritas durante los momentos de ocio.

Me parece que durante el viaje fue el de Pellegrini el que murió, quedando el mío como sobreviviente. Inteligentísimo para

el aprendizaje, había asimilado varias de las enseñanzas que le prodigábamos a diario. Una de ellas —por lo fácil, quizás— resultó la de animarle a que emitiese el famoso silbido de. . ., **"hojita de té!"**.

Cada vez que el Teniente Primero a cargo de los cadetes pasaba revista a los camarotes, nos apresurábamos a esconder al perico en una especie de tronera que conformaban un bao y cierto travesaño metálico, en el techo del camarote. Generalmente —y por suponerse que éramos sujetos serios y cumplidores—, el oficial no visitaba el nuestro. No obstante, cierto día se le ocurrió hacerlo. Encontró todo impecablemente limpio y ordenado. Nos felicitó, muy seriamente.

Pero. . ., cuando abandonaba el recinto, al malhadado perico se le ocurrió ensayar su silbido favorito, rubricándolo con la entonación más elocuente que pudo darle:

**—¡Uuu. . ., ii, ii,uu,uiiii!; ¡hojita de teeeé!**



# ANCLA Y REZON

Cuando allá por el año de 1939 los antiguos cruceros **Almirante Grau** y **Coronel Bolognesi** en unión del petrolero **Pariñas,** navegaban con rumbo a San Francisco, California, en viaje de instrucción y con cadetes de la Escuela Naval del Perú a bordo, tocaron, según lo programado en el itinerario, en la Bahía de Magdalena perteneciente al hermano país de México.

Durante la corta estada de nuestros buques en este tenedero de costas áridas y desérticas, el Comandante General de la Escuadra ordenó efectuar algunos trabajos marineros de diversa índole en embarcaciones menores, para práctica de los oficiales jóvenes y de los alumnos que efectuaban dicho crucero de verano.

Habiendo sido comisionado como jefe de una de ellas el entonces teniente D. Salvador Mariátegui Cisneros, el comandante del **Almirante Grau,** Capitán de Fragata D. Mariano H. Melgar Conde, anduvo preocupado por la demora experimentada, tardanza que se debió —a decir de lo informado por el oficial al mando del bote—, a la pérdida del rezón con que fondearon para asegurar la embarcación y poder desembarcar en el abra.

Cuando por fin atracó junto al buque y fue amarrada luego al tangón (1) del crucero, las cosas habían subido de punto y la cólera que dominaba al comandante era perceptible a simple vista; habiéndole mandado llamar, interrogóle:

—Teniente Mariátegui, ¿por qué se ha demorado tanto?

---

(1).—**Tangones: perchas horizontales y rebatibles, en las que se amarran las embarcaciones a ambos lados del buque.**

—Mi comandante: hemos estado tratando de recuperar el rezón, sin conseguirlo... (2)

—¡Cómo!,¿perdieron también el rezón?

—Sí señor, fue inevitable...

Ya al comandante no le quedó sino explotar: fuera de la tardanza y de la preocupación porque había pasado al imaginarse una tragedia... ¡ahora resultaba que faltaba el rezón!

—¡Que el Jefe de Administración le descuente el valor del rezón al teniente Mariátegui!, ordenóle al segundo.

Y nuestro protagonista tuvo que retirarse cariacontecido, ante la disminución que tendrían que soportar sus haberes.

Pero el destino guarda sorpresas que escapan a todo cálculo. Cuando los buques tuvieron que zarpar de Bahía Magdalena para continuar con su itinerario, el Teniente Mariátegui se hallaba en el puente en el momento en que su comandante ordenó levar anclas.

El cabrestante comenzó a funcionar, la cadena se puso tensa y todo iba marchando a pedir de boca, cuando Carrampempe decidió hacer una de sus diabluras: bruscamente faltó un eslabón, y al quebrarse, el ancla del B.A.P. **Almirante Grau** se perdió en el fondo del mar.

El Comandante Melgar, sumamente contrariado, estaba recibiendo el informe respectivo, cuando, a sus espaldas, una voz inconfundible por su timbre abaritonado —la del teniente Mariátegui —exclamó con el suficiente volumen como para ser oída por todos los presentes:

—Ahora..., ¡que le descuenten el ancla al comandante!

---

(2).—**Rezón: Tipo especial de ancla pequeña, semejante a la estructura metálica de un paraguas, pero con brazos curvados y filosos en sus extremos.**

# CABALLEROS AHORRATIVOS

Transcurría el año de 1939. Nuestros buques que realizaban el crucero de verano se hallaban a la sazón en San Francisco de California, lugar en donde se llevaba a cabo la Exposición Internacional de la Puerta de Oro ("Golden Gate International Exposition").

Conversaba cierto alto jefe de la Marina con una matrona de la mejor sociedad. El tema, después de dar giros diversos, pasó a concentrarse en la excelente impresión que habían causado, en tierra, nuestros tripulantes:

—Es francamente muy "remarcable" la conducta del personal de ustedes en la ciudad —decía la dama—. Tengo que expresarle mis sinceras felicitaciones por ello, señor Comandante.

—Muy agradecido, señora... ¿cree usted que las merecemos?

—¿Cómo que nó?, ¡por supuesto! El otro día me he quedado asombrada: caminaba yo por Market Street; la calle estaba limpia y engalanada esperando el desfile de carros alegóricos; dos tripulantes de los buques peruanos también lo hacían, conversando y fumando mientras platicaban; en un momento se sobrepararon, y, mirando la pulcritud de las veredas... ¿sabe usted lo que hicieron?, pues apagaron ambos el cigarrillo sobre las suelas de sus zapatos con increíble cuidado, y en vez

de tirar las colillas sobre el piso, ¡imagínese!, se las guardaban parsimoniosamente en los bolsillos , ¡a eso le llamo yo educación!

Se confunde mucho, en veces
**ahorro** y **educación,**
palabras distintas son
pero en algo se parecen.

Casos hay en que perecen
los puchos a la mitad,
¿Será ahorro? o ¿cortedad?,
lo cierto es que el marinero
más tarde los fumará. . .
¡qué laya de caballero!



# EL INGLES DE UN TENORIO

Cierto teniente de nuestra Armada, poco versado en el inglés pero muy audaz para pronunciarlo, se arriesgaba en los Estados Unidos de Norteamérica a cortejar a una damita de singulares encantos.

Melifluo, algo romántico, comprendiendo que la niña no sabía ni jota de castellano y que sus únicas posibilidades como galán dependían exclusivamente de su mal inglés, recopiló a bordo cuantas frases pudo aprender para la ocasión que se avecinaba: una cita con la chica, en lugar adecuado para darle paso franco a Cupido.

Llegado el momento se sentaron, se miraron..., y como todo ello no debía quedar en prólogo nuestro Oficial "se tiró el lance"; fue hilvanando, como pudo, palabras y más palabras. Finalmente, y como quien no quiere la cosa, tomándola de la mano le lanzó la "frase maestra"; ¡la estocada de la verdad, en tauromaquia!

Una sonora carcajada de la "gringuita" desconcertó a nuestro héroe.

Volvió a las andadas poco después; repasó mentalmente la lección; le dijo...

¡Otra risotada incontenible!

No puedo contar nada sobre el éxito o fracaso de la aventura, pero si sé que, llegando a bordo, se puso a indagar el porqué de las carcajadas; estableció lo siguiente:

El trataba de decirle a la muchacha:

—"¡Your eyes **kiss** me, when they look at me. . . !, cuando tus ojos me miran, me besan).

Pero. . . la pronunciación le traicionaba; en su mal inglés le decía:

—"¡Your eyes **kick** me, when they look at me. . . !, lo que traducido al español viene a ser algo así como:

—"¡Cuando tus ojos me miran. . ., me patean!".

Corrido por muchos días quedó Enrique B. . . ., cuando le explicaron la causa de su decepción amorosa. A partir de es instante intensificó su aprendizaje del inglés.

Y ya ahora, pese a que está retirado del servicio, creo que lo habla con bastante corrección.



# MEJICANISMOS

Allá por el año de 1939, los alumnos de nuestra Escuela Naval realizaron un crucero de verano a lo largo de la costa occidental de América. Entre los diversos puertos que visitaron, estuvo el de Manzanillo. Allí, una comisión de cadetes militares mejicanos que había viajado expresamente desde la capital, fue a recibirles y darles la bienvenida en forma cordialísima. Si mal no recuerdo, el más caracterizado del grupo aquél era "chaparrito" (pequeño de estatura) y además, campeón nacional de lucha libre en su categoría: Gilberto Gómez Sigüenza se llamaba.

Existiendo una invitación formal para visitar la ciudad de Méjico y hospedarse en el Colegio Militar, pronto los peruanos liaron bártulos y —acompañados por sus amables cicerones— iniciaron el viaje por tren. Durante el largo recorrido fueron aprendiendo una serie de "mejicanismos" propios de la tierra azteca, haciéndose "coates" (amigos íntimos) de sus anfitriones: ¡buenos "chamacos", sin duda!

Atravesando los Estados de Jalisco y Michoacan, viajaron por Guadalajara y llegaron hasta la capital mejicana en donde permanecieron algo más de diez días. Luego, pasando por Cuernavaca y Tazco, cruzaron el Estado de Guerrero para arribar felizmente a Acapulco, puerto en que los esperarían los buques peruanos, los antiguos cruceros **Almirante Grau** y **Coronel Bolognesi.**

Durante el camino conocieron lo que era un "atole", un "taco" o unas "enchiladas"; bebieron —a escondidas, por supuesto— algunos sorbos de "tequila" y de "pulque", aprendiendo de

paso cómo poner una pizca de sal sobre el dorso de la mano para, golpeándose el antebrazo, hacer que se introdujese en la boca y aliñara el trago que les ofrecían. Por descontado que admiraron de cerca los lindos ojos tapatíos y los bellos palmitos de tanta mejicana "chula" guadalajareña.

En Ciudad de Méjico, hicieron excelentes amistades también. Durante cierta visita que efectuó un grupo de cadetes peruanos a determinada familia, la anfitriona deseosa de agradarles y luego de haberles convidado y agasajado a más y mejor, decidió hacerles fiesta —si nó con "mariachis" propiamente, cuando menos con discos bailables— para lo cual, al ver tanto rostro alegre, hízoles la siguiente proposición:

—¿Qué les parece si organizamos la tertulia?

—¡Pues..., magnífica idea!

—Entonces, pos de mero mejicana que soy, lo voy a hacer. Nomás ahorita voy a telefonear a unas cuantas "viejas" muy simpáticas y ¡a ver cómo nos divertimos!

Cierto cadete, descorazonado con la propuesta y mirando de reojo a la anfitriona, dedujo rápidamente el futuro que le esperaba. A juzgar por la dueña de casa, mujer agradabilísima pero que doblaba su edad cuando menos, se imaginó bailando "corridos" y "jarabes" con alguna anciana alegre y dicharachera, pero... "carcamana" al fin, para usar un "peruanismo" expresivo.

De inmediato forjó una excusa, y pese a la amable insistencia de la anfitriona, se disculpó y procedió a retirarse para —viento en popa, a toda vela—, dirigirse hacia otros puertos en busca de más agradables perspectivas.

Cuando cansado y sin haber encontrado diversión a su gus-

to, regresó a su alojamiento del Colegio Militar, dióse con la sorpresa de que sus compañeros no habían vuelto, y con el comentario de un tercero que le aseguró que estaban divirtiéndose de lo lindo.

—¿Y cómo lo hacen, entre tanta vieja?

—Pos verás "manito" —contestóle su interlocutor—, lo que sucede es que tú andas equivocado... Aquí a las muchachas "rechulas", pos... ¡las llamamos "viejas"!

Y aquí, lector muy querido,
cansado de tanto "pos",
con fecha noviembre, dos,
pongo el punto y me despido.



# CONFUSION IDIOMATICA

En el año de 1939, los buques de nuestra escuadra efectuaron un crucero de verano a lo largo de las costas del Pacífico.

Luego de tocar en diversos puertos de otros tantos países centroamericanos y en Manzanillo (México), arribaron a la tierra del Tío Sam.

Durante su permanencia en San Francisco de California, sucedió la anécdota que paso a relatar:

Suscitóse un día de esos a bordo una pequeña discusión, sobre cuál debería ser la palabra inglesa equivalente a la española "impermeable". Unos opinaban que al abrigo que reunía esas condiciones, se le denominaba "water-proof"; otros porfiaban en llamar "rain-coat" a dicha prenda de vestir.

Pasaron algunos minutos y se cambió el tema, olvidándose todo el mundo de las dichosas palabras con la única excepción de cierto marinerito serrano, a quien le interesaba mucho el inglés como medio de expresión en aquel país extranjero.

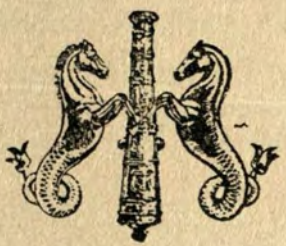
En una de esas tardes lluviosas entraron algunos cadetes a un gran establecimientos de vestidos para caballeros con el fin de hacer diversas compras, y con gran sorpresa, encontraron a nuestro marinero que trataba, sin amoscarse absolutamente, de hacerles entender a los empleados lo que deseaba adquirir, siendo acogidas sus palabras con gran hilaridad de parte de los "gringos".

Al ver entrar al grupo volvióse nuestro héroe hacia sus compatriotas, y dando un suspiro de satisfacción saludó militarmente, interrogando a uno de los cadetes con candorosa inocencia:

—Me, caditi, ¿ostí sabis inglés?

—Sí, un poco. ¿En qué te puedo ayudar?

—Me caditi, ¿no is cierto qui para pidir un impirmiable si dici: "Give me a water-closet"? (1)



(1).—Excusado, retrete, inodoro.

JOSE VALDIZAN GAMIO

# JINETE MECANICO

Cuando el General de División, D. Oscar R. Benavides, se encontraba gobernando el país, poco antes de convocar Elecciones Generales en las que resultara elegido Presidente de la República el Dr. Manuel Prado Ugarteche, ocurrió la anécdota que paso a relatar y que me fuera contada, personalmente, por el protagonista de la misma, Contralmirante D. Emilio Barrón Sánchez, en 1958.

El por entonces comandante Barrón formaba parte del Cuerpo de Edecanes, siendo el único marino que integraba la Casa Militar del Presidente con sede en Palacio de Gobierno.

Su Excelencia, el general D. Oscar R. Benavides, militar prestigiosísimo y de mucha personalidad, descubrió un día que —no obstante sus años— no había olvidado la manera cómo se montaba un caballo.

Cierta mañana, muy temprano por supuesto, decidió dedicar un par de horas para cabalgar y acordarse de sus años mozos. Contento de su ejercicio ecuestre, regresó a Palacio; estaba entusiasmado con la prueba realizada.

En la primera oportunidad, reunió a sus edecanes y en presencia del Jefe de la Casa Militar, su Excelencia les dijo:

—Bueno señores, a partir de mañana, todos los edecanes que no se encuentren de servicio, ¡procederán a practicar equitación!

—Muy bien, señor Presidente, respondióle el jefe antes aludido. Se cumplirán sus órdenes.

Sorpresa general. Reacción inmediata de los edecanes pertenecientes al Ejército: sonaron los tacos al juntarse, las manos estiradas se adhirieron a los pantalones; hubo palabras inmediatas de aprobación y rumor de entusiastas comentarios. Una voz sin embargo —la del edecán naval— se dejó oir casi explosivamente, causando sorpresa y estupefacción entre todos los presentes:

—¿Caballo? No, señor Presidente, ¡yo no monto a caballo!

—¿Quién ha dicho eso?, preguntó desconcertado el Jefe de la Casa Militar.

—Yo, mi general, respondióle el marino.

Su Excelencia se amoscó; jamás se habían discutido sus órdenes. Con la sangre agolpada en el rostro, volteó bruscamente iracundo e interrogante:

—¿Cómo?, ¿que no monta usted a caballo?

—Nó, señor Presidente. Yo sólo monto lo único que domino: ¡motocicleta!

La salida de su edecán naval —cuya figura de marino habría resultado estrafalaria sobre la silla de un equino— "desarmó" a su Excelencia.

Su desconcierto se trocó en sonrisa. Las bromas menudearon y, hasta donde yo sé, la cosa quedó en nada puesto que Barrón jamás se hizo jinete.

Cuando menos, entre los años de 1957 y 1958 en que el autor fue su Ayudante —siendo aquél Contralmirante y Ministro de Marina durante el gobierno del Dr. Manuel Prado—, nunca se le ocurrió, ni por humorada siquiera, hacer algún paseo ecuestre aunque múltiples ocasiones hubo.

---

# BESAMANOS

Los acordes de la orquesta aquella eran alegres y movidos, las botellas se vieron en apuros para atender a tantos vasos a la vez. Al terminar la fiesta, el protagonista de esta anécdota —teniente de nuestra Armada, a la sazón— se sintió completamente cansado.

Pero era un hombre cumplidor de su deber. Al llegar a su casa, y antes de comenzar a platicar con Morfeo, dejó listo el uniforme de gala, la espada y los guantes. Horas después tendría que asistir al Te-Deum que se oficia tradicionalmente en las fiestas patrias, para concurrir luego al Palacio de Gobierno con el fin de presentar sus saludos al señor Presidente de la República. Sabido es que en nuestro país dicho acto protocolario se efectúa en corporación, todos los años, entre apreturas, empujones y codazos. Normalmente lo inicia el Honorable Cuerpo Diplomático, pasando después a hacerlo la Marina de Guerra, el Ejército Nacional, la Fuerza Aérea Peruana y así sucesivamente... Besamanos, le llaman.

Ajustado el reloj despertador, santiguóse, dio dos o tres bostezos y ¡a dormir se ha dicho!

¡Tirrriiiinnn!— Mucha voluntad se requiere en esas condiciones para despabilarse. Dos minutos más —pensó para sus adentros—, mientras se arrellanaba en la almohada. Cuando se despertó, eran ya las dos de la tarde pasadas.

En la mañana del primer día útil, como oficial de guardia en la Estación Naval de San Lorenzo, tocóle recibir —junto con el

segundo comandante— al Capitán de Navío jefe de la expresada dependencia. Con cara de pocos amigos, y mienras caminaba hacia sus oficinas en compañía del "Número Dos", el "Mandamás" acotó:

—Averígüeme segundo, si el teniente fulano asistió al Te-Deum. No le he visto.

—Muy bien, mi comandante. Así lo haré.

Establecida la verdad, el segundo, después de recriminarle por su descuido dióle, con amplitud y comprensión, una salida:

—Usted conoce el carácter del comandante y lo explosivo de sus reacciones en tratándose de casos como éste. Más conveniente sería decirle que llegó tarde a la ceremonia..., ¿de acuerdo?

—Muchas gracias por su ayuda, señor. Dígale, bueno..., que llegué con retraso al Te-Deum, pero que asistí al Besamanos. Sí, ¡eso es!

Y lo dicho, señor comendador. El teniente, preocupadísimo pues de sobra sabía en donde le ajustaban más los zapatos a su comandante, situándose en las cercanías de la oficina esperó la solución de sus dificultades. Comenzó a imaginarse la escena: el "Mandamás", algo cargado de espaldas, gesticulando y echando chispas por esos ojos verdes que Dios le había dado, hechos como para infundir temor cuando miraban con firmeza e inquisitivamente. El "Número Dos", tratando de aplacarle y exponiéndole una situación que, sabiendo ficticia, mal podría reforzar con argumentos inobjetables...

Pasaron y pasaron los minutos. A él le parecieron siglos. Oyó voces subidas de tono, enérgicas y ligeramente atipladas: eran las del comandante. Intervalos hubo en los que, decayendo el volumen de la conversación, la cadencia de las palabras era distin-

ta. El segundo defendiéndome —pensó nuestro protagonista—: ¡ojalá que gane la partida!

Pero como todo tiene fin en este pícaro mundo, también lo tuvo aquel alegato casi forense. Por fin salió el abogado bueno del despacho del comandante. Su rostro no decía mucho. Sus manos, expresaban más. Portaba un sobre blanco en la derecha:

—¡Mala suerte, mi amigo!, sin quererlo, he hecho todo un papelón...

—¿Por qué, mi comandante?

—Pues porque ayer, justamente ayer y después de muchísimos años de costumbre, por razones que desconozco fue suspendida la ceremonia de saludo al Presidente de la República y a su Gabinete Ministerial..., ¡no hubo Besamanos! En cambio, aquí tiene usted una papeleta de arresto por 48 horas...



# UN ARMA PRECOZ

Como aun permanecen frescos los recuerdos de la anécdota que pienso relatar y mis razones tengo para hacerlo, permíteme lector que calle los nombres completos de sus protagonistas principales y me refiera solamente a los de pila, porque así conviene a la narración y a la prudencia que debe guardarse.

Allá por el año 1939, poco más o menos, dos tenientes de la Armada Peruana: José y Guillermo, eran muy amigos y siempre bromeaban entre ellos.

El primero de los nombrados era persona muy aficionada a relatar chistes, siendo el que iniciaba la carcajada sobre sus propios chascarros aún antes de terminarlos, ahogándose de la risa y contagiando con ella sus oyentes. Así era José.

El segundo, más serio al parecer pero amigo de las francachelas, era bromista también y, cuando por azar del destino se empujaba un par de tragos entre pecho y espalda, le daba por mostrarse algo pendenciero. Así era Guillermo.

Cierto es que si no les nombro con pelos y señales, algunos indicios doy sobre sus personalidades. Con que... ¡a echarse a averiguar quién le interese identificarles!

Resulta que José un día adquirió una pequeña pistola automática —de las llamadas "baby" por su tamaño—, arma de la que andaba orgullosísimo y pregonando cualidades a diestra y siniestra. Al hacerlo, el prognatismo de su mentón parecía ampliarse, corroborando el pintoresco apodo con que le habían regalado sus amigos más cercanos: "mono...", le llamaban.

José guardaba la pistola cuidadosamente en un cajón de su mesita de noche, contemplándola y limpiándola cada vez que podía. Era una suerte de hija mimada para él.

Y ocurrió que, en cierta oportunidad, Guillermo decidió jugarle una broma de mal gusto y... ¡substraerle la pistola aprovechando su ausencia del camarote!

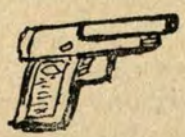
Cuando el dueño del arma se dio cuenta de la desaparición, puso el grito en el cielo. Dióle parte al segundo comandante, hizo averiguaciones por todos lados, indagó por aquí, allá y acullá pero..., ¿de la pistola?, ¡ni rastros!

Y así transcurrieron varios días impidiendo —con las complicaciones surgidas—, que el bromista restituyese la famosa "baby" por temor a que le confundiesen con un caco de verdad. El tiempo siguió pasando...

Cuando ya José había perdido toda esperanza de encontrarla, un buen día en que procedía a cambiarse de uniforme, al abrir el cajoncillo de la mesita de noche para guardar su monedero, dióse con una tremenda y graciosísima sorpresa:

En el mismo lugar en que acostumbraba a depositar su pistolita había otra en su reemplazo: una enorme "Colt" calibre 45, —especie de trabuco en toda la extensión de la palabra—, luciendo sobre su cacha un letrero escrito con la inconfundible letra de su amigo Guillermo. Rezaba así:

"¡Idiota! ¿te das cuenta cómo he crecido?".



# DESPARPAJO EFICAZ

Transcurría el año de 1940. Mar afuera del Callao navegaban los cuatro buques principales de superficie que componían nuestra escuadra por ese entonces. Dos cruceros obsoletos propulsados por máquinas alternativas: el **Almirante Grau** y el **Coronel Bolognesi;** dos destructores de línea, de origen ruso: los B.A.P. **Almirante Guise** y **Almirante Villar,** a turbinas.

En el puente del primero de los nombrados, un Comandante General de la Escuadra a quien, ostentando el grado de Capitán de Navío, le importaba un ardite la notoria diferencia de sistemas de propulsión. Por el momento le interesaban las distancias solamente. La formación era en columna y había que conservar los espacios entre buque y buque, costara lo que costase.

En muchas oportunidades los oficiales de guardia habían pagado yardas de más o de menos, con letras a cuarentiocho días vistas a cuenta de sus horas francas . Ni qué decir de los encargados de verificar la exactitud de las distancias a bordo del buque insignia. La cuota de sacrificio resultaba anonadante y las "Ordenes de Arresto" múltiples.

Mas la exigencia aquella daba frutos. Media docena de pares de ojos atisbaban, seis veces por minuto, las señales de la capitana. En las salas de máquinas y de turbinas los hombres sudorosos y jadeantes vigilaban telégrafos y tubos acústicos, listos a aumentar o estrangular la toma de vapor, no fuera que de ello dependiesen sus salidas y el concepto que pudiera formarse su propio comandante sobre sus desempeños.

El humo negro exhalado por las chimeneas era otra pesadilla. Cualquier descuido se pagaba con idéntica moneda. Doble problema para quienes servían en el departamento de ingeniería.

Mientras tanto, a bordo del **Almirante Grau,** un alférez bisoño, D. Juan Velarde de Vivero, recién egresado de la Escuela Naval y enamorado de una bella niña para colmo de sus preocupaciones, se sentía con un nudo en la garganta puesto que su cita de faldas peligraba a ojos vistos: el maldito estadímetro que en las manos tenía no funcionaba correctamente. La imagen no aparecía en el espejo. ¿La coincidencia?, ¡sí hasta el "vernier" se negaba a obedecerle! Las manos le temblaban y las piernas se mostraban reacias a sostenerle por más tiempo...

El Comandante General de la Escuadra, con cara de pocos amigos, semblante adusto y cierto ligero temblor en las ventanillas nasales —que nada bueno presagiaba, a juzgar por los comentarios oídos al respecto—, acababa de repetirle la orden:

—¿No me ha comprendido?, ¡Tome el estadímetro y dígame a qué distancia está el matalote de popa!

—Muy bien, señor.

Sus manos volvieron a ajustarse nerviosas sobre el condenado instrumento. Mil veces en los meses anteriores había tomado distancias con éxito. Ahora, ¿sabría Dios por qué?, tenía una nube sobre los ojos y el aparato aquél no daba ni para atrás ni para adelante. Pasaban los segundos ¡y nada!, mas... ¿cómo confesar su derrota?

Con el rabillo del ojo percibió nuevamente la cara del Comandante General a su lado. Aquel rostro persistía en hacer temblar las ventanillas nasales. Mal síntoma, pensó.

De pronto, y como quien oye un mensaje celestial, cierta voz serena y pausada —la del Teniente Primero, Jefe de Navegación, el "cholo" para sus amigos— le dijo:

—Déme el estadímetro, alférez.

—Aquí lo tiene, mi teniente.

Y alargándole el instrumento, sintió que le quitaban cien kilos de encima.

El Comandante General, hombre enérgico, marinero y sagaz en extremo, no queriendo ir en contra de la decisión tomada por el oficial más antiguo ni contrariarle delante de aquel bisoño, le dejó hacer. Sus prismáticos telemétricos siguieron enfocando al buque de marras. Había que ser exacto en la lectura, porque ¡no estaba el tiempo para tafetanes!

—Seiscientas yardas...

—Bien.

—Quinientas cincuenta, cuatrocientas yardas...

La voz del Jefe de Navegación, con pasmosa serenidad y asombrosa exactitud, fue "cantando" una a una las distancias.

El Comandante General tuvo un gesto de aprobación. Después de echar una mirada furibunda al alférez, dictó un par de órdenes y se retiró del puente acompañado por el comandante del buque.

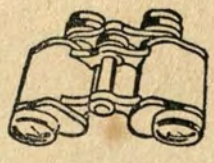
El bisoño, cejijunto y amoscado, se sentía la esencia de la nada: ¡no había logrado obtener una sola lectura correcta! El Jefe de Navegación en cambio, su providencial salvador, había hecho derroche de magníficas apreciaciones estadimétricas...

En esos y otros pensamientos se hallaba enfrascado nuestro buen amigo, cuando la misma voz que le liberó de sus apuros —la del teniente tantas veces mencionado— volvió a oirse. En esta oportunidad, cachazudamente y con un desparpajo increíble, pero sin perder un ápice de su parsimoniosa serenidad:

—¿Sabe usted quién diablos malogró el estadímetro?

—¿Cómo dice, mi teniente?

—Claro, don Juanito, ¡ayer, sin ir más lejos, funcionaba perfectamente bien; hoy, no dá para atrás ni para adelante!



# DISTRACCION FALSIFICADA

Resulta indudable que cuando uno se decide a colectar anécdotas, la espita se abre y afluyen, en chorro incontenible, muchos episodios ignorados o inéditos acerca de diversos acontecereres de la vida real. Esto me sucedió nada menos que hoy —7 de febrero de 1968—, cuando un gran amigo y ex-compañero mío de la Escuela Naval, el actual hacendado cajamarquino, D. Gonzalo Sáenz Cacho, se llegó hasta mi oficina para saludarme.

Después de efectuar algunos comentarios, sumamente benévolos, sobre sus impresiones personales respecto de mi primer tomo de "Tradiciones Navales Peruanas", al enterarse de que ahora andaba yo en trajines anecdóticos quiso enriquecer mi venero, y tan se lo agradecí que como decimos ahora, casi "sobre la marcha", me propuse sentarme a escribir estos palotes a la par que veraces "calientes", para evitar que el pan recién salido del horno pasara de crocante a chamuscado e incomible, debido a la demora de quienes no se apresuran a dactilografiar a tiempo cuanto garabato merece ser registrado en papeles y darse el lujo de pasar a la posteridad.

¡Que Dios me tenga en su santa gracia, y a las uvas voy aunque tenga que desgranar el racimo! Por partes y cucharadas, delinearé la figura:

Gonzalo Sáenz Cacho era, allá por el mes de febrero de 1940, el segundo cadete de su promoción. Sus calidades de alumno así como su perspicacia para resolver "charadas" —que eran el plato favorito de nuestra mesa, cuando yo, como jefe de ella en

el Comedor de Cadetes— las imponía a todos y a cada uno de los "contertulios", a manera de distracción intelectual para amenizar comidas rutinarias, resultaba manifiesta. Si alguien se le adelantaba con la solución, en veces, era mi otro y también excelente amigo, el actual Capitán de Navío, D. Alberto Jiménez de Lucio, quien precedía a Sáenz solamente en un puesto. Me da la impresión de que la sana emulación y el "contrapunto" en el que les envolví, de algo les ha servido en su vida. Ellos darán fe. Yo, prosigo en mis convicciones.

Lo cierto es que Gonzalo Sáenz Cacho —el "colorado", como cariñosamente le llamábamos por ser pelirrojo—, quizás si debido a la concentración que ponía sobre los libros de texto o a la abstracción de todo tema a que le obligaban las famosas "charadas", cobró cierta fama de "volado" o "aviador", términos afines en el argot naval que significan lo mismo: "hallarse en el espacio, fuera de la realidad subyacente".

Así, basándose en tal concepto, fue como se atrevió a relatarme lo sucedido frente al Muelle de Guerra, en el Callao, durante aquel mes de febrero de 1940 en el que, junto con varios compañeros de su promoción —entre los que podía citar a Güerinoni, Gonzáles Corcuera, Villa Pazos y otros— en unión de cadetes de mayor rango como Abel Woll Dávila, Alberto Indacochea Queirolo, Juan Rodríguez Ortiz y demás cuyos apellidos no recuerda, aconteció que atracada la embarcación en que debían trasladarse a bordo del buque en el que realizaban su crucero de verano, el más caracterizado de los presentes dio la orden de pasar a la lancha.

Sáenz Cacho —quien acababa de "ascender"— de novato (o "perro", término naval que no obstante lo despectivo de su significado no se interrumpe aún), a cadete, encontrábase en dicho momento dando las últimas "pitadas" a un cigarrillo que ya, en su

nueva condición, estaba permitido de fumar entre sus superiores jerárquicos, con gran orgullo y "sobradera" de su parte.

Relatóme que ante el embarco dispuesto —que dentro de la etiqueta naval debe ser cumplido primero por el de menor rango y, al final, por el más antiguo de la partida—, no le quedó mayor posibilidad que la de aventar el "pucho" hacia el extremo del muelle y tratar de pisotearlo antes de embarcarse. Su amoscamiento o mala suerte vino a complicarse con la caída del casi acabado cigarrillo: en lugar de hacerlo en el extremo del muelle o en el agua, terminó justamente sobre la borda de la embarcación. Nuestro protagonista —sin tenerlas todas consigo—, intentó apagar su lumbre con la suela del zapato derecho. . ., ¡nervioso como andaba, cayó al mar al resbalarse!—. Solamente su blanca gorra se mantuvo flotando durante unos instantes.

Cuando emergió, las risas multiplicadas de los testigos presenciales, volviéronle a la realidad. Empapado como estaba, pudo corroborar el concepto subjetivo de distraído en que le tenían:

—¡En vez de embarcarte y tirar el "pucho", has embarcado al "pucho" y te has lanzado al agua!, le dijeron.

---

Aquello no era verdad, pero quedó como anécdota registrada en los anales de la humorística naval. Su fama de "volado" o de supuesto "aviador" —¡que me perdonen los señores miembros de la Fuerza Aérea Peruana!—, hizo que quien verdaderamente se resbaló en el borde húmedo del muelle, cobrara la audacia sin par y mitológica de Icaro o Dédalo, al motivar el comentario intencionalmente sarcástico de los demás en el sentido de confundir, ex-profeso, el patinaje de un novato con el decollaje de cualquier piloto hecho y derecho.

Aquí viene a colación la parodia de un antiguo tango —de todos conocido—, que tergiversado un poquitín, cae como "pedrada en ojo de boticario":

Un resbalón,
cualquiera da en la vida,
y el uniforme,
princípiase a mojar...



---

# LAS OREJAS DE ELPIDIO

Allá por el año de mil novecientos cuarentaitantos, hallábase aun al frente del concurrido bar de nuestro Centro Naval, D. Elpidio Fuentes, simpático y amabilísimo ciudadano español, atlético de formas pese a sus años —puesto que rebasaba los sesenta con holgura—, poseedor de unas manazas enormes que más parecían de leñador vasco que de cantinero y de un par de orejas, que, la verdad sea dicha, podían confundirse con dos alas si uno no ponía la atención suficiente para considerarlas como apéndices auditivos.

Don Elpidio siempre fue cortés, servicial, ameno en sus charlas y estuvo dispuesto a hacer cuanto favor se le pedía, ya fuese personal o telefónicamente. Uno de sus mayores orgullos era el de servir el famoso licor de guindas que él mismo preparaba. Fuera de esta debilidad, siempre se vanaglorió de sus enormes manos y de sus tremendas orejas. . .

Mas de poco le servían estas últimas, aparte de ser excepcionalmente grandes, puesto que D. Elpidio era sordo como una tapia y adivinaba una gran parte de la conversación a través del movimiento de los labios de sus interlocutores.

Y aquí pongo punto aparte a la digresión y paso a desgranar la mazorca, puesto que sobre anécdotas estoy escribiendo:

En cierta ocasión, el Teniente Primero D. Alberto Ascenzo Cabello, quien por ese entonces encontrábase de novio con una bella niña barranquina —con la cual, posteriormente contrajo matrimonio—, acordóse de que había prometido en conversación con su futuro suegro obsequiarle una hermosa corvina, que fuera su apropiadísima contribución para confeccionar un suculento plato en el almuerzo dominguero al que había sido invitado.

Como por sus quehaceres profesionales no había tenido tiempo de ocuparse del asunto y el recuerdo de su compromiso oral acudióle a la mente en forma súbita, pues... ¡no le quedó otra cosa que recurrir, telefónicamente se entiende, al auxilio de D. Elpidio!

Establecida la comunicación e intercambiados que fueron los cordiales saludos de ambas partes, Ascenzo pasó a explicarle a su interlocutor el problema que entre manos tenía, repitiéndole la necesidad de que encargara una bonita corvina y la enviase a la dirección de su novia, en Barranco. Añadióle que, debido a la premura del tiempo, le iba a mandar una tarjeta personal para que se supiera el nombre de quien la remitía.

—Por favor D. Elpidio, que la corvina sea grande y apropiada: ¡no quisiera quedar mal!

—Descuide teniente —respondióle el atento sordo—, resultará tan apropiada como Ud. quiere..., ¡quedará como un rey, porque será grande y hermosa!

Y... cumplió con su palabra. Efectivamente el novio pudo constatar, a la llegada a la casa de sus anfitriones, que era grande, bella, ¡y hasta fragante!; también llevaba adherida su tarjeta personal:

Lástima que en vez de una corvina..., ¡era una corona funeraria!

La sordera de D. Elpidio habíale jugado una pasada mayúscula, al confundir las palabras **corvina** con **corona,** pero con la mejor y más buena voluntad.

Pues su oreja remolona
actuando como sordina...,
¡convirtió aquella corvina
en funeraria corona!

---

# DESQUITE KALEIDOSCOPICO

Me parece que sucedió ayer. Pasan los años y uno no recapacita sobre el tiempo transcurrido ni le da mucha importancia a las manecillas del reloj. Asombrado queda cuando hace memoria y establece comparaciones. Muchos creen, en su fuero interno, que no son precisamente ellos sino los demás quienes cambian. Se parecen a esas personas que, al embarcarse por primera vez y dejar el puerto, están convencidas de que es la costa la que se aleja.

Hace poco más de un cuarto de siglo, el año de 1941 para ser exacto, que el B.A.P. **Almirante Guise** —antiguo destructor peruano que fuera construído en Rusia— se encontraba patrullando nuestro litoral cerca de aguas ecuatorianas, con motivo del último conflicto de límites tenido con aquel país del Norte.

Sixto Elías era uno de sus bisoños tripulantes. Bonachón y regordete, recién acababa de ingresar a la Armada y vivía un mundo nuevo de sorpresas. Procedente del Ande, todo resultaba fascinante para él. Su ingenuidad para ser presa de las bromas que continuamente le gastaban era encantadora. Ya había cerrado "la llave del balance", para que el buque no se moviera demasiado; "mordido la uña del ancla", para no marearse y ¡qué se yo cuantas cosas más! —Burlas típicas de los marinos—.

Esta vez los bromistas eran oficiales. Un grupo de ellos llevó a Sixto hasta el puente de mando. Haciendo reflejar al Sol en el prisma de la alidada, desplegaron sobre la imagen un modificador de lente amarillo:

—¿Qué estás viendo Sixto, le preguntaron.

—¡El "Solcito", mi alférez, ¡el "Solcito"!

Luego, transparentando al astro a través de un cristal verde-azulado, inquirieron nuevamente:

—Y ahora Sixto, ¿qué ves?

—¡La "Lunita"!, señor, ¡la "Lunita"!

El asunto causó mucha risa. Todas las mañanas debía subir Sixto al puente y se le repetían incansablemente las mismas preguntas. Cuando el modificador era amarillo, él veía al Sol. De ser azul, la Luna.

Sixto Elías comenzó a mortificarse. Sin embargo siempre seguía bonachón y comprensivo.

Y como dicen "que tanto va el cántaro al agua, que al fin se rompe", un oficial compadecido resolvió entrenar a nuestro protagonista para dar una lección a tanto bromista insaciable. Decidió hacer que el cántaro se quebrase.

Algún trabajo le costó, pero al fin quedó satisfecho. Mientras esto sucedía, Sixto memorizaba y memorizaba...

Una mañana de esas continuaron las burlas. El marinerito fue llamado al puente:

—Sixto, ¿qué es esto?

—El "Solcito", mi alférez.

El modificador amarillo fue cambiado por otro verde obscuro.

—Y ahora, ¿qué estás mirando?

—¡El "Solcito"!, repitió con aires de triunfo.

—¿Por qué dices eso?, indagó su interlocutor con expresión de sorpresa.

Nuestro héroe entonces, desquitándose todas las innúmeras burlas de que había sido objeto, las múltiples "Lunitas" y la enorme cantidad de "Solcitos" que le habían hecho ver entre carcajadas y bromas que diariamente le convirtieron en el hazmerreir de sus gratuitos inquisidores, respondióle muy seguro de sí mismo:

—Porque to sabes, mi alfíriz, qui:

In isti mondo traidor
nada is virdad ni is mintira,
¡todo is sigún dil color
dil cristal cun qui si mira!



# UN MEDICO CEREMONIOSO

Comandante General de la Escuadra era, allá por los años de mil novecientos cuarentaitantos, el entonces Capitán de Navío D. Mariano H. Melgar Conde, quien hallábase con parte de los buques bajo su mando en el puerto norteño de Talara cuando sucedió la anécdota que paso a relatar:

No recuerdo con exactitud si el hecho tuvo lugar en julio u octubre —tal vez durante la celebración de nuestras Fiestas Patrias o con motivo del Día de la Marina— pero lo cierto es que se efectuaban los preparativos para un gran ceremonia. Colegios y Sociedades Cívicas marcharían por la avenida principal de la ciudad, que embanderada totalmente y llena de regocijo, se aprestaba a presenciar el marcial desfile de tropas, puesto que la Marina, el Ejército y la Fuerza Aérea nacionales, había prometido su concurso también.

Si la memoria no me es ingrata, me inclino ahora a creer que la fiesta aquella era a propósito de la inauguración de un monumento al Almirante Grau, vencedor de Iquique y héroe de Angamos, esto es decir un 8 de octubre.

Todo el personal de la Armada designado para participar, alistaba sus uniformes, armas y equipos, con el fin de obtener una impecable presentación. Uno de ellos, sin embargo, médico recién ingresado y que haría sus pininos durante la formación que se avecinaba, mostrábase preocupadísimo. Su labor, no obstante, resultaba, más que sencilla, facilísima de desempeñar: cerraría la formación al mando de un grupo de Sanidad Naval, portando cami-

llas y botiquines de campaña, y, sin llevar espada al cinto por ser galeno, saludaría a las autoridades ubicadas en la tribuna oficial y tornaría el rostro hacia ellas para indicarles —mientras pasaba frente al estrado—, su respeto en tan especial ocasión.

El doctorcito no las tenía todas consigo y procuró preguntar a cuanto oficial conocía sobre lo que debía hacer. Las explicaciones fueron las mismas: "procuras marchar erguido, con apostura militar; faltando unos treinta pasos acentúas la pisada; al llegar a la primera marca pintada en color blanco sobre la pista, saludas volteando la cara en dirección a la tribuna; luego, al pasar la segunda señal, vuelves el rostro al frente, continúas marchando y ¡san se acabó!

—¿Eso es todo lo que debo hacer?

—Ni más ni menos.

—¡Muchas gracias!

—No tienes de qué.

Al desembarcar franco el día anterior, paseóse disimuladamente por el lugar de marras para observar todo cuidadosamente. Sin que se apercibieran de su preocupación, memorizó los pasos que tendría que dar al siguiente, imaginóse saludando y recibiendo aplausos por su marcialidad y gallardía. En fin: quedó contentísimo con su ensayo mental.

Y llegó la hora de la prueba. Mientras marchaba conservando el paso, verificó que los oficiales del Cuerpo General saludaban con sus espadas y eran respondidos. Yo soy médico —pensó para sus adentros—, ¡maldita la falta que me hace un sable para quedar bien!

En eso notó muy cerca la primera marca blanca. Afirmó plantas de inmediato y comenzó a sacar chispas del asfalto. Las

miradas del Comandante General de la Escuadra, del Sub-Prefecto, Alcalde y demás autoridades tornaron hacia él. Ya están esperando mi saludo —pensó—, y luego de una profunda inspiración para darse ánimos, pisó la raya. . .

De inmediato volteó la cara, y llevándose la mano a la visera, se despojó de la gorra para apoyarla sobre el pecho, y ¡comenzó a efectuar repetidas venias, ceremoniosas y educadísimas, con el fin de reverenciar a las autoridades!

Demás estaría decir, que mientras más de uno se sonreía procurando disimular su sorpresa, ¡al Comandante General de la Escuadra le faltaba poco para estallar!

Pero así sucedió, lector, te lo aseguro.



# INTRODUCCION Y OFRECIMIENTO

En el año mil novecientos cuarentaicuatro, tenía la Escuadra un Comandante General que fuera de ser marinero era asaz sociable. Entusiasta como pocos en este renglón, gustaba de asistir a cuanta ceremonia o reunión se concertaba en los puertos para agasajar a los representantes de la Armada, cosa común y agradable en todos los cruceros de verano que se realizaban a lo largo de nuestro litoral: el Capitán de Navío, D. Mariano H. Melgar.

Por descontado que también, y para retribuir atenciones, organizó a bordo de la capitana más de un cocktail, almuerzo o recepción ofrecidos a las autoridades y vecinos notables. Peculiar en aquello de conservar la tradición marinera, no desperdiciaba ocasión para, cuando llegaba la hora de los postres, designar de improviso a algún oficial —de los menos caracterizados del buque— para que, en su representación y a nombre de la escuadra, dirigiese la palabra en público y ofreciese el ágape.

Cuentan que el entonces Alférez de Fragata, D. Jorge Arnillas de la Cotera, refractario a los discursos y poco amante de las improvisaciones, hacíase cruces rogando a la Divina Providencia para no ser uno de los escogidos. Hasta el momento todo había ido a las mil maravillas, y el supradicho —"Coco" para sus compañeros y amigos íntimos— no tuvo que saltar a la palestra en ocasión alguna. Ya casi se encontraba decidido a apostar "que no lo agarrarían", cuando el **rabudo** se atrevió a meter una de las cuatro en Pimentel.

Habiendo desembarcado el Comandante General en el puerto ya citado, transcurridas dos horas poco más o menos presentóse a bordo, de regreso, acompañado por un grupo de autoridades civiles y militares junto con determinados vecinos notables de la localidad.

Cocktail en puertas, pensaron todos. Dicho y hecho: la oficialidad fue invitada a la cámara, mientras que los mayordomos, inmaculadamente vestidos y provistos de blancos guantes, comenzaron a hacer circular los primeros vasos entre los asistentes.

Nuestro protagonista, quien como he acotado habría preferido beber una porción de aceite de ricino antes que hablar en público, haciendo gala de su proverbial seriedad conversaba en un grupo no muy alejado del anfitrión y de consiguiente destacaba, sin quererlo, su figura en forma conspícua, encontrándose "dentro del sector de fuego".

Un toquecito discreto sobre sus espaldas hízole volver la cabeza. Era el oficial ayudante del Comandante General para trasmitirle una orden de aquél: ¡esta vez le había tocado en suerte..., ofrecer el agasajo!

¡Tierra trágame! Un frío temblor le recorrió la columna desde las cervicales hasta el coxal. Sin embargo, tenía que enfrentar la situación y salir exitosamente de aquel intríngulis. Las miradas comenzaban a posarse sobre su persona y los pies se arrimaban para hacerle círculo.

Dos pasos decididos, un amago de carraspeo y ubicación concéntrica, fueron los recursos inmediatos que le permitieron comenzar. Con aplomo de orador "cuajado" y luego de solicitar la venia respectiva, empezó:

Señor, Comandante General de la Escuadra;
Señor, Prefecto del Departamento;

Señor, Alcalde;
Señor, General;
Señor, Capitán de Puerto;
Señores Jefes y Oficiales;
Señores:
¡Salud!

Dicho lo cual levantó ceremoniosamente su copa, para apurar su contenido hasta ver con claridad el fondo del cristal.

Fue, sin lugar a dudas, un ofrecimiento conciso. De paso sea dicho, resultó también la primera y última vez que se pensó en darle la "alternativa" para tomar la palabra en casos como el referido, desde que su laconismo —fuera de ser medido con cuenta-gotas— cayó en gracia a la mayoría de los presentes...

Con excepción hecha del Comandante General de la Escuadra, por supuesto.



JOSE VALDIZAN GAMIO

# GENERALES EN LA ESQUINA

Si me atrevo a relatar la presente anécdota refiriéndola con puntos y comas y nombrando al protagonista, es porque él mismo me la contó allá por el año 1953, cuando hacíamos tertulia y conversábamos en Iquitos.

Por ese entonces quien estas líneas escribe era Comandante del B.A.P. **Ucayali,** cañonera perteneciente a la Fuerza Fluvial del Amazonas. El Teniente Primero SN. (MC), D. Roberto Rosell Villón, actuaba como médico de la Comisión Peruana de Límites con el Ecuador y ya había realizado varias campañas demarcatorias en la selva.

Su faz alargada y morena, sus bigotillos negros delineados y sus anteojos de lentes gruesos, le daban un aspecto ligeramente mefistofélico y vivaz. Esta primera impresión se diluía al oirle conversar. Resultaba amenísimo, locuaz y francamente entretenido. Educado en España, habíase graduado como médico en la Madre Patria, revalidando títulos en el Perú e ingresando a la Sanidad de nuestra Marina de Guerra a continuación.

Parece que al lograrlo satisfizo una de sus mayores aspiraciones. Siempre admiró a los Institutos Militares —y en forma especialísima, sin duda— a la Armada de nuestra patria. Hasta creo que dejó un poco de lado la medicina para estudiar reglamentos y manuales marineros. Le encantaba todo lo referente a disciplina. Sabíase de memoria cómo debía juntar los dedos de la mano al llevarla hacia la visera para reverenciar a un superior, incluyendo la distancia desde la cual asentaría las plantas de los

pies con firmeza, el giro de la cara, la duración aproximada del saludo, el golpe de la palma sobre la pierna derecha al terminarlo y todo lo demás.

Mientras realizaba sus gestiones para ingresar al Cuerpo Médico, repasó decenas de veces el asunto y comenzó a soñar con la prestancia que le daría el uniforme. Se prometió a sí mismo llevarlo con naturalidad y orgullo; con caballerosidad y decencia intachables.

Al fin llegó el ansiado día: cuando nuestro héroe, convertido ya en Teniente Primero de la Sanidad Naval, se abotonó el dorman, corrigió la posición del nudo corbatero, se caló la gorra de carrillera dorada y lanzóse a la calle para dirigirse a Barranco y sorprender a amigos y familiares con la corrección de su apariencia militar. Aquello sucedía entre noviembre y diciembre de 1943, esto es decir, casi por la fecha de su cumpleaños que era el 19 del último mes indicado: ¡qué mejor regalo podía desear!

Así las cosas, bajó del tranvía en las cercanías de la antigua farmacia "Grec" de la avenida Grau, y avanzando con paso marcial, atravesó la boca calle para pasar cerca de la bodega "Solari" (antes "Rampini"), con el fin de dirigirse hacia el parque del balneario.

Caminaba muy orondo y marcial cuando, ¡oh sorpresa!, sus ojos advirtieron un grupo de altos jefes militares llenos de dorados y galones —a quienes él, por haber llegado hacía poco de España, no pudo diferenciar mucho en grados—, pero que estimó cuando menos coroneles o generales. Conversaban en la esquina y parecían tener algunos tragos entre pecho y espalda.

Escaso tiempo le quedó para pensar. Decidido, midió la distancia que le separaba del grupo y faltando unos seis pasos poco más o menos, asentó plantas firmemente, se llevó la mano

a la visera y ejecutó el más impecable y enérgico de los saludos militares de su repertorio.

La respuesta fue inmediata, pero demasiado cortés. No son tan castrenses, como yo, pensó orgullosamente. En España nunca actuarían así. En fin, ¿quién sabe?, en el Perú deben tener diferentes costumbres...

Terminada la cuadra, y cuando ya iba a atravesar hacia el parque, una voz conocida —la de cierto amigo de la infancia— llegó a sus oídos:

—¡Mi querido Roberto!, ¿cómo estás?

—¡Hola fulano! —Aquí me tienes. ¿Tú qué tal?

—Bien, gracias, felizmente viejo. No sabía que habías ingresado a la Armada. Te he venido observando desde lejos..., ¡palabra que llevas muy bien el uniforme! saludas con arrogancia, pero...

—¡Oh!, tú siempre zalamero. Como todo oficial naval; nada especial.

—Sin embargo, estoy intrigado y quisiera preguntarte algo...

—Dí nomás, ¿de qué se trata?

—Ustedes, en la Marina, ¿tienen también obligación de saludar a los bomberos?



# UN CORRIDO MILAGROSO

Don Pedro de las Tintas y Uvas —el Capitán de Fragata, Pedro de la Torre Ugarte, a quien cariñosamente llamaban así—, era hombre derecho, hosco si se quiere, estricto en el cumplimiento de su deber y caballero a carta cabal.

Allá por el año de 1944 fue nombrado Comandante del B.A.P. **Pariñas,** petrolero viejísimo y de larga trayectoria en la Armada Nacional, cuya inconfundible silueta provista de luenga chimenea y casco con reductos laterales y barraganetes, paseóse miles de veces por todos los puertos litorales, llevándoles el precioso combustible que tanto necesitaba la industria durante las épocas de escasez.

Quienes hacía poco que habíamos dejado la Escuela Naval para graduarnos como oficiales, conocíamos de cerca su estrictez y línea de conducta seguidas, no cabe dudarlo, tan sólo para forjar marinos hechos a todas las incidencias y eventualidades que la carrera tiene. En alguna ocasión —quizás por aquello de que la vida de mar debe ser dura—, el entonces Teniente Primero de la Torre Ugarte habiéndose despertado al toque de diana como cualquiera de nosotros los alumnos, ordenaba baño general, después de la gimnasia matutina ejecutada a bordo y durante el crucero de verano, mediante un frígido chorro de agua salada salido de las mangas contra-incendio, capaz de resucitar a Lázaro sin necesidad de taumaturgias que nos hicieran creer en milagros.

El grupo de oficiales que conformábamos la dotación del **Pariñas** estaba asustado. Poco antes habíamos tenido, en calidad

de comandante, a otro jefe de peculiar carácter y gran sentido del cumplimiento de su deber profesional, el Capitán de Fragata D. Víctor Cortez Mulgrew. Algunas papeletas de arresto habían circulado entre los miembros de la Plana Mayor, cuando resultó indispensable corregir faltas y errores de comportamiento.

Ahora, el horizonte se tornaba brumoso a juzgar por la reputación tan estricta que se traía el nuevo jefe. Eso de estar navegando continuamente, entre puerto y puerto, como cerrojo incansable que se abre y cierra sin acabar de cesar, tenía sus bemoles indudablemente. Si a ello se le añadían las perspectivas de llegar al Callao bajo confinamiento en el camarote. . ., ¿qué esperanzas existían de solazarse contemplando el bello rostro de la "enamorada" o la novia?

"Cría fama. . ., y ¡échate a la cama!" dice el refrán. En el caso de D. Pedro de la Torre Ugarte, el crédito existía a través del conocimiento que con él entablamos en la Escuela Naval. De seguro que los tiempos se avecinaban negros. Había que tomar una determinación.

Y a ello nos abocamos. Resolvimos poner en práctica la táctica del "ablandamiento".

Como dicen que "a la ocasión la pintan calva", pronto nos llegó la oportunidad de comprobarlo fehacientemente. Quien estas líneas escribe —y que, entre guiones, guarda el mejor y más respetuoso de los recuerdos sobre el después Contralmirante de nuestra Armada, D. Pedro de la Torre Ugarte— fue el de la iniciativa. Como tal, tocóle en suerte dar los toques precisos para poner el plan en ejecución. Se trataba del cumpleaños del comandante cuya fecha estaba cercanísima. Había que organizarle una "serenata" con guitarra y cajón.

Por ese entonces estaba muy en boga la música mejicana. Entre las piezas más cotizadas había un "corrido" azteca, de le-

tra fácil de arreglar para nuestro propósito y más factible aún de ser memorizada. Fue muy sencilla la cosa, realmente. Una vez "preparada" la función, recuerdo que junto con un grupo en el que se encontraban varios alféreces y tenientes: Ureña, creo que Bustamante, Maguiña y Barandiarán, entre otros, nos reunimos en la cámara junto a la escala ad-hoc que llevaría nuestras voces hasta el camarote del capitán del buque, para, luego de afinar guitarras y hacer uno que otro gorgorito con el fin de aclarar gargantas, introducirnos en la palestra y cantar —a golpe de doce— el "improvisado corrido" que acabábamos de terminar:

Aquí comienza el "corrido"
que le cantamos al comandante,
de este "cachito" tan bueno,
don Pedro de la Torre y Ugarte;

A cantarle hemos venido,
por su cumpleaños con emoción,
debajo de esta escalera
y con todo el corazón.

Por el ruido que se sintó casi de inmediato, colegimos que el comandante —alejado de su familia y sin sospechar que sus oficiales recordaban una fecha tan significativa para él—, se había incorporado en pijamas para agradecer el súbito ágape que le teníamos preparado.

Y continuamos. Como la cosa es larga, estimo que no vale la pena aburrir al lector con la descripción completa de todos los versos que le regalamos para ayudarle a no sentirse sólo en medio del mar. Creo que bastará consignar los últimos —en los que refiriéndonos al asunto que teníamos en mente—, le hicimos una sugerencia "poética" para que comprendiera nuestro problema; tratamos de tocarle la parte noble, ¡que Dios nos perdone, pero fue con buena intención!, sabiendo que le esperaban en el Callao so-

lamente su distinguida esposa, dos o tres hermanas solteras y algunos parientes cercanos; seguimos, pronosticándole regalos:

Abrazos fuertes y besos,
de su señora esposa y hermanas;
regalos mil y diversos,
de sus parientes más "palanganas".
Y..., un par de anteojos con lente
de muy potente disminución,
para que al ver nuestras faltas,
**¡no le hagan mucha impresión!**

Puedo asegurar que desde ese momento, D. Pedro se quedó "chalado" —como diría Sarita Montiel—, desde que, bajando a la cámara, bebió una copa con nosotros y pasó automáticamente, a ser el comandante más "baqueano" y comprensivo que jamás tuvimos.

Para usar un peruanismo: quedó "chocho" con sus oficiales. Desde ese instante, en todas las recepciones o fiestas que tuvimos a lo largo del litoral peruano, el comandante no perdía oportunidad de mostrar a sus invitados la "letra" del improvisado corrido.

Y cuando la solicitaba..., ¡por supuesto que corríamos a mostrársela!



# SIMULTANEIDAD

Iniciaré esta anécdota —para evitar críticas circunstanciales— revisando el diccionario de la Lengua. Creo que vale la pena hacerlo con el más común, barato y completo: el "Pequeño Larousse Ilustrado". Veamos:

Edición argentina del año 1961 (la más reciente resulta comprometedora y "cuasi" grosera) —arcaísmo necesario para darle más seriedad al tema—, por lo que. . ., ¡a la antigua me remito!— Examinemos, insisto, su página Nº 282 en la que se consigna, textualmente, lo siguiente:

> **"Cuesco.**—m. Hueso de la fruta: el kirsch se perfuma con el cuesco de la guinda.— Fam. Pedo ruidoso.— Prov. Coscorrón, pescozón. Chil.—Enamorado".

¿Realizas, lector, cuántos problemas tenemos para interpretar cumplidamente el Idioma de Cervantes?

Y ahora, me voy por la tercera definición: aquélla de lo ruidoso.

Resulta que hace una veintena de años, cierto transporte de nuestra Armada que durante un viaje hacia la Argentina tuvo que atravesar los Canales del Sur de Chile, resultó con una avería inesperada: palletes de colisión, cofferdams y cemento de fragua rápida tuvieron que emplearse para que el buque no se hundiera. Algunos marinos de la Armada Chilena cooperaron desinteresadamente para poner el barco a salvo. El propósito se logró. Posteriormente el buque cumplió su misión, yendo después a repararse en el dique seco del Callao. Continuó con sus viajes.

Al regresar por la misma ruta, los oficiales y tripulantes tuvieron que corresponder gentilezas: se organizó un gran almuerzo a bordo para pagar, con caballerosidad, la colaboración prestada. Peruanos y chilenos, en un coloquio fraternal y bien regado, reuniéronse a bordo del transporte para decir como Le Heux: "¡Oh vino, si no fuera por tí, las cosas parecerían solamente como son!"

Pero no resultó la cosa como se esperaba: mientras los chascarros, la amistad y el licor hacían de las suyas, un par de amigos peruanos —de aquellos que nacieron para discutir entre ellos cuál de los dos era, con más razón, natural de nuestras serranías— se enfrascaron en discusiones estériles:

—Hay serranos "étnicos" y "geográficos", decía uno de ellos. ¡Usted es "étnico" y yo..., "geográfico"!

Para no seguirles el apunte, les llamaremos Lucho y Hernán. Don Lucho, era Capitán de Corbeta por ese entonces; don Hernán, Teniente Primero.

La discusión estaba en su punto y el trago..., ¡en su cúspide!

Inesperadamente —y quizás debido al esfuerzo que hacían para convencerse mutuamente—, la tercera definición (aquella ruidosa a la que me referí al comienzo), se hizo sonora en el lugar de la mesa en que se hallaban...

Burlas y chacotas se sucedieron. Cada par de ojos les miraron, tratando de identificar al autor de la trastada...

Don Hernán —el Teniente Primero y fautor del desaguisado—, muy ligero de huesos trató de echarle la culpa a don Luis:

—¡Oiga usted, mi comandante!, ¿no le parece un abuso pretender que crean que yo he sido, cuando usted es el culpable?. Le sugiero ponerse de pie y pedir disculpas a la concurrencia. Aunque sólo sea por justicia...

Don Luis —quien también, por curiosa coincidencia, se sentía culpable—, hizo de tripas corazón y, poniendo de su parte cuanto debía, se levantó de la silla—. Efectuando una venia protocolaria, dijo entre sonrisas:

—¡Excúsenme, señores, debió ser culpa de los tragos...!

Carcajada general. La fiesta continuó como si nada hubiese acontecido...

Luego del "pousse café" y mientras abandonaban la cámara de oficiales, el teniente, D. Hernán, sintiéndose capaz de llevar su audacia hasta extremos inconcebibles, acotó nuevamente —no obstante pesar sobre su conciencia el "cuesco" tan discutido—, una pregunta más que aventurada:

—¿Y pensar que Ud. me quería echar la culpa?

A lo cual respondióle el interrogado, con toda sencillez:

—¡Hubiese jurado que **el mío**..., fue silencioso!
¡Había sido simultáneo!



JOSE VALDIZAN GAMIO

# TRES SOPAS

Agosto de 1944. Mediodía en la Zona del Canal de Panamá; temperatura canicular y mucho apetito. Dentro de un confortable restaurante el entonces Teniente Primero A.P., D. Alberto Ascenzo Cabello, sentado en una cómoda mesa esperaba que le atendieran. Su principal problema era el de expresarse en inglés.

Pasados unos minutos llegó el mozo, quien muy atento y ceremonioso, presentóle el menú a la carta y esperó sus órdenes.

Nuestro protagonista, afectando despreocupación y arriésgándose a parecer displicente, lacónico o mudo quizás, sin pronunciar palabra alguna y luego de echar un vistazo a los incomprensibles titulares de los potajes incluídos en la lista, indicóle uno de ellos con el dedo.

Al cabo de cierto lapso, el sirviente colocó sobre el mantel un humeante plato de sopa. Estaba sabrosa. Se la tomó y volvió a ser consultado por quien le atendía.

Calculando cierta prudente distancia entre lo pedido anteriormente y el segundo alimento que pretendía gustar, señaló otro nombre en inglés. No dijo palabra alguna tampoco.

¡Le trajeron otra sopa! Distinta esta vez, pero sopa al fin.

Deseando algo más sólido, tentó a la ventura. Puso el índice sobre un tercer título.

Asombrado el mozo, parece que no pudo contenerse ante la insistencia de tan extraño cliente. Coligiendo que hablaba español y que pertenecía a alguno de los submarinos peruanos que se hallaban de comisión en la Base Naval de "Coco-Solo" (y así era, efectivamente), se atrevió a exclamar en castellano chapuceado:

—¿Otra sopa más con este calor?, ¡yo me suicidaría, chico!

—¡Pues hágalo nomás!, respondióle Ascenzo. —¿Cómo no se le ocurrió decirme desde el principio que hablaba español?



# UNA SALIDA DE GASTRONOMO

De labios del Capitán de Corbeta, D. Salvador Mariátegui y Cisneros, quien era allá por los primeros años de la década que comenzara en 1940, mozo de extraordinario vigor físico, amante del deporte, esgrimista distinguido y hombre de una capacidad estomacal a prueba de balas, escuché la anécdota que hoy relato. Antes efectuaré una pequeña digresión:

Su apetito —reconocido y comentado en nuestra Marina durante muchísimos años— resultaba algo excepcional. El autor es testigo de haberle visto ingerir —tan sólo durante un desayuno en Talara—, la friolera de una docena de panes con mantequilla, amén de una o dos tazas de café con leche y fuera de un plato de avena. Sin embargo, jamás fue obeso; siempre mantuvo su porte atlético.

Durante sus cuartos de guardia como oficial de uno de nuestros cruceros anclado en el Callao, hubo oportunidades en que, entre gallos y media noche, el mayordomo teníale preparada una fuente de "tacu-tacu" (revoltijo de frijoles y arroz, frito con cebollas y su puntito de ají), regado profusamente con aceite de oliva. Demás estaría decir que la vajilla quedaba vacía en un santiamén.

Allá por el año de mil novecientos cuarentaitantos, después de haber sido jefe encargado de entrenar al contingente de reclutas en la Estación Naval de San Lorenzo, no recuerdo si en forma titular o accidental le tocó desempeñarse como segundo comandante de la citada dependencia.

Ya nos estamos olvidando de que antaño, alrededor de las cinco de la tarde, se acostumbraba en Lima y alrededores tomar

una taza de té acompañada de emparedados. La hora del "lonche" la llamábamos, utilizando un anglicanismo que se incorporó al léxico criollo fácilmente.

Pues bien, sabido de todos es que la movilización desde la isla citada hasta el Callao demanda un tiempo de viaje en lancha. Por ese entonces, la embarcación de más confianza que tenía la Estación Naval de San Lorenzo, resultaba lenta y pesada en su andar. Era la **Túpac Amaru** a la que, por retozona y caprichosa, se le había apodado con el nombre de "Burro".

La salida de oficiales francos estaba programada alrededor de las 4 p.m., con el fin de que, aproximadamente una hora después, pudiesen desembarcar en el Callao.

Sin embargo Mariátegui no perdonaba la hora del famoso "lonche", haciéndolo servir más o menos antes del zarpe, circunstancia que demoraba a quienes tenían compromisos urgentes, dado que la conversación se prolongaba, en ocasiones, más de lo debido y esperado por sus oficiales.

Como siempre el marino ha sido amigo de palomilladas y bromas, en cierta ocasión los contertulios decidieron jugarle una trastada: casi amenazando al mayordomo, quien no las tenía todas consigo, le obligaron a que preparase y sirviera —cuando llegara el segundo comandante—, ¡una enorme fuente de "tacu-tacu"!

Reconcomiéndose con la cara que pondría, y con la reflexión subsiguiente sobre que los demoraba más de lo necesario, todos se sentaron frente a la consabida taza de té hirviente. Esperaron curiosos la reacción de su jefe.

Cuando Mariátegui llegó a la mesa, un leve guiño de alguno de los comensales hizo decidirse al mayordomo. Con temor pero en forma franca, púsole por delante la tremenda fuente de "tacu-tacu".

El segundo comandante, haciéndose cargo inmediatamente de la burla que ello entrañaba y de la intención escondida dentro del plato de frijoles con arroz, tomó la cosa con toda calma y filosofía. Dirigiéndose al sirviente, como quien papas pela, espetóle la siguiente pregunta:

—¿Por qué te atreves a traerme ésto?

—Mi comandante: si le parece mucho, le hago quitar la mitad.

—¡Qué tal lisura! Anda inmediatamente donde el cocinero, y dile que me tape esta minucia con un churrasco y dos huevos fritos. . ., ¡vuela!

El cocinero tuvo que hacerlo. Mariátegui demoróse todo lo que pudo en degustar la fuente hasta el último grano de arroz y saborear el postrer trozo de carne. Cuando terminó, eran las 6 p.m. pasadas.

—¡Buen provecho, señores!, acotó. Ahora podemos embarcarnos.

Los bromistas llegaron al Callao siendo las 7 de la noche..., ¡Fueron por lana y salieron trasquilados!



# INTERPRETACION SERRANA

El comandante de uno de nuestros antiguos submarinos tipo "R" ofreció en cierta ocasión, para retribuir atenciones, un almuerzo a bordo a las autoridades del puerto de Paita.

Como en el buque no se disponía de todo lo necesario para el agasajo, envió al asistente (mayordomo) para efectuar diversas compras; entre ellas encargó un par de botellas de vino blanco del tipo "Sauterne", ordenando que fueran puestas a helar en la refrigeradora de popa.

A la hora del almuerzo, mientros los platos iban y venían notó que no era servido el vino. Tratando de poner inmediato remedio a la situación, el comandante se dirigió al asistente y, castellanizando el "galicismo", le dijo:

—Traiga el "Soterno" lo antes posible.

El tripulante en mención —quien no era hombre avispado ni mucho menos—, le miró de hito en hito, vaciló un momento y luego, medio amoscado, le contestó con el inconfundible modo de pronunciar que los hombres del Ande tienen en nuestra tierra:

—¿So abrigo querrás decir?, porque "so terno"..... ¡lo tiene puesto! (1)

---

(1).—TERNO; traje completo de varón. Fonema castellano muy usado en el Perú y no así en otros países latinoamericanos.

Esta anécdota ha circulado mucho dentro del medio naval y, o ha llegado a tergiversarse su origen verdadero o ha ocurrido en diferentes sitios.

La presente es una de esas versiones.

Hay quienes afirman también que sucedió en un crucero, y otros, que aconteció a bordo de un destructor...

El meollo es lo que realmente importa, ¿no opinas así, lector?



# EMPAPADO PERO SERENO

Comandante del B.A.P. "R-1" era el Capitán de Corbeta, D. Enrique León de la Fuente, allá por el año de 1946. Excelente submarinista y poseedor de una audacia a toda prueba, fuera de conocer palmo a palmo todas las instalaciones y hasta el último perno o tuerca de los mecanismos de su buque, hacía de su comando una suerte de mística con respecto de la conducción de hombres. Oficiales y tripulantes apreciaban su trato, bromas y exigencias, confiando plenamente en aquel brillante jefe de submarinos.

Por ese entonces hallábase abocado en cambiar doctrinas obsoletas, tratando de entrenar a su dotación en la forma más realista posible. Una de sus preocupaciones principales era la de lograr inmersiones rápidas, cronometrando el tiempo empleado por el equipo de hombres para que el buque desapareciera de la superficie, dentro de las medidas de seguridad y prudencia que imponían las circunstancias.

Nuestros antiguos submarinos poseían un sistema arcaico para cerrar la escotilla principal, última abertura que debía hacerse hermética antes de sumergirse: un tripulante provisto de cierto martillo de bronce, debía halar hacia sí la rabiza que tiraba de dicha tapa, para luego golpear su pestillo con el mazo y asegurar su cierre. El llamado "resorte compensador" tendía a mantenerla abierta por lo que, el tirón para atraerla debía ser fuerte y la utilización del martillo coordinada, para que mientras con una mano se le trataba de cerrar, con la otra se actuaba golpeando el pestillo.

Cierta mañana que entrenábamos la rapidez de procedimientos —el autor era oficial a bordo—, el segundo comandante ordenóle a un tripulante de apellido Olaya (el que nunca había actuado en tal puesto), que lo ocupara y procediese a cerrar la escotilla principal apenas sonaran las bocinas de alarma.

Siendo la tarea fácil en sí, no se pensó que tuviera dificultad alguna para desempeñarla. Pero Olaya cometió un descuido: dejó el mazo sobre el plan (piso) de la torre de combate, para utilizarlo en cuanto cerrase la escotilla. Y derrepente sonaron los dos "claxons" de alarma, se abrieron las evacuaciones principales de los tanques de lastre y éstos comenzaron a admitir agua a torrentes para que el buque perdiera su flotabilidad positiva, mientras Olaya halaba la tapa-escotilla y buscaba el martillo para usarlo...

Pero no llegó a alcanzarlo debido a haberlo dejado yaciendo en el piso de la torre. No podía soltar tampoco la tapa, puesto que de hacerlo, el resorte compensador la abriría y el buque perdería su estanqueidad.

Y pasaban los segundos (hacíamos la inmersión en menos de 57) sin que se reparase en el problema de Olaya, el buque seguía sumergiéndose y el dilema subsistía arriesgando las vidas de todos a bordo. Finalmente el tripulante se decidió por el mazo y soltó la rabiza de la tapa, justamente en el instante en que el submarino dejaba la superficie... El resorte abrió la escotilla.

Una tremenda avalancha de agua, un líquido torrente de veinticinco pulgadas de diámetro nos invadió comenzando a llenar el Puesto Central del submarino.

¡Fueron segundos que parecieron siglos!— En una reacción casi sub-consciente y automática, el teniente Jorge Luna García se aferró a las palancas que cerraban las evacuaciones de los tanques principales de lastre y comenzó a pugnar para maniobrarlas.

Yo, que estaba a su lado, comprendiendo su intención le ayudé a hacerlo y lo logramos. Pese a ello, parecía que nuestro esfuerzo resultaba tardío: los manómetros de profundidad tenían las agujas "pegadas" señalando cerca de once metros y el agua seguía penetrando a torrentes...

—¡Superficie!, fue la orden del comandante.

El oficial de mar Delgado —quien tenía a su cargo la "Estación de Aire"—, inició el soplado de tanques con la serenidad rutinaria de siempre.

—¡Más fuerte!, ¡sopla todo!

Con una fuerza arrolladora oyéronse funcionar las instalaciones de aire. Poco a poco, y mientras el agua seguía entrando, las agujas manométricas comenzaron a despegarse de la posición que tenían, y con un suspiro general de satisfacción verificamos que el buque subía lentamente, salvándonos así de una muerte segura. El agua nos había empapado y nos llegaba ya casi a las corvas. Recuerdo aún el rostro del entonces Oficial de Mar, José Lizárraga Macha: ¡me pareció ser de pergamino!

Pálidos pero contentos de haber "resucitado", miramos al comandante: chorreando agua se acercaba en dicho instante hacia la parte inferior de la torre de combate para hablar con Olaya:

—Así es que si no llegamos a soplar a tiempo, no habría podido ir hoy al cine con mi señora, ¿qué te parece?

—Mi comandante..., el mazo estaba sobre el plan, ¡no podía hacer otra cosa!

—¡Humm!, vamos a ver si pones más cuidado otra vez!

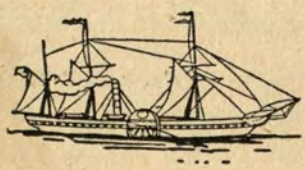
Y diciendo ésto, se volvió sobre sí mismo bruscamente y tocó dos veces el "cláxon de alarma", ordenando con ello una inmersión rápida inmediata.

Esta vez Olaya no cometió la misma equivocación. Empapados como estábamos, pasamos cerca de dos horas bajo el agua haciendo los ejercicios programados.

Al salir a superficie finalmente, recién tuvimos la oportunidad de achicar el agua que había admitido el buque a raudales. También pudimos cambiarnos de ropa.

Pero quedamos curados de un complejo que pudo haber hecho presa de nosotros para toda la vida: ¡el miedo de efectuar otra inmersión!

Gracias a aquel comandante quien, empapado pero sereno, supo dar una orden oportunísima con valentía y adecuación.



# UN TEMA... MURAL

El Capitán de Corbeta, D. Luis Rivero Romainville, era allá por el año de mil novecientos cuarentaitantos, instructor de varios cursos en la Escuela Naval del Perú.

Hábil matemático y hombre de salidas inesperadas a la par que sumamente humorísticas, tiene en su haber muchísimas anécdotas sabrosas. Te narraré una de ellas, lector, haciendo la salvedad de que no fui testigo presencial. Me la contaron, sencillamente.

Por esa época había existido cierto descontrol en lo referente a la entrega de hojas de papel para que los cadetes confeccionaran sus temas. La economía de nuestro primer centro de estudios navales estaba "a tres dobles y un repique" y era necesario medir un tanto los gastos, evitando dispendios desorbitados.

El renglón "papel consumido" tuvo indispensablemente que ser tomado en cuenta, ya que es conocida la costumbre que algunos alumnos tienen de pedir mucha más cantidad de la que realmente se requiere, simplemente para coleccionar fojas en blanco o para utilizarlas como "borradores" en sus trabajos diarios.

Con tal motivo se impartió la orden para que los instructores, personalmente, se llegaran hasta el Laboratorio de Ciencias con el objeto de recabar las cantidades de hojas que iban a necesitarse. El comandante Rivero Romainville, al día siguiente y sin estar enterado de la disposición de marras, acudió a una de las aulas a tomar "paso" escrito del curso que enseñaba. Al pedir al

encargado que distribuyese el papel, éste le comunicó la nueva: debía caminar un buen trecho para recogerlo personalmente.

—Vean, les dijo, ya lo haré la próxima vez.... Mientras tanto, desarrollen su tema en cualquier sitio disponible: acepto un pedazo de papel, un sobre o ¡hasta la pizarra si es posible!

Todos hicieron lo mejor de su parte para apertrecharse y estar preparados a contestar las preguntas del tema en la forma debida.

Uno deshizo un block esquelético y repartió algunas hojas entre los más cercanos. Otro encontró, por casualidad, ciertos papeles en blanco que utilizaba para escribir cartas. Alguno por allí borró determinadas hojas recién garabateadas. El más arriesgado tomó una tiza y se situó junto a la pizarra.

Pero entre ellos quedó uno sin nada entre manos. No sabría decirte lector si lo hizo ingenuamente o con manifiesta picardía, lo cierto es que, volteando hacia el instructor, espetóle la siguiente pregunta:

—Mi comandante, ya que usted ha dicho que podemos desarrollar el tema en cualquier sitio y yo no tengo dónde hacerlo..., ¿podría escribirlo sobre la pared?

A lo que el agudo instructor, haciéndose cargo de la situación en que le ponía su interlocutor, respondióle muy suelto de huesos:

—No tengo inconveniente en que lo haga... ¡con tal de que al terminarlo me lleve la pared a mi casa para corregírselo!

---

# RETRUQUE

Me parece que fue en el año del Señor de 1948, que el entonces contralmirante y Comandante General de la Escuadra —jefe temido por su carácter exigente así como por su extremada rectitud— pasaba inspección al personal del buque insignia, el viejo crucero **Almirante Grau.**

Aquel sábado, en la mañana, no estaba el tiempo como para tafetanes. El hígado del "mandamás" andaba más revuelto que de costumbre. Los arrestos habían comenzado a menudear por un quítame allá esas pajas.

De pronto los ojos verdes e inquisitivos del almirante fijáronse en un marinero. Las cintas de su capelo —aquellas tres rayitas blancas que todos los tripulantes de un buque, con sentimiento ecuménico, llevan sobre las espaldas en memoria de las actuaciones de Nelson en Aboukir, Trafalgar y San Vicente— estaban ligeramente mugrosas. Levantándole con energía aquella parte de la blusa con el fin de verificar su número de registro, dióse con la sorpresa de que no existía marca alguna sobre el paño azul del uniforme. La reacción del almirante fue violenta:

—¡Arrestar a este hombre, por no haber marcado su ropa!

—Bien, mi almirante, respondióle el alférez Jefe de la División. Luego, dirigiéndose al Maestro de Armas, le ordenó que anotara el castigo impuesto.

—¿Su nombre?, interrogó la voz temida del Comandante General.

El marinero, más muerto que vivo debido al susto, sintió que la lengua se le trababa y que un nudo le atenazaba la garganta impidiéndole responder.

—¿Su nombre?, volvieron a preguntarle. El alférez, esta vez.

Los ojos del almirante comenzaron a despedir chispas. Sus músculos faciales se contrajeron más de lo acostumbrado. Tornando hacia el joven oficial dirigióle la siguiente pregunta:

—¿Y usted..., ¿ignora su nombre siendo el Jefe de la División?

—No sé cómo se llama, señor.

Increíble debióle parecer la respuesta. Espoleado por la cólera que con frecuencia le dominaba, volvió a dirigirse al oficial —quien realmente acababa de ser nombrado a la dotación del crucero— para recriminarle su descuido:

—¿Y no le da vergüenza ignorar el nombre de su personal?

—Nó, señor —contestóle el interrogado, con una serenidad capaz de sacar de su paciencia a Job—. Soy relativamente nuevo en este buque.

—Esa no es ninguna disculpa, alférez..., ¿tiene usted otra cosa que decir?

—Sí, mi almirante.

—¿Cuál?, le preguntó ya furibundo, al darse cuenta del desparpajo de que hacía gala su interlocutor.

—¿Sabe usted, señor, cómo me llamo?

La interrogación, lanzada ex-abrupto, tomó desprevenido al almirante. Dante Mantero Sbárbaro, no era un nombre muy corriente que digamos. No pudiendo responderle, con el rostro con-

gestionado e hinchadas las venas frontales por la cólera que le dominaba, rabiando de impotencia tuvo que tragar saliva. Su mirada resultó fulminante, pero se estrelló ante una barrera de indiferencia.

Guardando silencio, mientras las ventanas nasales traicionaban su estado de ánimo abriéndose y cerrándose nerviosamente, continuó pasando revista durante uno o dos minutos adicionales. Bruscamente se volvió sobre sí mismo, y chocando pulgares con las manos entrelazadas sobre el espinazo, dio por terminada la inspección que tan mal parado habíale dejado.

Al retirarse a su camarote de popa, parecía —visto de espaldas— una carga de profundidad con la espoleta armada, sin seguro y lista para estallar al menor contacto.

Pero en honor a la verdad, entre todos los arrestos y papeletas que llovieron aquel día, no estaba registrado el nombre de aquel oficial tan difícil de ser recordado: Dante Mantero Sbárbaro.

Que si se le viene a tiempo a la memoria..., ¡la que se hubiese armado!, pero era un profesional, a la par que exigente, muy justiciero y cabal.



JOSE VALDIZAN GAMIO

# EL PRINCIPIO DE LA SEGURIDAD

Respetando la originalidad temática y apartándome lo menos posible del texto primitivo —para relatar las cosas a mi manera—, registro aquí un hecho asaz verídico que le ocurriera al hoy Contralmirante D. Federico Salmón de la Jara, en el año de 1948 y cuando como Capitán de Fragata comandaba el B.A.P. **Gálvez.**

El barco aquél se preparaba para cumplir una importante comisión: se iba a celebrar en Sevilla (España) el Séptimo Centenario de la Fundación de la Marina de Castilla. El Perú, deseoso de enviar una embajada representativa, había designado a la mencionada unidad con el fin de que viajara hasta la Madre Patria.

Con el inevitable ajetreo que consigo traen los preparativos para el zarpe, los últimos días pasados en el Callao transcurrieron velozmente. Ordenes y disposiciones iban llegando, una tras de otra, en procura de realzar al máximo la presencia de nuestro pabellón de guerra en las aguas del Gualdaquivir. La última de ellas contribuyó a preocupar sobremanera al comandante: la capital peruana enviaría, a bordo de la fragata, una rama joven de la centenaria higuera sembrada por el propio Pizarro el siglo XVI, árbol que aún existe en el Palacio de Gobierno. Lima quería honrar así a Trujillo de Extremadura, cuna del valiente conquistador, para que alimentada por la tierra española perpetuase su memoria, retoñando lozana en un nuevo tronco después de ser sembrada en el suelo que le vio nacer.

Poco antes de hacerse a la mar y sopesando detenidamente la seriedad del encargo recibido, el comandante Salmón de la

Jara procedió a seleccionar —entre la dotación de oficiales a sus órdenes— a quién, en su concepto, reunía las mayores aptitudes para llevar a buen término la delicada tarea que le iba a encomendar: asegurar la llegada a España de la dichosa rama, con felicidad y lozanía.

Su "hombre" —tal como lo describió al relatar este sucedido— era un joven teniente, D. Manuel Vegas Rovira, inteligente y muy "de Triana". Recibió la orden sin pestañear siquiera dando comienzo, de inmediato, a un rápido pero bien meditado plan para el riego, cuidado y nutrición del frágil retoño. Las cambiantes latitudes del Pacífico, Caribe y Atlántico, por las que el buque tuvo que pasar durante el viaje, fueron testigos de sus preocupaciones sin cuenta. Convenientemente instalado en una de las bandas del puente de mando, el ramaje de la legendaria higuera constituía una suerte de hijo mimado. Sus constantes desvelos supieron concitar el interés de toda la dotación del barco.

Pero, con el transcurrir de los días, la ramita aquella comenzó a mostrarse algo remisa a tanto mimo, dando la impresión de que se marchitaría extemporáneamente. Los cuidados del teniente se multiplicaron.

Cierta noche, y mientras navegaban en ruta hacia las islas Canarias, oyeron a algunas emisoras de radio españolas describir los programas de las actuaciones a realizarse: se le concedía una enorme importancia al endeble arbolillo; sería el propio Ministro de Marina del Perú, contralmirante D. Mariano H. Melgar, quien, viajando por vía aérea hasta Europa, entregaría aquella reliquia vegetal al Ayuntamiento Trujillano.

Esta noticia, sumada a dos días de mal tiempo y algunos chubascos, aumentaron las preocupaciones del comandante. Sus visitas al puente hiciéronse más frecuentes y siempre coincidieron sobre el mismo rincón: el de la higuera, por supuesto. Comen-

zó a verla casi mustia y medio que logró, al conversar con los oficiales, contagiarles su pesimismo. El teniente duplicó las aplicaciones vitamínicas, mostrándose ¡inexplicablemente!, pleno de confianza y optimismo.

Vencida la última parte del viaje, cierta mañana en que el buque navegaba ya en aguas españolas, comandante, segundo y jefes de departamentos pasaban una detenida inspección de los compartimientos interiores de la nave. Al ingresar al camarote que ocupaba el improvisado jardinero, llamóles fuertemente la atención el contemplar un raro fardo ubicado junto a su litera. Estaba celosamente cubierto y no dejaba adivinar, en lo mínimo, su indescifrable contenido.

Al destaparlo y verificar lo que guardaba, todos se llevaron la más grande de las sorpresas: ¡emergiendo lozana de una pulcra maceta, otra robusta y bien cuidada higuera hizo su aparición!

Ante la pregunta muda que se retrató en los ojos del comandante, su "hombre" dio unos pasos al frente, saludó militarmente y procedió a dar sus explicaciones sin que se le moviera un solo músculo facial:

—¿.....?

—Mi comandante, ¡la compré en Magdalena, por si acaso no llegaba la "otra"!

Pero para descargo de conciencias y bien del Perú, no deben caber dudas de que la "otra" llegó a su destino, gracias a los cuidados y vitaminas que le prodigó durante el viaje nuestro "precavido" teniente.

Como que hasta ahora debe hallarse en algún lugar de Trujillo de Extremadura, retoñando quizás e inmortalizando la memoria de Pizarro.

---

# ¡IRIGOYEN!

No llegaba a ser obeso pero sí "entradito en carnes" aquel electricista del B.A.P. **Olaya.** José Irigoyen Ramírez, creo que ostentaba la clase de cabo de primera por ese entonces, o quizás, la de oficial de mar de tercera. Lo cierto es que su volumen personal era más apropiado para vestir uniforme con gorra de visera que para llevar blusa, pantalones de boca ancha y usar la blanca y redonda prenda de cabeza que distingue a los tripulantes, antes de llegar a ser sub-oficiales y portar dorman con guantes de preville.

Acababa de ser destacado al buque para desempeñar una comisión urgente en el extranjero. La motonave **Pachitea** —perteneciente a la Corporación Peruana de Vapores— se hallaba inmovilizada en el puerto brasileño de Belem, con la bocina de guayacán desgastada y sin poder mover ejes, a causa de estar erosionada por la arena del río Amazonas y dar paso franco al agua que se filtraba por los intercisos. El barco había hecho repetidos viajes hasta Iquitos, transcurriendo más de un año sin que pudiese entrar a dique. Con una carga de 7,000 toneladas de madera, era una especie de castillo flotante que pedía remolque a gritos.

Y a solicitud de los armadores, la Marina de Guerra dispuso que el **Olaya** viajase a efectuar dicha faena, para halar al averiado buque y traerlo hasta el Callao.

En el intervalo, y mientras se realizaba el remolque de 4,000 millas, varias escalas se hicieron por razones diversas. Una de ellas fue en la isla de Aruba. Allí, empobrecidos los bolsillos y ante el ofrecimiento de los múltiples vendedores de mar —de esos que circundan a los barcos con sus canoas, ya para bucear mone-

das en el fondo ya para mostrar papagayos vivos, lagartos disecados o calabazas multicolores a los tripulantes— se recurrió a ejercitar otra costumbre ancestralmente marinera: el trueque.

Así fue cómo se adquirieron algunas muestras de la artesanía aborigen a cambio de cigarrillos, pan, jarcia de labor vieja y deshilachada, una o dos botellas de pisco peruano y otras naderías por el estilo. El comando, teniendo en consideración lo fatigoso del viaje y la satisfacción que da el llevar algún recuerdo a casa, para que los tripulantes anduviesen contentos hizo la vista gorda. Como por milagro aparecieron alojados sobre la cubierta de popa, en un recinto techado entre los guardines del timón, varios monitos y loros vivos y un papagayo, que haciendo muecas y parloteando en sus respectivas jaulas, ayudaron a quebrar la monotonía de la faena de remolque.

Entre los plumíferos había dos o tres que balbuceaban algunas palabras. En cambio, la lora de Irigoyen —vieja, calva de plumas y un tanto estúpida para el aprendizaje— no respondía a las enseñanzas de su dueño y profesor.

Diariamente, con una asiduidad poco menos que admirable, Irigoyen trataba de hacerla pronunciar su apellido. Entre los proyectos que acariciaba figuraban los buenos días, el ¡hola!, ¿cómo te va?, ¡piojito, piojito, piojito! y muchos otros.

La lora, impertérrita. El maestro insistente. Sus compañeros de dotación..., ¡riendo a caquinos!

—Es la única lora muda que he conocido.

—¡Cállate la boca!, ya aprenderá...

—Sí, claro..., ¡cuando San Juan baje el dedo!

Día tras día continuaron las burlas. Irigoyen seguía en sus cuatro, erre que erre en pretender que el animalito le llamara por su apellido. La lora, tenaz y silente.

Pero Dios premia a los persistentes, aunque en este caso..., bueno continúo con la historia —que le "colgaron" a ojos vistas, al empecinado profesor— para no dilatar esta anécdota.

Una de esas mañanas, en los primeros años de la década que comenzara en 1950, el mar amaneció de malas pulgas, el horizonte encapotado y el viento frescachón. Las olas elevaban al remolcador más de lo debido, y entre estrepada y estrepada sucedíanse fuertes estrechonazos.

Mientras tanto la popa, sujeta por la tracción que ejercía sobre ella el remolque, en diversas oportunidades obedeció más al peso de la catenaria que a sus deseos de remontar las crestas. Como consecuencia el mar hizo de las suyas, barriendo la cubierta con sus golpes y desatando una atmósfera de chillidos simiescos que se confundían con la jerga aprendida por las aves prensoras. Demás estaría decir que la única de éstas que parecía preocupada pero serena, era la lora de Irigoyen: ¡ni este pico es mío!

De pronto, una ola fatídica y más alta que las otras, rompiendo la filástica que había usado el supradicho para asegurar la jaula de su favorita, arrojóla al seno del Pacífico en un santiamén.

Y contaban los tripulantes que mientras el cariancontecido Irigoyen, contemplando impotente a su lora que aún flotaba sobre la estela del **Olaya,** renegaba de su mala suerte por no haber llegado a tiempo para salvarla y continuar la enseñanza emprendida, el asustado animalito, trepándose entre los alambres de la jaula y procurando hacer visible su mohina cabecita, gritaba con voz que penetraba al viento y llegaba clarísima hasta el remolcador:



**¡Irigoyen!, ¡Irigoyen!, ¡Irigoyen!**
**¡Irigoyeeeeeeeeen!**

---

# SIEMPRE EL CUATRO

A mediados de la década que comenzara en 1950, el Agregado Naval a la Embajada de Brasil en el Perú era un distinguido y amabilísimo Capitán de Fragata, buen amigo y mejor conversador: José Luis Páes Léme, se llamaba.

Con motivo de tener cuatro nombres y apellidos conformados por cuatro letras cada uno, nos relató, en cierta ocasión, que sus compañeros cariocas le apodaban **"Cuatro-Cuatro"** y que él acostumbrado a tal apelativo y orgulloso de su originalidad, había adoptado el número cuatro como cabalístico y trascendental en su vida. A punto tal había llegado su auto-sugestión, que hasta creo que sólo pensaba tener cuatro hijos, heredar cuatro millones de contos y cuadruplicar sus posibilidades de llegar a Almirante.

Podrá suponerse que, razonando de esta manera, en más de una oportunidad se atrevió a hacerle bromas a su esposa delante nuestro, diciéndole que también tenía planeado el casarse cuatro veces.

Normalmente recibía como contestación, cuatro cariñosos puntapies o cuatro carterazos.

Pero su sentido del humor llegó a la cúspide cuando nos narró una supuesta anécdota relacionada con el número de marras:

Decía que cierto 4 de abril (cuarto mes del año), habíase despertado a las cuatro de la madrugada, y sin saber por qué, en vez de contar ovejas para volver a dormirse se puso a pensar en su cábala: el cuatro.

Por ese entonces —y hasta ahora sigue la racha—, el "turf" estaba en su punto y los dividendos que pagaban los caballos ganadores eran bastante apreciables en general. Resolvió concurrir al hipódromo y calculó su tiempo de manera tal, que llegó a las cuatro en punto de la tarde, justamente antes de la cuarta carrera.

Hizo una apuesta subida: cuatro mil soles, al caballo número cuatro.

Y el caballo número cuatro..., ¡llegó cuarto!



# UN DISCURSO DE ROMANOS

En el año de 1950 y siendo comandante de la fragata B.A.P. **Gálvez,** D. Julio Giannotti Landa, los cadetes de nuestra Escuela hicieron el papel de tripulantes a bordo, reemplazando a éstos y dotando el buque tanto en ingeniería como en cubierta, con el fin de realizar sus prácticas de crucero de verano a lo largo del litoral.

La **Manta Blanca** como se ha dado en llamarles —dentro del medio civil, por supuesto— cuando efectúan desembarcos en nutridos grupos, uniformados con alba ropa de verano y dispuestos a entablar amistades con cuanta niña en edad de merecer haya en los puertos que visitan, irrumpió esta vez en Chimbote y dejó resentido a más de un enamorado o novio con su adorada contraparte, debido a que la novedad de flirtear con un marino atrae un tanto a las faldas e inunda los salones, sobre todo cuando hay orquesta contratada y baile de por medio.

Y por descontado que, después de una navegación de varios días, la galantería innata de nuestros cadetes navales acapara casi todo el elemento femenino disponible, invadiendo la plaza y dejando a los Romeos que usan corbata y camisa planchada especialmente para la ocasión, con un palmo de narices como se acostumbra a decir. De allí el apelativo de **Manta Blanca.**

En esta oportunidad se trataba de un cocktail y un almuerzo ofrecido por la aristocracia chimbotana en el hotel "Chimú". La Sociedad Nacional de Pesquería —que tenía y tiene actualmente

una importante representación en dicho lugar, puerto pesquero y grandemente industrializado gracias a la explotación de nuestra riqueza ictiológica— se había "abierto en quinta" y financiado "a lo grande" la fiesta aquella. Bocadillos, aperitivos, whisky y suculentos platos fueron la delicia de todos. Alguien tenía que agradecer —en nombre de la Armada Peruana— tanta gentileza.

Y ese alguien tuvo que ser, obligadamente y por razones de su cargo, el Comandante General de la Escuadra, Contralmirante D. Jorge Arbulú Gamarra, quien tenía bajo sus órdenes —incluyendo a la fragata **Gálvez**— a varios buques surtos en la rada.

Inmediatamente después del ofrecimiento, hecho por no sé quien y no sé cómo (porque la bebida había sido copiosa), nuestro protagonista tuvo que tomar la palabra. Comenzó así:

> "En los tiempos de la antigua Roma..., cuando los cristianos eran perseguidos por los Emperadores Monstruos y se les enviaba al Coliseo para ser pasto de las fieras...

—¡Qué tendrá que ver esto con el ágape!, pensó más de uno de los presentes. Le miraron detenidamente para ver si trastabillaba o se había vuelto loco. El, impertérrito, prosiguió:

> "Un cristiano fue introducido en el circo; inerme como estaba, soltáronle un hambriento león. La fiera, de inmediato, corrió rugiendo hacia el mártir. Llegada hasta él, se detuvo momentáneamente lista a propinarle el primer zarpazo...
>
> Mas el cristiano, haciendo de tripas corazón, acercóse al rey de la selva y le susurró unas palabras al oído. El león comenzó a retroceder y terminó por retirarse a su cubil sin hacerle daño alguno.

Asombrado el emperador, envió por el mártir y le prometió salvarle la vida si le revelaba la cábala:

—¿Qué palabras mágicas empleaste?, le preguntó.

—¡Ave César! —respondióle el cristiano—, le dije que si me devoraba..., ¡iba a tener que pronunciar un discurso...!".

Una carcajada general acogió la salida del Almirante. Acabó diciéndoles:

—Señores: ahora estoy yo como el león del cuento, con la diferencia que —por imprudente— ¡me he tragado al cristiano!— Añadió sus agradecimientos y quedó muy bien.

Por descontado que se aplaudió mucho este "Discurso de Romanos".



# CUESTION DE PUNTOS DE VISTA

Durante el primer lustro de la década que comenzara en 1950, después de una simpática fiesta que entre Pimentel y Chiclayo ofreciera a la oficialidad de la Escuadra —que se encontraba en crucero de verano— un distinguido vecino de la localidad, el Sr. Gómez Sánchez, dos jefes muy amigos, submarinista el uno y antisubmarinista el otro, protagonizaron una real y graciosa anécdota.

Durante el ágape, alegre como todo lo norteño, se había comido y bebido en abundancia. El cansancio natural que trae el baile y el entusiasmo desplegado, hacían mortificante el tener que tomar la lancha para dirigirse a bordo. Juzgando sabiamente la situación, los esposos Gómez Sánchez invitaron a los dos jefes más caracterizados, D. Juan F. Torres Matos y D. Carlos Monge Gordillo, a pasar la noche en su casa y ocupar el cuarto de huéspedes.

Debo aclarar, llegado a este punto de mi relato, que por ese entonces el primero de los nombrados era Comandante de la División de Destroyers, siendo el segundo de los mismos, Comandante de la División de Submarinos.

Un poco de insistencia de parte del anfitrión y de su distinguida esposa, Sra. Carmela Mazuré de Gómez Sánchez, fue suficiente para que ambos aceptaran la gentil invitación y cayeran —sin mayores discusiones— en los brazos de Morfeo. El cuarto de huéspedes era cómodo y estaba provisto de amplias ventanas.

No habrían pasado dos horas, cuando el comandante Torres Matos se despertó; desorientado por encontrarse nó a bordo de un destructor sino en sitio distinto, restregándose los ojos y mirando con detención a las ventanas, exclamó:

—¡Qué raro es esto! Carlos —díjole a Monge, al tiempo que le despertaba—, ¿te has fijado que las lumbreras del buque parecen cuadradas?

Su interlocutor, después de dar un par de vueltas en la cama y medio somnoliento aún, con la serena convicción de quien disipa un manifiesto error, respondióle:

—¡Pero Pancho. . .!, ¿desde cuándo crees tú que los submarinos tienen lumbreras?





# CHULLA CHAQUIS

Corría el año de 1952 cuando el B.A.P. **Amazonas** —cañonera de nuestra Fuerza Fluvial, comandada en ese entonces por el autor de este libro— fuera enviada hasta la boca del río Cononaco, afluente del Curaray, en misión de vigilancia de nuestra frontera.

Acababa de producirse un incidente entre tropas peruanas y ecuatorianas, cuando un grupo de soldados del país norteño incursionó en nuestras aguas, violando límites abiertamente al ingresar a un territorio que no era el suyo. La embarcación en que se hallaban zozobró durante el mutuo tiroteo entablado, teniendo los sorprendidos náufragos que ganar la ribera opuesta a nado. Como entre dicho lugar y las guarniciones ecuatorianas más próximas —Puyo y Villanes— existía un largo trecho y había que atravesar la selva virgen para llegar hasta ellas, demoraron de diez a doce días en hacerlo. Esta tardanza dio pábulo a falsas noticias que la prensa de nuestros vecinos se encargó de propalar a los cuatro vientos, alegando que los peruanos habían masacrado a sus hombres abusivamente.

Quedaron mal parados, por supuesto, cuando el grupo arribó por tierra a las ya citadas guarniciones, obligándoles a destruir la antojadiza y falaz versión que había elaborado su fantasía tropical.

Cumplida la misión que nos llevara hasta la frontera y apaciguados los ánimos momentáneamente, olvidóse el incidente desde que, con posterioridad, una comisión de representantes de

los Países Garantes del Protocolo de Río de Janeiro signado en 1942 —Argentina, Brasil, Estados Unidos de Norteamérica y Chile— lo estudiaría con detenimiento en el lugar de los hechos y establecería la verdad.

La cañonera inició su viaje de regreso hasta el puerto de Iquitos, siguiendo el curso del río Curaray para luego entrar al Napo y, posteriormente, al imponente Amazonas. Lo hacíamos estando escasos de víveres frescos y carne, tanto por la falta de lugares en que poder aprovisionarnos como debido a que las cámaras frigoríficas del buque trabajaban con algunas deficiencias.

Los Oficiales de Mar de Primera, Víctor Flores Sánchez y Antonio Soregui Dávila —artillero y práctico fluvial de la dotación, respectivamente—, me pidieron autorización para internarse en la selva comandando dos diferentes grupos de "mitayeros" (cazadores), con el fin de cobrar algunas piezas y abastecernos de carne. Sabiéndolos expertos en estos menesteres, atraqué el buque a la ribera y procedieron en consecuencia. Iban provistos de armas de fuego, llevando también machetes afilados para abrir trochas en el monte.

Conocido de todos es que, en la selva peruana, existen arraigadas aún diferentes supersticiones a cuál más curiosa. Una de ellas es la que se refiere a los llamados "chulla-chaquis", especie de seres fabulosos mitad hombres mitad demonios, capaces de adoptar a voluntad la figura física de cualquier pariente o amigo y atraer al "mitayero" hasta perderle en la maraña, con los siniestros propósitos de asesinarle, beber su sangre, convertirle en colega infernal o cosas por el estilo. Se les reconoce, sin embargo, porque tienen los pies diferentes en tamaño y torcidos. De aquí el apelativo quechua de "chulla-chaquis" (chulla: diferente; chaqui: pies).

Transcurridas unas horas, ambos grupos regresaron a bor-

do casi simultáneamente. Portaban algunas piezas. Recuerdo que trajeron una "sacha-vaca" (tapir o anta), dos "paujiles" (pavos montaraces), una "pinsha" (tucán) y algunas aves más. Entre disparo y disparo, mientras trozaban lianas y arbustos dejando marcas para reconocer el camino de regreso, se habían encontrado en el interior de la selva, y después de establecer contacto guiados por los estampidos, emprendieron la caminata para volver al buque.

Embarcados nuevamente, iniciáronse a bordo los obligados comentarios sobre las incidencias por las que pasaron ambos grupos de "mitayeros" mientras cazaban en plena selva. Uno de los jefes, Antonio Soregui Dávila, era el más apegado a las tendencias supersticiosas regnícolas. El otro, Víctor Flores Sánchez, mucho más escéptico e incrédulo, comenzó a burlársele en plenas barbas. . .

—¿Cuál es el motivo de tanta chacota?, le pregunté.

—Mi comandante —respondióme el interrogado ahogándose de la risa—, cuando nos encontramos casualmente guiados por el ruido de los disparos, Soregui se topó de manos a boca conmigo. Durante todo el tiempo que estuvimos conversando, no dejó de mostrarse desconfiado ni de mirarme insistentemente los pies.

—¿Y por qué lo hacía?, inquirí.

—Porque, señor, —y allí se le escapó incontroladamente una carcajada—, ¡quería estar seguro de que yo no era un "chulla-chaqui"!



JOSE VALDIZAN GAMIO

# TELEGRAMAS Y COCODRILOS

Durante casi dos años y medio, desde 1952 hasta mediados de 1954, el autor de este libro prestó servicios en la Fuerza Fluvial del Amazonas ostentando el grado de Capitán de Corbeta, habiendo comandado durante este tiempo los B.A.P. **Amazonas** y **Ucayali** y navegando intensamente por diversos ríos de la Hoya en diferentes oportunidades.

Como bagaje de tal permanencia en la selva, traje múltiples recuerdos de mi estada, algunas curiosas experiencias y un recetario casero sobre las propiedades medicinales de distintas plantas en que es tan rica la farmacopea regional. Punto de interés lo constituía la corteza del "cocobolo", porque parecía haber sido hecha por Dios para curar los más recios dolores reumáticos.

Durísima y de gran peso, parece que se encuentra más en las riberas del Napo que en cualquier otro afluente del majestuoso Amazonas. Hecha astillas y en infusión de alcohol, produce una especie de licor fuerte, áspero al gusto y ligeramente amargo, el que bebido en tres pequeñas dosis diarias erradica al reumatismo como por ensalmo.

En cierta ocasión, encontrándose mi madre afectada por dicha dolencia, resolví solicitar por telegrama un envío de la expresada corteza. Aprovechando la oportunidad de que un ex-tripulante mío —quien habiendo pasado sus vacaciones en Lima, acababa de retornar a Iquitos e íbame a mandar algunos pequeños encargos—, decidí, a última hora, adicionarle el pedido de "cocobolo". Como ya se encontraba en su ciudad natal, el telegrama se le trasmitió más o menos en los términos siguientes:

Icomédes Montalván.— Iquitos
"Agradeceré incluirme además **cocobolo.**— Va giro postal".

Saludos

Comandante Valdizán

Al cabo de unos pocos días recibí una contestación que me hizo pensar dos veces en si yo me encontraba en mis cabales. Supuse que era un error del recepcionista de telegramas, de la máquina de escribir o de interpretación, en última instancia. Su texto aproximado era el que indico:

Comandante Valdizán. —Escuela Naval.— La Punta.
"Envíole encargo con Maestro Mengano.— Agradeceré recoger **cocodrilo** en Corpac".

Respetuosos saludos

Montalván

Aquello sucedía exactamente en 1956, año en que me desempeñaba como Jefe de Estudios en la Escuela. Por encontrarme ese día de servicio, envié a un oficial de mar a recoger el "encargo". Fue realmente sorprendente verle llegar de regreso portando un pequeño paquete y . . ., ¡una jaula con un lagarto blanco en su interior!

¿Qué me haría yo con aquel "cocobolo", que había sido confundido con un "cocodrilo"?. Pretendí regalarlo como mascota a los cadetes y no fue aceptado. Felizmente mi amigo, el Capitán de Corbeta Juan Velarde de Vivero, entusiasmado con la novedad me lo pidió. Por descontado que se vio servido en sus deseos.

No pasó un día sin que su esposa, inquieta y asustada por la "novedad" que pregonaba su marido, no la interpretase como él y se negara a seguir albergando a tan raro huésped en su casa.

El lagartito terminó siendo obsequiado al Jardín Zoológico que por ese entonces se iniciaba en el balneario de Barranco.

¡Cosas del telégrafo, lector! ¿No te parece?

---

# EXPLOSION EPISTOLAR

¡Pámpanos y repámpanos con el problemita que trae aparejado esta anécdota!— La narraré con toda discreción, como conviene, porque se trata de una carta explosiva.

El caso fue que durante el presente siglo y en cierta ocasión —cuya fecha no debo precisar por razones obvias—, un jefe de nuestra Armada de nombre que omito intencionalmente, se encontraba en determinado puerto norteamericano desempeñando una comisión del servicio, larga, tediosa, monótona y aburrida.

En forma circunstancial conoció a Jean, una guapa y agradable ciudadana del país del Tío Sam, cuya amistad le vino de perlas. . ., ¡es necesario comprender a los marinos, de cuando en vez!

Lo inconveniente del caso era que nuestra protagonista vivía algo alejada del puerto en que se hallaba el buque de su amigo, circunstancia que atentaba contra el bolsillo de éste y le restaba algunos dólares más de la cuenta para cubrir el renglón de su movilidad. Asimismo, Jean era damisela de refinados gustos, incapaz de sentarse ante el mostrador de una droguería y embutirse un "club-sandwich" junto con un "milk-shake" a manera de cena, pero decidida, eso sí, a ser invitada a un restaurante de cierto lujo o a sistemáticas idas al teatro, demostraciones de un espíritu selectivo que resultaba oneroso para el bolsillo de su provisional anfitrión. Dicho en otras palabras: Jean era una amiga bonita y agradable, pero. . . cara.

Había otra circunstancia mortificante dentro de todo este embrollo: nuestro oficial de marina era casado. Pero..., ¿acaso está prohibido conversar, bailar o cenar con una simpática compañera cuando la abulia se apodera de uno?. En el Perú quizás se vea mal y no se comprenda. En Norteamérica, decididamente nó. El se hallaba en los Estados Unidos y... ¡punto en boca!— Lo malo es que nuestro héroe se olvidó de esto último y fue indiscreto. Resolvió escribirle a un amigo para contarle sus peripecias y vicisitudes. Por otro lado, y según su inveterada costumbre, confeccionó también una carta para su esposa, enviándole realmente su tierno y verdadero cariño y rogándola preocuparse porque le mandaran su sueldo.

Terminadas que fueron ambas epístolas, cerró los respectivos sobres, púsoles las estampillas del caso y... ¡a volar hasta el Perú!

Cuando ambos destinatarios abrieron las cartas para leerlas..., ¡se produjo la explosión que motiva el título de esta anécdota! — La que iba dirigida a su amigo, comenzaba así:

Lugar y fecha.

"Amor mío:
Recibí tu última hace tantos días..., etc.".

En cambio, la epístola que le tocó en suerte a su señora, rezaba más o menos como sigue:

Lugar y fecha.

"Querido amigo:

Entre las novedades que tengo para contarte, te diré que Jean...".

Entonces fue cuando se armó ¡la de Dios es Cristo!, puesto que nuestro protagonista, preocupado quizás con todos los pro-

blemas de a bordo; apurado tal vez y no queriendo perder la oportunidad de utilizar al cartero. . ., ¡había confundido los sobres!

Y en realidad la segunda carta resultó explosiva, porque causó lagrimeos y soponcios así como decisiones apresuradas sobre supuestas culpas y las consecuencias a que se había hecho acreedor.

Felizmente, el tiempo y la reflexión —que desfacen entuertos y aminoran agravios—, permitieron que la inteligente y dulce comprensión de su esposa entendiera la situación y le perdonase la calaverada.

Y, ¡colorín colorado, la explosión ha terminado!



# UN PRACTICO IGNORADO

En cierto transporte de nuestra Armada de cuyo nombre no me acuerdo (esto suena parecido a las primeras líneas de "El Ingenioso Hidalgo, don Quijote de la Mancha"), había un viejo contramaestre de los de hablar aserranado, vaivén marinero en el andar y rostro de autóctono indígena peruano. Mas de una comisión al extranjero había desempeñado durante sus innúmeros años de servicio, ya en viajes hasta los Estados Unidos ya a Europa —y en especial, a Inglaterra—, razones por las cuales era creencia común a bordo que si nó se expresaba fluidamente en el idioma de Shakespeare, cuando menos lo entendía a la perfección.

Aquel día le tocaba al buque navegar por el río Misisipi. De consiguiente el práctico norteamericano acababa de embarcarse y subir al puente de mando, para asesorar al capitán durante su viaje a lo largo de la indicada arteria fluvial.

Como es lo aconsejable en casos de esta naturaleza, púsose de timonel al hombre que más experiencia tenía en el gobierno del buque: le tocó en suerte a nuestro viejo contramaestre.

Puestas en marcha las máquinas, el oficial de guardia hízose cargo del telégrafo de órdenes, comenzando a trasmitirlas al Departamento de Ingeniería a medida el práctico lo solicitaba. En lo referente a disposiciones sobre ángulos de timón, se dejó toda la labor al contramaestre confiándose en su reconocida experiencia en dichos menesteres.

—¡Both engines ahead two thirds!

Los telégrafos fueron colocados de manera que sus punteros indicasen dos tercios de velocidad hacia adelante.

—¡Left, ten degrees rudder!

El contramaestre obedeció maniobrando la caña del timón.

Las órdenes del práctico se sucedieron durante algo más de una hora. El buque seguía su rumbo sin ningún tropiezo.

—¡Steady as you go!

El timonel, sin contestación alguna, gobernaba magníficamente manteniendo al buque casi por el mismo centro del río. —¡Qué acertado anduve al ponerle en la caña!, pensó el comandante.

Y el tiempo seguía transcurriendo. Ninguna complicación o malentendido. Todo perfecto.

—¡Godo, very good!, apreció el práctico en alta voz.

El oficial de guardia dibujó una sonrisa de satisfacción que le llegaba de oreja a oreja.

De improviso el contramaestre hízole una disimulada seña, como si le quisiese hablar. Comprendiéndola, se le acercó con toda circunspección.

—¿Me querías decir algo?, interrogóle.

—Sí me tiniente: isti grengo parici loco, ¡hace ratu qui habla y habla in inglís y. . ., no si da cointa di qui nadies li hace caso!, ¿ostí li intiendes lu qui dice?

---

# LA P.I.P CONTRA LA P.A.P

Conocido de todos es que la sigla P.I.P. representa algo así como la "Scotland Yard" del Perú o la "Sureté" de nuestra tierra incaica, en lo referente a la investigación de delitos y apresamiento de delincuentes.

La P.A.P. en cambio —su rival en esta anécdota— no debe ser confundida con otra sigla homónima pero de sexo masculino, la misma que nada tiene que ver con ella. Resulta que, subjetivamente, he aplicado las iniciales para darle sabor de estampido al título y hacerlo más sugestivo.

La P.A.P. debe, pues, interpretarse como "Policía Ayahuasquera Peruana", sin que existan equivocaciones al respecto. Como parece un poco rara y fuera de lo común tal designación, mejor la explico mediante el sucedido verídico que paso a relatar:

Allá por el año de 1954 el autor comandaba la cañonera **Ucayali,** perteneciente a la Fuerza Fluvial del Amazonas. Dicho buque, recientemente llegado de Inglaterra y construído en astilleros británicos, fue provisto, para cruzar el Atlántico, de un hermoso cronómetro destinado a emplearse durante la navegación de altura. Llegado a Iquitos —y como en los ríos amazónicos no hay otro camino que seguir que el de sus cauces, surcándolos o bajándolos— el reloj de marras no servía para otra cosa que no fuera dar la hora con la máxima exactitud. Se le cuidaba, se le daba cuerda religiosamente, se llevaba el registro de su movimiento y... nada más.

Un buen día, al abrir su caja de caoba, el contramaestre encargado se dio con la sorpresa de que el cronómetro ¡había desaparecido!

Habiéndoseme notificado la pérdida, dí parte a mi superior inmediato, el contralmirante D. Eloy Burga Tejada, y nos pusimos a investigar su paradero. Averiguaciones fueron y tornaron, preguntas se hicieron a destajo, pero, al fin de cuentas, ¡se había hecho humo por arte de birlibirloque!

Por consejo del Comandante General ya citado, recurrimos a la Policía local sin éxito alguno. Tuvimos que pensar luego en la P.I.P., que como ya anoté es la "Policía de Investigaciones del Perú", la que con detectives, interrogatorios, bombos y matracas, tampoco pudo hacer nada.

Ya las cosas se iban poniendo "color de hormiga" para mí que, como responsable directo por ser el comandante del buque, tuve que comenzar a pensar en préstamos de dinero, letras bancarias y ¡sabe Dios cuántas cosas más!, desde que el cronómetro debía ser restituído. Había pues que comprar uno igual, pero mis economías andaban "a tres dobles y un repique" y mis preocupaciones seguían ahondándose.

Aquí debo hacer una pequeña explicación necesaria. Durante los casi dos años y medio que permanecí sirviendo en la Fuerza Fluvial del Amazonas, me había picado el mosquito de la averiguación acerca de las múltiples y curiosísimas prácticas y creencias regnícolas. A través de todas las indagaciones que practiqué —con el objeto de escribir sobre ellas— llegué a determinadas conclusiones. Citaré solamente las dos que, de manera especial, me sirvieron: superstición arraigada en muchas de sus gentes, y creencia absoluta en las virtudes casi sobrenaturales del "Ayahuasca" como pócima brujeril.

En nuestra Selva, por ejemplo, hay individuos que están convencidos de la existencia de los "yacurunas" (hombres subacuos), quienes vivirían y morarían en las profundidades de los ríos. Se cree en las "pusangas", como artes para atraerse los favores de la mujer amada y hacerla rendir la plaza antes de que otorgue su permiso el señor cura o el alcalde. Se considera inobjetable la presencia del "Chulla-Chaqui" (demonio del monte), a quien se le reconoce —pese a que puede asumir la figura de un amigo o pariente— porque tiene los "pies diferentes" (distintos en forma y revertidos), y, en fin. . ., ¡sería la de nunca acabar!

"Aya" significa "muerto" o "difunto", y "huasca" soga. El bebedizo denominado "Aya-huasca" (infusión de cortezas del árbol así denominado, mezcladas con las del "Yaje" o "Chacruna"), posee —según se cree a pie juntillas— la propiedad de causar visiones a quien lo ingiere, permitiéndole averiguar ¡cosa misteriosa!, **quién** le ha substraído cualesquiera de sus pertenencias y **dónde** la tiene escondida.

Dada la explicación, a las naranjas me remito: cierto día en que yo, preocupado con mi problema paseaba por la cubierta del buque, el Maestro más caracterizado se me acercó para hacerme una sugerencia. Con la mejor de sus intenciones, y viendo que tanto la Policía como la P.I.P. habían fracasado en hallar el cronómetro, ¡me insinuó que consultásemos el caso con un brujo "Ayahuasquero"!

Como oficial de marina no era dable que yo asumiera tal papel ante mis tripulantes. Como hombre convencido de que en nuestra Selva existen arraigadas ciertas supersticiones. . ., ¡esas eran otras quinientas!

Retruqué su propuesta diciéndole —que como "cosa suya"—, reuniese a los tripulantes y les dijera que el comandante estaba "casi persuadido" de hacerlo.

Siguió mis indicaciones al pie de la letra. Esa noche, encontrándome en tierra, terminaba de cenar en la Cámara de Oficiales que teníamos en la calle "Sargento Lores" de Iquitos, cuando una llamada telefónica me trajo la mejor de las noticias:

Al amparo de la obscuridad, una canoa habíase acercado a la cañonera (cuyo bordo es muy bajo), con el fin de depositar determinado envoltorio sobre su cubierta y tomar las de Villadiego. La guardia, atenta, enfocó de inmediato a los subrepticios visitantes con el proyector que teníamos a bordo: ¡eran dos marineros recientemente enrolados, los mismos que fueron reconocidos! Abierto el fardo que dejaron. . . , ¡tenía intacto el cronómetro en su interior!

De aquí el por qué del título tan raro de esta anécdota.

No puede negarse que en el presente caso, la P.A.P. pudo más que la P.I.P.

Con lo que pongo remate y contera a esta anécdota típica de nuestra Selva, como relato verísimo de lo que me sucedió en Iquitos allá por el año de 1954.



# EXPLICACION LACRIMOGENA

Cuando el Capitán de Fragata (R) de nuestra Armada, D. Miguel Colina Marie, era cadete de la Escuela Naval del Perú, siempre se distinguió como un excelente alumno, estudioso, serio y de reconocida capacidad intelectual. Era el primero de su promoción y poseía —entre otras condiciones— la de ser un habilísimo matemático.

Como toda persona dedicada a cálculos y especulaciones numéricas tenía otra cualidad: la de enfrascarse en sus pensamientos, a punto tal, que solamente llegaba a existir para él la solución que buscaba. Todo lo demás desaparecía de su mente por arte de birlibirloque, ante la prepoderancia de su concentración mental y la necesidad de resolver el problema que entre manos tenía. Así era Colina Marie allá por el año de 1948, cuando ejercía el mando de la Compañía respectiva con el bien ganado rango de Cadete Teniente Primero.

Durante una fría tarde del mes de agosto, nuestro protagonista recibió la orden de dar una "academia" (explicación, es la palabra que corresponde en este caso) a un numeroso grupo de nuevos alumnos, sobre el uso y propiedades de las llamadas "bombas lacrimógenas". Llegada la hora, reunió a los cadetes designados —y como eran muchos más de los que pensaba—, resolvió no dar su charla en un recinto cerrado sino al aire libre.

Recibido el informe de que la audiencia estaba completa, para mayor facilidad y que todos le oyeran sin perder sílaba ni

palabra, les acomodó en círculo y se colocó al centro del grupo. Comenzó de inmediato:

—"Como ustedes saben, las bombas lacrimógenas son artificios explosivos que tienen por objeto provocar la irritación ocular y producir abundante lagrimeo, a la par que una sensación pasajera de pérdida de la visión, tos persistente y otros síntomas desagradables al explotar".

—"¿Son peligrosas, cadete?", se atrevió a preguntar uno de los novatos aquellos.

—"En términos generales puede decirse que nó, salvo que exploten muy cerca de las retinas. Aquí tienen una, por ejemplo, (y tomándola entre sus manos, Colina comenzó a concentrarse peligrosamente en el tema). Sus partes principales son: empezó a enumerarlas...

—"¿Cuál es su uso más corriente?", inquirió uno de los presentes.

—"Podría decirse que el más generalizado, es para controlar desórdenes", contestóle el interrogado. "La Policía, al hacerlas explotar en las cercanías de un grupo de huelguistas..."

—Perdone, cadete, pero si ahora se le cayera... ¿explotaría?", se atrevió a preguntar otro.

—"Definidamente, nó —contestóle Colina—, porque este tipo de artefactos explosivos tiene un seguro. Este pasador que ustedes ven aquí lo gobierna (y de inmediato se enfrascó en darles una detenida explicación sobre el mecanismo de marras).

Puso tanta atención en lo que decía y tanto interés en llegar a su audiencia, que el resto del mundo desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Concentrado solamente en la bomba y el famoso seguro, olvidóse de todo lo demás para terminar diciéndoles:

—"Por eso les recomiendo que, a menos que haya llegado el momento de lanzarla, no se les vaya a ocurrir extraer el pasador de seguridad, pues si hacen así —y en dicho instante unió la acción a la palabra— no pasarán ni cinco segundos bien contados hasta que la bomba explo. . ."

**— ¡Pum! —**

El artefacto se encargó de terminar la frase. Quien relató esta anécdota —puesto que la he pergeñado para narrarla a mi modo—, se permitió añadir:

—"Yo vi cómo quedaron el conferenciante y los neófitos..., ¡ahora no vayan a salirme con eso de que los hombres no lloran!".



# EL DESEO DE SENTIRSE IMPORTANTE

Lin Yutang, el escritor y filósofo chino nacido en 1895 que escribiera —entre otras muchas obras— "Una Hoja en la Tormenta" y "La Importancia de Vivir", trata en la última de las citadas sobre el afán, innato en el hombre, de superestimar su propia valía. La siguiente anécdota constituye un caso típico. La narraré tal como sucedió:

Exámenes para ascensos de Cabos y Marineros en la Escuela Naval del Perú. Transcurría el año de 1956 y el autor, con el grado de Capitán de Corbeta, presidía el respectivo Jurado. Hicimos llamar a uno de los postulantes:

—¿Clase y nombre?

—Marinero de Primera, Juan Pérez, mi comandante.

—¿Especialidad?

—Maquinista, señor.

Uno de los miembros del Jurado —no recuerdo si fue el Teniente Forcelledo o Runciman— comenzó a interrogarle sobre generalidades de su rama: el tripulante poco menos que en la Luna: ¡ni ataba ni desataba!

Intempestivamente surgió la voz del oficial que actuaba como secretario y que examinaba las listas nominales de los postulantes:

—Mi comandante, aquí hay un error: este hombre es Maquinista, pero en la relación que tengo aparece como Asistente, es decir Mayordomo.

Tuve que dirigirme al tripulante para certificar su especialidad y estar seguro de ella:

—Nuevamente, ¿dijiste que eras Maquinista?

—Sí, mi comandante.

—¿Cuál es tu puesto en la Escuela?, ¿En qué trabajas?

—Pues, en una máquina.

—Así lo dijiste, ¿pero en cuál?

—¡En la máquina de lavar platos!, en la Cocina de Cadetes, mi comandante.



# EL PAVO DEL ALMIRANTE

De los propios labios del contralmirante, Emilio Barrón Sánchez, escuché esta anécdota que le ocurrió allá por el año de 1956 aproximadamente. Por ello es que me atrevo a relatarla.

En esa época, poco más o menos, había sido elegido Presidente de la Junta Directiva del Centro Naval del Perú, sede social de las actividades de este tipo en nuestra Marina de Guerra.

Me contaba que durante su ejercicio —sin que recuerde yo la fecha ni el motivo—, cierto día se dio un cocktail al que concurrieron numerosas personas, incluyendo invitados civiles y miembros de las planas mayores de los otros institutos militares, así como diversos Agregados Navales extranjeros.

El ágape resultó muy lucido y, como siempre acontece en los intervalos, en determinado momento nuestro protagonista pidió excusas a los componentes del grupo que con él conversaban para dirigirse al lavabo. Lo halló congestionado de visitantes.

Mientras aguardaba su turno, alguien de los presentes le preguntó por la hora. Recién fue cuando dióse cuenta de que había olvidado su reloj de oro en la casa —y haciendo memoria sobre el asunto— comentó en voz alta con su interlocutor sobre su descuido:

—¿No lo habrá perdido, almirante?

—De ninguna manera. Lo trato como a "la niña de mis ojos", porque es muy fino. Ahora que recuerdo, Sí..., ¡eso es!, al comenzar a afeitarme esta mañana lo he dejado sobre la repisa del baño.

Abandonado que fue el lugar en cuyo frontis luce la palabra "Caballeros", continuó la tertulia hasta que se retiró el último invitado. Luego, el almirante se dirigió a su automóvil y arrumbó hacia Miraflores.

Llegado a su domicilio, colgó la gorra, besó a su esposa —y al notarle cara de sorpresa— no pudo menos que interrogarla:

—¿Qué acontece Dña. Gloria?, díjole en tono burlón.

—Cómo..., ¿y tus invitados?— Ya el pavo está listo, acabado de hornear.

—¿Qué pavo?

—El que me enviaste con la persona que vino a recoger tu reloj...

¡Tragedia inesperada!— Durante la demora natural del cocktail, alguien había acudido a la casa portando un hermoso y bien engordado pavo. Explicándole a la señora que lo mandaba el almirante, para "fortificar" el almuerzo y atender a dos o tres amigos invitados por él, dióle también el encargo de que le remitiese su reloj pulsera que había dejado sobre la repisa del baño...

Indignado por la "tomadura de pelo", nuestro protagonista se dirigió de inmediato a la comisaría más cercana, para asentar una denuncia en regla. Previamente se informó a conciencia sobre las características físicas del ladrón, el color de su traje, corbata y otros detalles. Todos sabemos que las damas son muy observadoras: los obtuvo.

---

Y aquí creo que acabó la anécdota. Sin embargo... (no recuerdo verdaderamente si el propio almirante me lo dijo o si resultó un "añadido", de esos que la gente gusta hacer, para completar el relato a su gusto y humor), dijeron que alguien estaba esperando en la esquina su posible reacción y su salida inmediata hacia la comisaría.

Y ese alguien —cómplice del portador del pavo, por supuesto, pero con apariencia de miembro de la P.I.P.—, presentóse a tocar el timbre nuevamente. Especularé para imaginar:

—¿La señora del almirante Barrón?

—Sí señor, ¿qué se le ofrece?

—Soy el investigador fulano de tal, señora. El almirante acaba de hacer una denuncia respecto del robo de su reloj. Estamos sobre la pista y tenemos al individuo. El comisario me envía para que lleve el "corpus delicti" y para que el preso no pueda negar su falta. Si no le es molestoso, ¿podría disponer que el mayordomo lo pusiese dentro de esta bolsa que he traído para ello?

—Le ruego que me disculpe, porque bastantes mortificaciones he tenido hoy. Lo mandaré llamar para que él arregle este asunto.

—Comprendo, señora. Muchas gracias y ¡buenas tardes!

—¡Buenas tardes!

Repito que quizás esta última parte del hecho anecdótico puede ser un "añadido" novelesco. No obstante, como resulta sabroso por el humorismo y la "viveza criolla" que encierra, pese a haber intentado descartarlo no he podido resistir la tentación de incluirlo, previa explicación sobre su dudosa veracidad, por supuesto.

De todas maneras —reloj por pavo, o ambos en el peor de los casos—, definieron claramente una modalidad de robo peculiarísima en nuestro medio y muy propia de tantos "cacos avivados" que abundan por estos lares.

Y el primero, con toda seguridad, le fue birlado al contralmirante Barrón de manera tal que, valgan verdades, resultó ingeniosa aunque mortificante para el damnificado directo.

---

# REVANCHA ONOMATOPEYICA

Día de bromas. En ocasiones, y cuando las cosas marchan bien, el optimismo se apodera de uno para infundirle locuacidad y hacerle oportuno en sus contestaciones. Esto sucedía a bordo del B.A.P. **Iquique** aquella mañana de sol. Reinaba el buen humor en el puente mientras el submarino navegaba en superficie con rumbo al área asignada para que efectuase sus ejercicios de ataque y lanzamiento de torpedos. Buque nuevo, magnífica dotación de oficiales y excelente tripulación, eran motivos más que suficientes para sentirse contento. Fuera de ello, la progresión, los entrenamientos y el buen desempeño que habíamos tenido hasta el momento nos colocaba en un lugar conspícuo —comparativamente, se entiende— respecto del resto de buques de la flotilla.

En mi calidad de comandante recibí el informe de que el submarino estaba listo para entrar en inmersión. El segundo, el oficial de guardia y el teniente que acababa de verificar la estanqueidad y el funcionamiento de las diversas instalaciones, también se hallaban en el puente. Charlamos durante algunos minutos. Buen humor y algunas "tomaduras de pelo". Con la última de mis bromas, el "número dos" —como familiarmente llamaba a mi segundo, el Capitán de Corbeta Alejandro Marchini— quedó en situación de derrotado. Tuvo que guardar sus deseos de revancha para mejor oportunidad.

Ordené "Puestos de Combate en Inmersión"; fueron ocupados de inmediato. Luego de cubrir el mío, en el Puesto Central junto al periscopio, dispuse que se procediera a entrar y sumergirse. Se aclaró el puente, sonaron los dos toques consabidos del

claxon de alarma y el buque comenzó a abandonar la superficie. De inmediato había que iniciar la faena de "trimarlo", vulgo: bombear y achicar agua de un tanque a otro, hasta lograr que asumiera un estado neutro de flotabilidad.

—¡A once metros!, tres grados ¡punta abajo!

—Comprendido.

Transcurrido un pequeño lapso, la voz del Oficial de Inmersión se dejó oir:

—Buque ligeramente pesado de proa, mi comandante.

—Bien, ¡proceda a la profundidad ordenada!

—Comprendido, señor.

Ordenes sobre velocidad y gobierno de planos de inmersión se sucedieron. Se hicieron diversos cambios de lastre: el buque comenzó a acercarse a la flotabilidad neutra.

Una vuelta al horizonte con el periscopio me aseguró la ausencia de peligros. El segundo comandante, al lado mío, alistaba todo lo necesario para el ataque de entrenamiento que realizaríamos en la siguiente inmersión. Preocupado, quizás, por la última broma que me permití hacerle, esperaba la oportunidad para desquitarse. La halló providencialmente cuando yo, olvidando involuntariamente la terminología y dejándome llevar por el "argot" submarinista, quise enterarme de si el buque estaba horizontal o nó. Como desde mi puesto de combate no distinguía bien el nivel que certifica este tipo de control, procedí a hacerle la correspondiente pregunta al oficial a cargo del trimado:

—¿Qué "dice" la burbuja?

Antes de que el interrogado tuviese tiempo de responderme, mi segundo se le adelantó con una sonrisa mefistofélica. Con aires de triunfo y sin poder disimular la satisfacción que le embargaba, acercóseme respetuoso más oportunísimo, para casi susurrarme al oído, en forma clarísima y lo suficientemente vocalizada como para que no pasara desapercibida su intervención, la siguiente contestación:

—¡Dice... glu, glu, glu, mi comandante!

A eso le llamo, sin riesgo de equivocarme, "ir por lana... ¡y salir trasquilado!". Comencé burlándome y terminé burlado.

Cosas del mar, en el que también es valedero y aplicable el dicho aquél de "quien ríe último..., ríe mejor".

¿No es cierto?



# DISTRIBUCION DE KILOS

En alguno de los primeros años de la década de 1960, cuando aun existía la Estación de Submarinos dentro de los predios de la Base Naval del Callao, cierto comandante cuyo nombre me resisto a citar para no ponerle en apuros, notando que su vientre engrosaba y que el apetito no disminuía, resolvió comenzar a cuidar la esbeltez de su silueta, que, la verdad sea dicha, correspondiendo sin tapujos a los efectos de su manifiesta afición a potajes y cantidades engullidas, empezaba a mostrar redondeces comprometedoras y a ajustar uniformes hechos a medida, hasta llegar a parecer que no eran suyos sino de otro sujeto mucho menos voluminoso y magro.

Para lograr su propósito consultó a varios médicos sobre píldoras que le suprimieran el hambre incontrolable que poseía, procurando también documentarse acerca de qué alimentos debía evitar y cuáles comer para no seguir redondeando caderas ni deformando cojines al sentarse en un confortable. Púsose a dieta en una palabra, tratando de seguirla con el mayor ahínco y dedicación. Sin embargo, viéndose de perfil en espejos de cuerpo entero seguía acusando una manifiesta propensión a aquello que, Nicomedes Santa Cruz, denomina en sus versos: "grupa de repisa".

Y así transcurrió una larga semana de sacrificios, con sus tira y afloja desde que nuestro protagonista era sumamente goloso y especialmente aficionado a chocolates y dulces de toda especie.

Sin embargo, como la auto-sugestión puede mucho, entrando al lunes siguiente creyó haber logrado su primera victoria contra la obesidad. La balanza —mal graduada sin duda— acusó

unos kilillos de menos y el héroe de esta historia se sintió triunfante. Poco antes del almuerzo, y cuando casi toda la oficialidad hallábase reunida esperando que el mayordomo agitase la campanilla anunciando que la mesa estaba servida, la conversación recayó en regímenes alimenticios, alzas y bajas de peso, píldoras "mata-hambres" y qué sé yo cuantas cosas más. Como la ocasión resultaba propicia, aprovechó para dar una ligera charla acerca de las bondades del régimen que seguía, y luego, sumiendo el vientre con todo disimulo, anunciar a la concurrencia objetivamente e introduciendo las manos bajo la correa de sus pantalones, la eficacia de su remedio contra la gordura:

—Señores: gracias a mi sistema, ¡he bajado tres kilos!

—¿De verdad, comandante?

—Si no lo creen..., miren nomás. Así diciendo, volvió a sumir el voluminoso vientre.

Pero no faltó algún guasón que, —con más confianza que los demás y tuteándole —le interrogó:

—¿Has perdido tres kilos, dices?

—¡Claro que sí!

—¿Me permites que me convenza?, ¿puedes dar una vueltecita sobre tí mismo? ¡Hasta allí nomás, por favor!

Y ello lo dijo justamente cuando el demostrador le daba las espaldas. En el instante preciso en que, aquel sumir obligado de vientre no tenía objetividad alguna:

—Pues, compadre, añadió en voz alta, creo que los tres kilos que dices haber perdido por delante..., ¡los acabo de encontrar atrás!.



JOSE VALDIZAN GAMIO

# MOVILIZACION BRUJERIL

Pesé a que el título de esta anécdota no es muy marinero que digamos, tiene su explicación y ¡a las pruebas me remito!

El presente sucedido tuvo lugar en el puerto de Ancón —alrededor del año de 1960 aproximadamente—, cuando ocupaba el puesto de Comandante General de la Escuadra el contralmirante, D. Miguel Chávez G.

Por ese entonces el autor de este anecdotario comandaba el B.A.P. **Iquique** (S-44), submarino en el que permaneció cerca de tres años y del cual guarda gratísimos recuerdos. Uno de ellos es el que paso a relatar:

El asunto comenzó en la bahía Independencia, durante un "operativo" programado por la Comandancia General de la Escuadra: el Buque Insignia —uno de los cruceros que acabábamos de adquirir en Inglaterra— y tres o cuatro buques cortinadores, debían dejar el puerto manteniéndose alertas ante un probable ataque de submarinos.

Los "enemigos" éramos los B.A.P. **Angamos** e **Iquique,** que situados a una regular distancia y mar afuera (10 ó 12 millas de la amplísima salida) debíamos atacarlos, "torpedeándolos" sin ser detectados. La División que en ese día conformaban los indicados submarinos estaba al mando del entonces Capitán de Navío, D. Luis Rivero Romainville.

La interceptación era difícil dada la amplitud del área por cubrir. Ello, en cierto modo, constituía una garantía para los buques de superficie y casi también una seguridad de que pasarían indemnes.

Llegada la hora fijada, ambos grupos procedieron a cumplir con el ejercicio. El B.A.P. **Iquique** tuvo más suerte que el **Angamos,** logrando efectuar un exitoso ataque. Dios nos ayudó.

Al parecer la manito que nos dio la Divina Providencia no fue muy del agrado de los buques de superficie, porque al rato de habérseles "torpedeado" crearon un nuevo evento completamente fuera del programa: procederían hacia Ancón, siendo potestativo y opcional el atacarlos nuevamente. Pusieron una condición sin embargo: "habría que hacerlo después que ocurriera el orto del Sol y en paraje cuya profundidad no fuese menor de 40 brazas".

Teniendo en cuenta que lograrlo elevaría aún más la moral de mi dotación, solicité el permiso respectivo a mi jefe inmediato para intentar nuevamente otro ataque en Ancón. Me lo concedió de buen grado. Los buques de superficie ya se habían perdido en el horizonte.

Forzando máquinas —porque el trecho era largo y difícil la condición impuesta—, arribamos a Ancón a las dos de la madrugada poco más o menos. A eso de las cuatro detectamos a la escuadra en la pantalla del radar. Ordené entrar en inmersión...

Efectuamos la aproximación, el ataque y el lanzamiento simulado de torpedos sobre ellos. Realmente creo que constituyó una sorpresa que no esperaban, porque nos jugaron una pasada no muy limpia que digamos: a poco de suceder el orto, estaban cumpliendo con la primera parte de la condición impuesta y entrando a puerto; nosotros hicimos la propio y también respetamos la hora para "torpedearlos"..., pero cuando el Sol comenzaba a salir, ¡se hallaban navegando sobre las veinte a veinticinco brazas de profundidad! —habían olvidado aquello de las cuarenta.

¡Sólo Dios sabe de la serenidad de que tuvimos que hacer gala, teniendo un excedente de poco más de cinco brazas bajo nuestra quilla, para poder atacarlos usando el "sonar"! Nuestro

caso era similar al de la aceituna de un sandwich. . ., ¡pero lo logramos!

Esto trajo consigo una escena muy emotiva a bordo: oficiales y tripulantes me hicieron un sencillo y espiritualísimo agasajo antes de salir a superficie y entrar triunfantes a puerto. Hubo discursos —y como no existía en el buque una escoba grande, símbolo universal entre los submarinistas de "haber barrido el mar"—, pues. . ., ¡me obsequiaron dos pequeñitas, de esas de mano, para que las amarrásemos a cada uno de los periscopios que poseía el submarino!

Y así, muy orondos y orgullosos de nuestro desempeño, ingresamos a Ancón cuando ya todos nuestros "enemigos" estaban anclados en la rada. Las dos escobitas lucían enhiestas al tope de ambos periscopios.

Cruzamos frente al Buque Insignia —lo más cerca que pudimos, para que las notasen—, efectuando el saludo de reglamento. No se nos llamó la atención por el desusado adorno, pero sabíamos sobradamente que el doble ataque y los "torpedeamientos" habían sacado ronchas en más de una epidermis. Esa misma noche confirmamos nuestras sospechas, aunque no esperábamos una reacción tan súbita.

Sabido es que los submarinos, por razones de capacidad, no cuentan con lanchas propias sino con balsas inflables de plástico y pequeños chinchorros. De consiguiente, tanto para evacuar a su personal franco como para regresarlo al buque, dependen de la movilidad que les proporcionen los buques de superficie. Aquel día la rutina de embarcaciones se desenvolvió normalmente y todos quienes tenían licencia para desembarcar en Ancón lo hicieron. Al finalizar el permiso en tierra, uno de mis tripulantes —el primero en regresar, según creo—, embarcóse en determinada lancha del crucero.

Cierto oficial, designado especialmente para controlar el embarco, luego de acomodar debidamente al personal y asegurarse que la capacidad para pasajeros no había sido rebasada, dirigiéndose al suprascrito hízole subir en presencia de todos:

—¿De qué buque es usted?

—Del B.A.P. **Iquique,** mi teniente.

—¿Del **Iquique?**, entonces..., ¡vuele hasta su buque en escoba!

Y ante la algazara general, ordenó al patrón abrir del muelle y dejó al tripulante en tierra.

Con rabia pero inflado de orgullo —y no siendo brujo para utilizar escobas montándose sobre ellas a la hora del aquelarre—, nuestro protagonista esperó pacientemente otra embarcación para que le condujera a bordo.

Cuando subió la escala parecía un general que acababa de ganar una batalla, ¡después de cabalgar en el caballo desbocado de una bruja!



# UNA PERCHA OLVIDADA

Cierto domingo del año de 1965 contraía matrimonio la hija mayor de uno de los compañeros de promoción del autor, niña blonda y de belleza casi angelical, que iba a ser desposada en la capilla "Stella Maris" del Centro Médico Naval "Cirujano Mayor Santiago Távara".

Recuerdo que era la primera vez que mi hijo —nuevo Aspirante de nuestra Escuela Naval— concurría uniformado acompañándome a una ceremonia de esta clase. Había sido amigo desde pequeño de la novia y deseaba felicitarla personalmente.

Llegamos con la debida participación a la iglesia. En su atrio había un grupo de invitados, fumando, conversando y haciendo tiempo hasta la llegada de la novia. Efectuando un aparte, el Agregado Militar a la Embajada Argentina, coronel López Tabossi, el comandante de la Armada de dicho país, Aldo Fornassari y su colega de la Marina Peruana, Capitán de Corbeta D. Alberto Pérez Barreto.

El último de los nombrados, provisto de una gorra nueva y con dorados galones recién aplicados por el sastre, resaltaba conspícuamente. De figura delgada y amistosamente conocido por el "flaco", siempre fue y continúa siendo amigo de bromas. Su flamante uniforme debíase, seguramente, a ser tío de la novia y a su deseo de mostrarse elegante ante la familia. En llegando a donde estaba, me hizo una amistosa alabanza; mientras les saludaba, díjome:

# UNA PERCHA OLVIDADA

Cierto domingo del año de 1965 contraía matrimonio la hija mayor de uno de los compañeros de promoción del autor, niña blonda y de belleza casi angelical, que iba a ser desposada en la capilla "Stella Maris" del Centro Médico Naval "Cirujano Mayor Santiago Távara".

Recuerdo que era la primera vez que mi hijo —nuevo Aspirante de nuestra Escuela Naval— concurría uniformado acompañándome a una ceremonia de esta clase. Había sido amigo desde pequeño de la novia y deseaba felicitarla personalmente.

Llegamos con la debida participación a la iglesia. En su atrio había un grupo de invitados, fumando, conversando y haciendo tiempo hasta la llegada de la novia. Efectuando un aparte, el Agregado Militar a la Embajada Argentina, coronel López Tabossi, el comandante de la Armada de dicho país, Aldo Fornassari y su colega de la Marina Peruana, Capitán de Corbeta D. Alberto Pérez Barreto.

El último de los nombrados, provisto de una gorra nueva y con dorados galones recién aplicados por el sastre, resaltaba conspícuamente. De figura delgada y amistosamente conocido por el "flaco", siempre fue y continúa siendo amigo de bromas. Su flamante uniforme debíase, seguramente, a ser tío de la novia y a su deseo de mostrarse elegante ante la familia. En llegando a donde estaba, me hizo una amistosa alabanza; mientras les saludaba, díjome:

valo había que escrutar el horizonte y lograr verlo apenas surgía enhiesto sobre el mar. En una de esas oportunidades logré divisarlo y se lo comuniqué al Comandante de la Flotilla, quien, como ya expresé, se encontraba en el puente conmigo:

—¡Visto el periscopio!, a treinta grados por babor.

—¿Dónde está lo que no lo distingo?, inquirió mi interlocutor.

—¡Allí, mi comandante!, le contesté señalándolo con el índice.

El Capitán de Navío aquél, quien era muy marinero y se preciaba de poseer muy buena vista, calóse los prismáticos pero no llegó a localizarlo.

—¿Está Ud. seguro?

—¡Por supuesto, señor!, ahora lo veo muy claramente.

—¿Puede darme una referencia?, ¿no estará usted viendo visiones?

Aquello me escamó, porque yo estaba completamente seguro de lo que afirmaba. Eché una mirada alrededor del buque: horizonte calmo, limpio, continuado en una línea sin interrupciones de ninguna especie... Por descontado que no se alcanzaba a distinguir una sola embarcación, ¿qué haría?

De pronto, a lo lejos y volando en dirección al periscopio de marras, divisé a una gaviota salvadora: una buena referencia, por cierto.

—Mi comandante, ¿ve usted ese pájaro?

JOSE VALDIZAN GAMIO

# PERUANISMOS Y SEMANTICA

Hace algunos años que determinado Almirante de nuestra Armada me viene insistiendo en que escriba la presente anécdota. Francamente siempre me ha parecido sumamente difícil narrarla, por la vulgaridad que entraña el hecho en sí, aunque la intención fue muy distinta. Creo que ahora he encontrado el camino. La contaré pues tal como sucedió; no relataré nada castizamente incorrecto, pero... para quien sea peruano y sepa del significado que algunas palabras cobran para nosotros —esto sería decir: la semántica de nuestros peruanismos—, algún gracejo le encontrará si refiere el sucedido al título que le he colocado de gorro.

Y vamos al grano: cierta mañana ligeramente calinosa, dos submarinos hallábanse efectuando ejercicios en las afueras del Callao. Uno de ellos, el B.A.P. **Angamos,** se encontraba en inmersión y exponía su periscopio adrede, para dejarlo ver desde el puente del B.A.P. **Iquique:** se estaban verificando los datos enviados por los operadores del "sonar" —quienes orientándose solamente por el oído— daban sus apreciaciones acerca de la posición relativa del submarino sumergido. El otro, el B.A.P. **Iquique,** comandado a la sazón por el autor de este libro, se hallaba navegando en superficie y llevaba a su bordo al Comandante de la Flotilla respectiva. Observando el periscopio nos era fácil determinar si los informes de los "sonaristas" coincidían, en marcación y distancia, con la verdadera situación existente a simple vista.

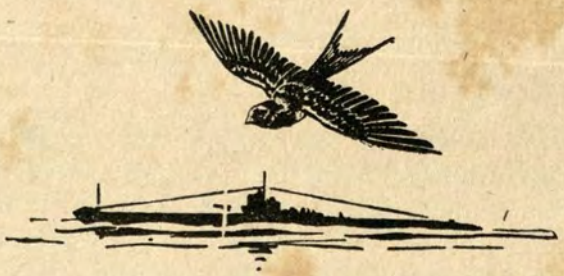
Mas las exposiciones del periscopio no se hacían en forma permanente. Por momentos desaparecía de nuestra visión, para reaparecer nuevamente algunos minutos más tarde. En el inter-

—¡Ni que fuera ciego!, respondióme.

—Bueno, obsérvelo. Está volando en dirección al periscopio; cuando pase por encima ¡le daré el "top" con el **pájaro!,** ¿listo? —¡Top!, ¡top!

Y sin intención de ser irrespetuoso o descortés, cometí —semánticamente, se entiende— un tremendo error de expresión. Habiendo sucedido aquello hace ya algunos años, el ex-comandante de la flotilla jamás se olvidó del gracioso incidente. Siempre que se trata de redactar anécdotas trae a colación aquella que nos sucediera a bordo del B.A.P. **Iquique,** diciéndome que vea la manera de publicarla porque vale la pena como relato de mar.

Aquí cumplo con él y atiendo su pedido, narrando como mejor puedo aquel gracioso incidente del cual nunca se olvidará.



# BUEN HUMOR INTERNACIONAL

El 14 de Septiembre de 1967, tres buques de guerra norteamericanos y cinco pertenecientes a la Armada del Perú, navegaban mar afuera frente a la costa aledaña al puerto de Supe, en demanda del petrolero **Sechura,** barco que iba a efectuar una operación táctica con ellos y a suministrarles combustible en ruta hacia el Callao.

Conformaban la Fuerza de Tarea 86, bajo el mando del Contralmirante US.N., Joseph F. Harlfinger II, y todos juntos, estaban realizando la Primera Fase de la "Operación Unitas VIII".

El grupo peruano —comandado por el autor de estos garabatos anecdóticos— ignoraba, por completo, que en dicha fecha cumplía años el contralmirante norteamericano, y él, sabiéndolo, tomó una iniciativa muy marinera y no exenta de buen humor.

Debo aclarar al lector que ambos, Harlfinger y el autor, éramos submarinistas calificados en dicha arma, pero, por razones del servicio, nos hallábamos comandando buques de superficie anti-submarinos.

Pasadas las 2100 hrs., y cuando tanto el U.S.S. **Norfolk** como el B.A.P. **Villar** —ambos buques insignias de las fuerzas norteamericana y peruana, respectivamente—, se hallaban abarloados a babor y estribor del B.A.P. **Sechura** recibiendo petróleo en plena navegación, envióme un mensaje radiotelegráfico que a la letra decía:

**Sin clasificación**

"Al Capitán de Navío Valdizán, del Contralmirante Harlfinger.— Le estoy enviando un paquete, que contiene uno de nuestros más modernos, exclusivos y altamente tecnificados aparatos para la localización Sub-acua de submarinos.— Si todo esto falla, encontrará también material para efectuar cortinas de humo densas o barreras de balones efectivas.— Cuide el aparato antisubmarino.— En ocasión de mi cumpleaños y de la Exaltación de la Cruz, en Huaraz, Perú.— Contralmirante Harlfinger".

Aunque el texto no resultaba muy explícito que digamos, imaginé alguna broma en puertas (1). De inmediato hice preparar mi mensaje de contestación y otro paquete de retorno. Sin embargo, y por haber terminado su faena el **Norfolk** antes de lo supuesto, tuve que pasarlos al **Sechura** a través de una línea de cabo de manila— para que, a su vez, los entregara al U.S.S. **Glennon** que petrolearía después de nosotros, con el fin de que, posteriormente, los remitiera al Contralmirante Harlfinger.

Abierto el envoltorio enviado por el almirante, resultó que contenía lo siguente:

| | | |
|---|---|---|
| 1 | Schnorkel de plástico | .—Para "detectar" submarinos. |
| 1 | Pieza dactilar de jebe sólido. | .—Para apretarla en la mano, "durante los momentos de tensión" en el puente. |
| 1 | Paquete de cigarrillos | .—Para las "cortinas de humo". |
| 3 | Globos pequeños | .—Para "barreras de balones". |
| 1 | Lata de chocolates | .—Para "endulzar la broma". |
| 1 | Gallardete en blanco, azul. y rojo | .—Para darle "colorido". |

(1).—La verdad es que debió leer esta noticia en algún diario y la consignó, considerándola como de mucha importancia por el tradicional catolicismo peruano y porque coincidía con su día onomástico, pese a haber sido cambiada por la Iglesia, últimamente.

Mi mensaje de contestación tuvo el siguiente lacónico texto:

**Sin Clasificación**

"Mensaje para el Contralmirante Harlfinger.— Felicitaciones en el día de su cumpleaños.— Le estoy enviando un paquete personal vía **Sechura** y **Glennon.**— Muchas gracias por las armas anti-submarinas que me mandó. — Capitán de Navío Valdizán".

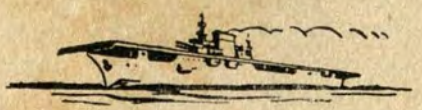
Y el paquete de retorno le llevó un libro de mis "Tradiciones Navales Peruanas", junto con dos botellas del afamado vino tinto norteño "Huerequeque". En aquél iba una dedicatoria referida, explícitamente, a la página en la que se describía la historia del primer submarino peruano de guerra (Blume.—1879), que fuera construído con anterioridad al del tipo "Holland" norteamericano (1900).

"Al: Contralmirante U.S.N. Joseph F. Harlfinger II. En ocasión de su cumpleaños, y así como el sastre pobre paga sus deudas con ojales y puntadas, le envío este libro mío que en su página 224 trata sobre la preferencia de su vida: Submarinos.

Y le añado un poco de colorante (el vino tinto, por supuesto), para que los marque sobre el mar— al detectarlos—, y. . . , ¡que no se le escapen!".

Sinceramente,

Capitán de Navío Valdizán.



JOSE VALDIZAN GAMIO

# INTRINGULIS SOBRE TRADICIONES NAVALES

Las Marinas de Guerra de todos los países del mundo, han gozado siempre de fama respecto de su conservadorismo y tradición. Esta anécdota ratifica lo expuesto, contando un sucedido real acaecido durante el año 1967, en el Callao.

Habiendo efectuado una visita oficial a nuestra Armada el Sr. Almirante Sir Varyl Begg, Primer Lord del Mar de la Marina de Su Majestad Británica, expresó su deseo de llegarse al B.A.P. **"Coronel Bolognesi"**, crucero que había comandado en época anterior y en el cual tuvo izada su insignia cuando pertenecía a la Marina de Inglaterra de la cual lo adquirimos.

Por ese entonces, el Comandante General de la Escuadra era el señor Contralmirante, D. Alfonso Navarro Romero, quien, para recibir a tan ilustre visitante, izó también transitoriamente su insignia de mando en el **Bolognesi.**

Comentario muy cacareado a bordo del buque aquél había sido, en más de una oportunidad, la existencia de una planchuela rectangular de bronce sobre cubierta, en la aleta de estribor de la toldilla. Desde que ésta llegó colocada en el crucero, ante tanta y tanta pregunta sobre su significado a algún "entendido" se le ocurrió decir que en todos los buques de guerra, ingleses de origen, dicha placa se colocaba tradicionalmente para designar el sitio en que muriera el Almirante Sir Horace Nelson, en Trafalgar, a bordo del H.M.S. **Victory**.

Y así todo el mundo quedó muy contento con explicación tan plausible. Sin embargo, mientras se examinaban los planos en cierta ocasión, se descubrió que la plaquita de marras servía para ocultar un alojamiento roscado, en el cual se atornillaba determinado cáncamo que, a su vez, se utilizaba para colocar una pasteca usada durante las faenas de combustible en la mar.

El día de la visita anunciada del Almirante Sir Varyl Begg, luego de ser recibido con los honores de reglamento e inspeccionar el buque, fue invitado a pasar a la cámara por el propio Comandante General de nuestra Escuadra, con el objeto de departir con los altos jefes invitados al almuerzo que ofreció en su honor.

Mientras comentaba la excelente presentación del buque y caminaba sobre cubierta de la toldilla, notando la presencia de la reluciente plaquita todos observaron que, con la máxima circunspección, se hacía a un lado para evitar pisarla y continuaba su ruta hacia la cámara.

¡Qué respetuosos de su tradición son estos británicos! —pensó más de un oficial, de los que sólo conocían la versión Nelsoniana—, al darse cuenta de aquel detalle.

Terminado el magnífico almuerzo y luego de los postres, las palabras de ofrecimiento, la consiguiente respuesta y el protocolar mas sincero brindis naval que todos hicimos, el Almirante departió amablemente con diversos grupos —y mientras hablaba precisamente con el entonces Capitán de Navío, D. Luis Ernesto Vargas Caballero—, tuve oportunidad de apreciar que, durante el giro temático de la charla, la conversación recayó en la reluciente plaquita. Allí fue cuando se disiparon dudas, de una vez por todas:

El Comandante Vagas Caballero le hizo conocer la versión original que nosotros teníamos sobre el lugar en que muriera

Nelson, para después explicarle que la consabida plaqueta —que parecía ser de oro y no de bronce el día de la visita— era... ¡simplemente el cobertor con que se disimulaba el alojamiento de un cáncamo existente en la toldilla, para darle una apariencia continuada a la cubierta y evitar accidentes al tropezar con él en la obscuridad de la noche!

Sir Varyl Begg, quien ignoraba el descubrimiento hecho por nuestra oficalidad, no pudo reprimir una sonrisa: ¡él había evitado pisarla pensando, justamente, que tenía algún simbolismo ligado con la tradición naval peruana!

Y así, entre risas y buen humor, quedó perfectamente aclarado el intríngulis británico-peruano sobre las tradiciones navales de ambos países, de una manera simple, jocosa... ¡y bien "regada", por supuesto!



# UNA DECIMA DE PRECAUCION

El 4 de octubre de 1967, el Capitán de Fragata, D. Luis Bianchi I., asumió el comando del destructor escolta B.A.P. **Aguirre.** Era la primera vez que se veía en estos atrenzos; me refiero a los de comandar un buque de guerra de cierto tonelaje y algunos cañones, cosa que le ponía inflado de orgullo y le prevenía a multiplicar precauciones y cuidados para desempeñar su nuevo cargo eficientemente.

Los primeros ejercicios y comisiones que le fueron encomendados por la Superioridad Naval, se efectuaron a plena satisfacción. Sus artilleros dispararon sin tropiezo alguno, el barco realizó diversas maniobras tácticas con el resto de la escuadra y hasta cumplió una comisión bastante delicada en el puerto de Chimbote, con motivo de una amenaza de huelga anunciada y puesta en práctica por empleados y obreros de la Siderúrgica existente en el citado lugar.

Aproximadamente en el mes de noviembre, dentro del Plan de Actividades de la Escuadra, tocóle al flamante capitán ejecutar una maniobra de transferencia de correspondencia..., ¡esas eran ya otras quinientas!

Debía, navegando a cierta velocidad previamente ordenada, aproximarse al B.A.P. **Villar** en la misma vuelta y a una distancia de ochenta yardas poco más o menos, con el fin de pasar líneas y aparejos entre buque y buque para transferir correspondencia. La cosa era más delicada por el peligro de colisión siempre potencial y latente. Sin embargo, con cuidado y mesura, la

faena fue cumplida a la perfección. Ceremoniosamente envió una tarjeta de saludo a su Comandante de Flotilla —cuya insignia flameaba en el **Villar**—, recibiendo en contestación una décima o "espinela", **per jocum** más que por precaución:

"Por ser práctica primera
la que hoy intenta efectuar
un consejo le he de dar
mientras órdenes espera:
No se arranque como fiera
sino, siempre, calculando;
se mantiene o va avanzando
—según el caso que toque—
y recibe o va pasando,
mas..., por favor ¡no nos choque!"



# GLOSARIO DE TERMINOS NAVALES

## A

**Acoderar** Juntarse dos buques uno al lado del otro.

**Aleta** Cada una de las piezas curvas que forman la popa de un buque.

**Arrancada** Primer empuje de un buque, al emprender la navegación.— Desplazamiento inercial sin que haya propulsión.

**Avante** Dar marcha hacia adelante a un buque.

**Alidada** Regla móvil, que girando sobre su centro, sirve para dirigir visuales referidas a la rosa del compás.

**Amura** Parte curva del costado del buque, donde empieza a formarse la proa.

**Amurar** Sujetar con la amura los paños de la vela, para que quede bien orientada la embarcación.

## B

**Bao** Pieza curva de fierro, que colocada de banda a banda del buque, sirve para sostener la cubierta.

**Babor** Lado izquierdo del buque, mirando de popa a proa.

**Banda** Cada uno de los costados del buque.

**Bandazo** Movimiento lateral y brusco del buque, debido a la acción del mar.

**Barraganete** Ultima pieza alta de la cuaderna de un barco.

**Barlovento** Lado de donde viene el viento.

**Bita** Aditamento de metal (sobre cubierta o muelles), que sirve para asegurar con cables el buque al muelle.

**Bolina** Cabo para halar hacia proa la relinga de barlovento de una vela.

**Borda** Canto superior de los costados de un buque.

**Blindados** Buques acorazados protegidos con planchas metálicas.

## C

**Cabeceo** Movimiento del buque por agitación del mar, bajando y subiendo alternativamente la proa y la popa.

**Cacho** Apelativo familiar y marinero con que se designa a un buque.

**Calado** Profundidad que alcanza en el agua la parte sumergida de un barco.

**Capelo** Pieza de tela que cae sobre la espalda, en un uniforme de marinero.

**Carenote** Pieza que corre lateralmente bajo la embarcación y sirve para darle estabilidad.

**Castillo** Parte de cubierta alta, comprendida entre el palo trinquete y la proa.

**Catenaria** Curva que forma una cuerda o cabo, suspendido de dos puntos fijos.

**Camarote** Dormitorio, alojamiento a bordo.

**Constelación** Grupo de estrellas, diferentes en magnitud, más o menos cercanas unas de las otras.

**Crucero** De verano: viaje anual, realizado en dicha estación del año, para adiestramiento del personal naval.

**Casco** Armazón o conjunto de las diferentes piezas que forman el cuerpo del buque.

## CH

**Chalupa** Embarcación pequeña que suele tener cubierta y dos palos para vela.— Bote con remos, con capacidad hasta para 40 personas.

**Chupeta** Pequeño espacio que queda a popa de la cámara, entre el escudo y el espejo, para el patrón, en los botes.

## D

**Dado** Pequeño cuadrado metálico, embutido en el centro de una roldana con el fin de disminuir el rozamiento.

**Demora** Angulo horizontal que forma la visual dirigida desde el buque al objeto marcado, con la línea Norte-Sur.

## E

**Estopor** Aparato de acero moldeado, colocado en la cubierta del castillo para detener la cadena del ancla.

**Escobén** Agujeros a los costados de la proa del buque, por donde pasa la cadena del ancla.

**Estada** Tiempo de permanencia en un puerto.

**Estadía** Tiempo de exceso sobre una estada determinada.

**Estanche** Pieza metálica vertical, que hace las veces de una columna de un buque.

**Estribor** Costado derecho del buque, mirando de popa a proa.

**Estadímetro** Instrumento que, por simple lectura, da la medida de una determinada distancia.

**Eslora** Longitud de un buque, desde el codaste hasta la roda, entre extremos de proa y popa.

**Escotilla** Cada una de las aberturas que hay en las bodegas y diversas cubiertas para el servicio del barco.

**Evacuación** Acción o acto de salir de una máquina cualquiera el fluído operante. También desde sus tanques.

**Estrepada** Arrancada o aumento repentino en la velocidad que lleva un buque o embarcación, por efecto del mar.

## F

**Fondeo** Anclaje.

**Fragata** Buque ligero, moderno y bien artillado, muy rápido para maniobrar.— Antiguo barco de tres palos envergados.

**Falúa** Embarcación menor de madera, con 12 ó más remos; tiene equipo de velas; también las hay a motor.

## G

**Galera** Antigua embarcación de vela y remo.
Voz ejecutiva que se da a los remeros para que dejen de remar, y coloquen los remos horizontalmente.

**Guardines** Cada uno de los cabos o cadenas que actúan sobre la caña del timón por medio del cual se maneja el buque.

**Grilletes** Pieza de acero doblado en arco o en "U", atravesado por un perno en los extremos para asegurarlo a un objeto. Eslabones diferentes que indican determinadas longitudes de cadena.

**Gateras** Agujero circular en la cubierta del buque, por donde sale la cadena del ancla.

## H

**Hilaza** Fibra interior del cáñamo, después de separado de la materia gomosa por medio del enriado.

## I

**Insignia** Buque de Guerra en que va embarcado el Jefe de la Escuadra y enarbola su Insignia.
Gallardete de comando.

## J

**Jarcia** Aparejos y cabos de un buque velero (de labor). La que está siempre fija y sirva para sujetar los palos (se le llama jarcia muerta).

## K

**Kaki** Tela empleada en uniforme, de color verde amarillento y fácil de confundir con el terreno a cierta distancia.

**Kaleidoscopio** Calidoscopio; instrumento óptico con tres espejos en ángulo, que multiplica las imágenes de los objetos colocados entre ellos.

## L

**Levante** Punto del horizonte por donde sale o se levanta el Sol.

**Litera** Cada una de las camas fijas y superpuestas, en los camarotes de los buques.

**Lumbrera** Escotilla que hay en los costados de los buques, con el objeto de proporcionar luz y ventilación interior. — "Ojo de Buey".

**Levar** Izar el ancla para zarpar de puerto o mover el buque.

**Largar** Soltar, dejar libre. Desplegar la bandera o las velas.— Hacer el buque a la mar.

## LL

**Llegada** Arribada. Conclusión de un viaje.

## M

**Manga** Anchura mayor de un buque o embarcación, o sea la distancia mayor horizontal en el centro.

**Monitor** Buque de guerra, artillado, acorazado y con espolón de acero en la proa, cuyo bordo era muy bajo.

**Mordaza** Máquina sencilla de hierro, que detiene e impide la salida de la cadena del ancla. Seguro.

**Modificador** Cada uno de los cristales de color, que en el sextante o alidada, se interponen delante del espejo grande y pequeño en las observaciones del Sol.

**Matalote** Nombre que se da al buque que antecede y al que sigue inmediatamente a otro, en una línea o columna.

**Marcación** Acción de marcar o marcarse un buque, para saber la situación que ocupa o posición en la carta de navegación.

**Motón** Cuadernal de un solo ojo por donde pasa un cabo o cable.

## N

**Nadir** Punto de esfera celeste que se opone diametralmente al cenit.

## O

**Ocaso** Puesta del Sol al transponer el horizonte.

**Orto** Salida del Sol al apuntar el día.

## P

**Pañol** Compartimientos o espacios del buque destinados a almacenaje, para guardar: víveres, municiones, pertrechos, materiales, herramientas, etc.

**Paños** Tramos de cadena.— Lonetas sobre los asientos de embarcaciones menores.

**Puente** Cada una de las cubiertas altas que llevan baterías en los buques de guerra. Horizontales y limitadas en ancho, de babor a estribor.

**Portalón** Abertura a manera de puerta, hecha al costado del buque, que sirve para entrada y salida del personal.

**Prismático** Aparato óptico de doble ocular, para agrandar la perspectiva de los objetos y conseguir una visión más cercana.

**Plan** Parte interior y más ancha del fondo de un buque. Piso.
El fondo de los botes o lanchas.

**Proa** Parte delantera de la nave o embarcación, con la cual va cortando el agua.

**Popa** Parte posterior de la nave o embarcación, donde está el timón y los camarotes principales.

**Picar** Cortar cualquier cosa a golpe de hacha, como los palos, estachas, bozas, etc.

**Pistón** Embolo de una máquina alternativa, sea de vapor, motor de combustión interna, compresor de aire o gases.

**Práctico** Presta servicio en la entrada, salida y movimientos que necesitan los buques. Piloto, experto.

## Q

**Quemador** Mechero; boquilla que enciende y mantiene altas temperaturas en las calderas.

**Quijada** Las tapas laterales de un montón o cuadernal.

## R

**Reducto** Batería muy protegida. Espacios abiertos y a desnivel, a ambos lados.

**Rabiza** Cabo delgado. Soguilla.

**Remache** Roblón; pequeña clavija de hierro o acero u otro metal maleable, que termina en una cabeza.

**Remolque** Acción y efecto de remolcar. Cabo o cable que se da a una nave o embarcación para halar de ella.

## S

**Sala** Recinto interior y amplio en un buque.— De calderas, de máquinas, etc.

**Sentinas** Cavidad inferior en el interior de la nave o embarcación, en la que resumen las aguas que se filtran por los costados y cubiertas.

## T

**Timón** Pieza de madera o hierro, en forma de aleta, que articulada verticalmente sobre goznes en el codaste de la nave o embarcación, sirve para gobernar.

**Tronera** Abertura semicircular que se deja en los costados de las embarcaciones, para colocar en ellas los remos.

**Toldilla** En los buques de guerra, parte de la cubierta superior de popa.

**Turbina** Máquina rotativa, que transforma la energía potencial de un fluído en trabajo mecánico.

## U

**Uniforme** Vestido peculiar y distintivo de una corporación, cuerpo militar y otras colectividades.

## V

**Varar** Encallar un buque o embarcación, por haber poco fondo.— Sacar a la playa o poner en seco una nave o embarcación.

**Visita** — De cortesía.— Acción protocolar, para presentar saludos y retribuirlos, entre comandos de buques o fuerzas navales.

De reconocimiento de un buque, por las autoridades sanitarias o funcionarios de aduanas y del resguardo.

## X

**Xelandria** — Embarcación de la Edad Media que hasta el siglo XIII navegaba a remo y después a vela, como las naves redondas de la época.

## Y

**Yate** — Cómoda embarcación de gala y de recreo.

**Yola** — Embarcación estrecha y ligera, de poco calado, construida para competencias de regatas; son de 4, 6, 8 y 12 remos.

## Z

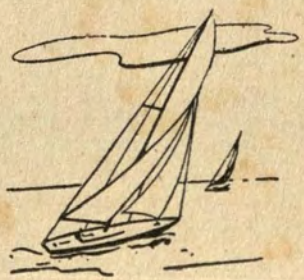
**Zarpe** — Se dice del buque o embarcación cuando se dispone a dejar el puerto o fondeadero, levando anclas para hacerse a la mar. La Escuadra zarpó del puerto.

**Zozobrar** — Peligrar la nave o embarcación por la fuerza de una tormenta, contraste de los vientos o mar, por la agitación de las aguas.

Perderse o irse a pique un buque o embarcación.

**Zenit** — Punto de la esfera celeste, situado sobre la cabeza del observador.

---



# I N D I C E


| | Pág. |
|---|---|
| 1.—LITERAS Y MAREOS | 11 |
| 2.—UNA CUARTETA IRREVERENTE | 14 |
| 3.—LA POESIA DE PACOCHA | 16 |
| 4.—CARCEL SIN MUROS | 20 |
| 5.—EL BIBLIOTECARIO MENDIGO | 23 |
| 6.—LA DIANA DE MONTERO | 25 |
| 7.—EL MARQUES DE LA CONQUISTA | 30 |
| 8.—UNA SALIDA ANDALUZA | 32 |
| 9.—FUGA DURANTE LA GUARDIA | 34 |
| 10.—ORO..., AL AGUA | 36 |
| 11.—HIPNOTISMO A BORDO | 40 |
| 12.—CON O SIN ESPUMA | 44 |
| 13.—APRENDIZAJE DE IDIOMAS | 47 |
| 14.—TOMAS....TE | 50 |
| 15.—¡BUEN VIAJE! | 54 |
| 16.—ESTRELLAS Y CONSTELACIONES | 57 |
| 17.—VOCALIZACION ANGLOSAJONA | 59 |
| 18.—EN LA GUERRA ES DISTINTO | 61 |
| 19.—¡PARA..... LELO! | 63 |
| 20.—FIASCO EN LA PLAZA MAYO | 66 |
| 21.—TARDE POETICA | 68 |
| 22.—VISITANTE DISCRETO | 71 |
| 23.—APRECIACION GENERAL | 73 |
| 24.—UN TRAGO FRUSTRADO | 77 |
| 25.—UNA PRESENTACION BOVINA | 80 |
| 26.—ESPIRITUS A BORDO | 82 |
| 27.—AQUI NO HAY LADRONES | 86 |

| | Pág. |
|---|---|
| 28.—UNA FOTOGRAFIA CURIOSA | 88 |
| 29.—EXTRAVAGANCIA CICLISTA | 91 |
| 30.—INGLES DEPORTIVO | 94 |
| 31.—UN SUSTO MAYUSCULO | 96 |
| 32.—CUESTION DE TERMINOS | 98 |
| 33.—HOJITA DE TE | 100 |
| 34.—ANCLA Y REZON | 103 |
| 35.—CABALLEROS AHORRATIVOS | 105 |
| 36.—EL INGLES DE UN TENORIO | 107 |
| 37.—MEJICANISMOS | 109 |
| 38.—CONFUSION IDIOMATICA | 112 |
| 39.—JINETE MECANICO | 114 |
| 40.—BESAMANOS | 116 |
| 41.—UN ARMA PRECOZ | 119 |
| 42.—DESPARPAJO EFICAZ | 121 |
| 43.—DISTRACCION FALSIFICADA | 125 |
| 44.—LAS OREJAS DE ELPIDIO | 129 |
| 45.—DESQUITE KALEIDOSCOPICO | 131 |
| 46.—UN MEDICO CEREMONIOSO | 134 |
| 47.—INTRODUCCION Y OFRECIMIENTO | 137 |
| 48.—GENERALES EN LA ESQUINA | 140 |
| 49.—UN CORRIDO MILAGROSO | 143 |
| 50.—SIMULTANEIDAD | 147 |
| 51.—TRES SOPAS | 150 |
| 52.—UNA SALIDA DE GASTRONOMO | 152 |
| 53.—INTERPRETACION SERRANA | 155 |
| 54.—EMPAPADO PERO SERENO | 157 |
| 55.—UN TEMA..... MURAL | 161 |
| 56.—RETRUQUE | 163 |
| 57.—EL PRINCIPIO DE LA SEGURIDAD | 166 |
| 58.—¡IRIGOYEN! | 169 |

Pág.

59.—SIEMPRE CUATRO . . . . . 172
60.—UN DISCURSO DE ROMANOS . . . . . 174
61.—CUESTION DE PUNTOS DE VISTA . . . . . 177
62.—CHULLA CHAQUIS . . . . . 179
63.—TELEGRAMA Y COCODRILOS . . . . . 182
64.—EXPLOSION EPISTOLAR . . . . . 184
65.—UN PRACTICO IGNORADO . . . . . 187
66.— LA P.I.P. CONTRA LA P.A.P. . . . . 189
67.—EXPLICACION LACRIMOGENA . . . . . 193
68.—EL DESEO DE SENTIRSE IMPORTANTE . . . . . 196
69.—EL PAVO DEL ALMIRANTE . . . . . 198
70.—REVANCHA ONOMATOPEYICA . . . . . 201
71.—DISTRIBUCION DE KILOS . . . . . 204
72.—MOVILIZACION BRUJERIL . . . . . 206
73.—UNA PERCHA OLVIDADA . . . . . 210
74.—PERUANISMOS Y SEMANTICA . . . . . 212
75.—BUEN HUMOR INTERNACIONAL . . . . . 215
76.—INTRINGULIS SOBRE TRADICIONES NAVALES . . . . . 218
77.—UNA DECIMA DE PRECAUCION . . . . . 221




N
O
E
S

# BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| ARCHIVO | Biblioteca Nacional. |
| ARCHIVO CASTILLA | Instituto Libertador, Mariscal Castilla, Lima. |
| ALAYZA Y PAZ SOLDAN, LUIS | Mi País, Lima, 1945. |
| BLUME, FAMILIA | Archivo. |
| BIBLIOTECA | Centro Estudios Histórico-Militares del Perú. |
| BASADRE, JORGE | Historia de la República del Perú, Lima, 1963 - 1964. |
| BUENAÑO MURO, JAVIER | El Combate Naval de Pacocha, 1964. |
| CARTAS NAVEGACION | Dirección Hidrográfica y Faros, Perú |
| DICCIONARIO ILUSTRADO DE ANECDOTAS. | Vicente Vega, Barcelona, Ed. Gili, 1965. |
| ENCICLOPEDIA DEL MAR | Editorial Gárriga, Madrid. |
| GAMIO PALACIO, FERNANDO | El Vice-Almirante Villavicencio, Lima, 1949. |
| GOMEZ HERMOSILLA - SALVA | Arte de hablar en Prosa y Verso, Madrid s/f. |
| LAROUSSE ILUSTRADO | Diccionario (Sección Biográfica), 1966, Francia. |
| MINISTERIO DE MARINA | Archivo General. |
| MENDIBURU, MANUEL, Gral. E. P. | Diccionario Histórico Biográfico del Perú, Lima, 1874 - 1890. |

| | |
|---|---|
| MELO, ROSENDO | Historia de la Marina del Perú, Lima, 1915. |
| PALMA SORIANO, RICARDO | Tradiciones Peruanas, Lima, Ed. 1961. |
| RIVADENEIRA, LEONIDAS Cap. Nav. (R) A.P. | Anécdotas Varias . |
| REVISTA DE MARINA DEL PERU | Anécdotas Varias . |
| THE PACIFIC STEAM NAVIGATION Co. | Historia al celebrarse el Centenario de su fundación, 1940. |
| VALDIZAN, JOSE | Tradiciones Navales Peruanas, Lima, 1966. |
| VALDIZAN, JOSE — BUENAÑO MURO, JAVIER | Resúmen Histórico de la Marina de Guerra del Perú, Tall. Graf. E.N.P., 1964. |
| VEGAS, MANUEL I. Cap. Fgt. A.P. | Historia de la Marina de Guerra del Perú, 1929. |
| VEGAS, MANUEL I. Cap. Fgt. A.P. | Crónicas de la Marina de Guerra, Lima, 1916. |
| ZULETA, CELSO N., Crnel. E.P. | Historia Militar del Perú, Lima, 1920, (Imp. Americana). |

# OTRAS REFERENCIAS

TESTIMONIOS ORALES:

| | |
|---|---|
| Vice-Almirante | Mario Castro de Mendoza |
| Contralmirante | Emilio Barrón Sánchez |
| Contralmirante | Alberto Arnillas Arana |
| Contralmirante | Edmundo Guzmán Barrón |
| Contralmirante | Federico Salmón de la Jara |
| Contralmirante | Pedro Vargas Prada Zollner |
| Cap. de Navío | Manuel Jiménez Saldías |
| Cap. de Navío | Leonidas Rivadeneira Belevan |
| Cap. de Navío | Ramiro Ramírez de Piérola |
| Cap. de Navío | Guillermo Faura Gaig |
| Cap. de Navío | Jorge Luna García |
| Cap. de Navío | Carlos Boza Lizarzabúru |
| Cap. de Fgt. | Salvador Mariátegui Cisneros |
| Cap. de Fgt. | Jorge Arnillas de la Cotera |
| Cap. de Fgt. | Alberto Ascenzo Cabello |
| Cap. de Fgt. | Luis F. Villena Gutiérrez |
| Cap. de Fgt. | José Carcelén Basurto |
| Cap. de Cob. | Juan Velarde de Vivero |
| Cap. de Cob. | Manuel Gonzales Corcuera |
| Tte. 1ro. | Carlos Da Ponte Ribeiro |
| Tte. 1ro. | Roberto Rossel Villón |
| Sr. | Carlos Vinatea Cantuarias |
| OM 3 | Víctor Alvarez Ubilluz |




R. I. 235

ESTA OBRA, SE TERMINO DE IMPRIMIR EN EL MES DE JUNIO DE 1968 EN LOS TALLERES DE LA
E D I T O R I A L
EMPRESA GRAFICA SANMARTI S. A.
LIMA - PERU

"Desfilan así por estas páginas, de las que brotan calor y emoción, escritas con palabras ágiles y concisas, en las que encontramos anécdotas, poesías y frases del folklore náutico y peruanista, hazañas admirables, inéditas varias y poco conocidas otras, cuya narración queda de esta manera matizada de un colorido literario singular y atrayente".— **Gerardo Arosemena Garland.** Ex-Ministro de Educación y distinguido biógrafo de Grau.

---

"Porque al lado de la madurez del escritor, del marino de vocación se muestra la hondura de conocimientos del hombre de estudio, inquieto, acucioso, observador y analista... Solamente añadiríamos por nuestra cuenta que la aparición de estos relatos de esencia marinera, descritos en ágil y clásico lenguaje, nutridos de sagaces observaciones y demostrativos de amplísima cultura, no solamente añaden un nuevo lauro a la trayectoria que en las letras peruanas tiene ya cumplida el polifacético escritor, marino y deportista que es el Capitán de Navío A.P., D. José Valdizán Gamio, sino que encontramos que es un deber de buen peruano leer esta obra que, con propios derechos, se incorpora a lo mejor de la literatura de su estilo en el país...".— **Néstor Gambetta,** página editorial del diario **El Comercio",** Lima, 11 de septiembre, 1966.

---

"La historia aflora en estas páginas con flexibilidad literaria pero sin dar traspiés. Nuestro autor ha buscado, con indeclinable tesón, en las mejores fuentes. Ha sido cuidadoso y no ha olvidado tamizar, por los más finos cedazos, los productos de su trabajo en archivos y bibliotecas... Hurgador de la historia y diestro a la hora de coger la pluma, en años de trabajo ha logrado reunir cerca de medio centenar de historias, en las que los tiempos, los personajes y los acaeceres cambian, pero el denominador común se mantiene el mismo: el mar".— **Hermann Buse,** Editorialista de **El Comercio,** Lima, 14 de octubre de 1966.

---

"Valdizán con esta obra se alínea, por tanto, con los historiadores y ensayistas peruanos de este siglo sobre Historia Naval..., con esta obra está acreditando su ya reconocida capacidad y dedicación a las letras, particularmente en el aspecto historiográfico peruano".— **Felipe de la Barra,** Presidente del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú.

---

"Palma recetó —y no es cuento—
medir los versos iguales,
rimar bien sus terminales
y al centro, poner talento...
Repasaré, en un momento,
esa lección que aprendí:
¿los versos?, ¡ya los medí!,
¿consonancia?, ¡tienen todos!
me falta, de todos modos,
al centro... ¡ponerte a tí!

**José Valdizán**

Esta décima, figura, a manera de dedicatoria, en la segunda página de un hermoso libro que hace escasamente dos días llegó a mis manos. Tal décima, al margen de los inmerecidos conceptos que me brinda, es, a mi juicio, tan redonda y feliz como el famoso y didáctico soneto de don Ricardo Palma, que parafrasea.

Menudo dolor de cabeza me iba a causar el autor si dedicara a las décimas tan sólo la mitad del tiempo que yo les dedico. Pero, para mi tranquilidad, a dicho señor le falta tiempo para esos menesteres...

**Nicomedes Santa Cruz.**

---